

# LIBRO CUARTO

## LOS MEXICA

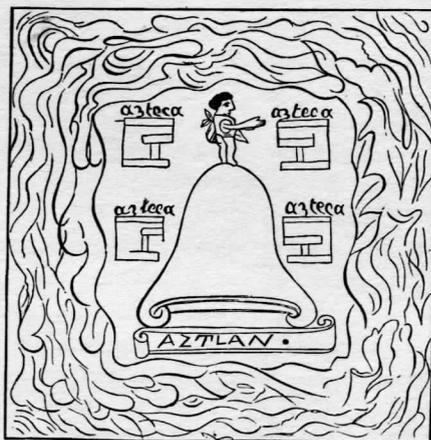
### CAPÍTULO PRIMERO

Los azteca. — Situación de Aztlán. — Datos del lienzo de Tlaxcalla. — Jeroglíficos de la peregrinación. — Época en que comenzó. — Estancia en Michuacán. — Opiniones sobre el punto de partida. — Tradición del pájaro que mandó viajar á los azteca. — Separación de las tribus. — Mudan su nombre por el de mexica. — Fábula de Quilaztli. — Viajes convencionales. — Destrucción de Tóllan. — Diversas estancias. — Cambio en el sistema cíclico. — El quinto sol. — Corrección cronológica al *ome ácalt*. — Estancias de periodos cíclicos. — Estancia en Chapultepec. — Elección del primer rey Huitzilihuitl. — Guerra de Xaltócan. — Derrota de Chapultepec. — Leyenda de Xochipapálotl. — Diversas tradiciones. — Servidumbre en Culhuacán. — Tenoch. — Guerra de Xochimilco. — Batalla de Ocolco. — Hazaña de los mexica. — Fin de la tira del Museo. — Libertad de los mexica. — Teofanía de la diosa Toci. — Persecución de los mexica. — Últimas mansiones. — Fundación de México. — Jeroglífico de la ciudad. — Año de su fundación. — Diferentes pinturas y autoridades. — Verdadera fecha. — Importantísima significación de la nueva ciudad.

Al derrumbamiento del reino tolteca, conmoviéronse profundamente las demás tribus que con ellos habían emigrado y que como los chichimeca habían tomado ya asiento. Hubo un trastorno general, semejante al del imperio tlapanteca en el siglo vi. La organización especial de aquellos pueblos hacía que nunca pudiera desarrollarse en ellos el espíritu de nacionalidad. Los tributarios, en una catástrofe, no teniendo más liga que la servidumbre común, recobraban aisladamente su libertad; y las tribus, ya libres, peregrinaban en busca de nueva y mejor fortuna. Así desaparecían en un instante los viejos imperios, y así sucedió siempre, precisa y lógicamente, desde la primera conmoción del Norte hasta la conquista de los españoles. Pero dejemos á los unos mezclándose con la civilización maya-quiché, y al resto estableciéndose en nuestro Valle y á orillas de los lagos.

En tanto que los colhua desarrollaban su reino, que los chalca bajaban de Xicco al lago dulce, y en él se establecían los xochimilca y cuitlahuaca, y en las orillas del lago salado los acolhua y los tepaneca, una tribu desconocida, pobre y valerosa, peregrinaba buscando el lugar prometido por su dios: eran los azteca. En ellos iba á personalizarse la nueva marcha de la civilización y de la religión nahoas. Llamábanse

azteca porque eran originarios de Aztlán: uno de los modos de formar los nombres de los habitantes de un pueblo, era suprimir la última sílaba del nombre de éste y agregar *técatl*, que quiere decir persona. Así



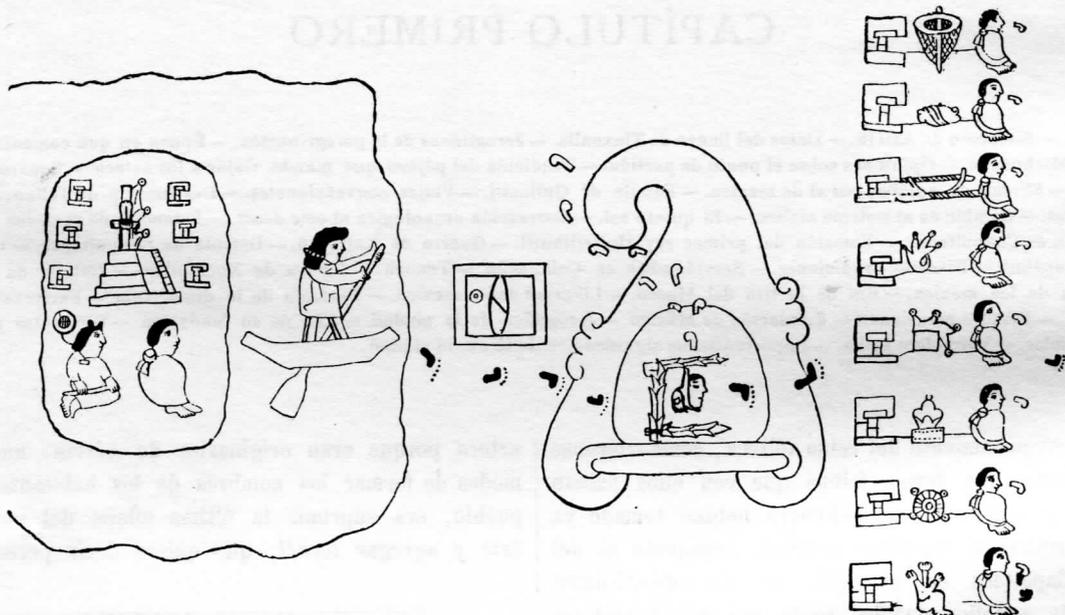
Aztlán.—Códice Aubin

de Tlaxcállan se forma *tlaxcaltécatl*, de Cholóllan *chololtécatl* y de Aztlán *aztécatl* y en plural *azteca*. Hay gran divergencia sobre la etimología de la palabra Aztlán, por lo que estas discusiones nos parecen inútiles.

Diremos, sin embargo, que unos pretenden que quiere decir *lugar de blancura* y otros que *lugar de garzas*. Esto nos parece más probable, porque Aztlán estaba en medio de un lago, y además en los *Anales nonoalca*, manuscrito auténtico é importantísimo, se llama á sus habitantes *azteca*.

Más grave es la famosa cuestión del lugar en que estaba Aztlán. Comencemos por decir que en el códice mexicana de Mr. Aubin se le representa como una isla rodeada de agua, sobre la isla se levanta un cerro, *tépetl*, y en él el carácter figurativo hombre, de pié. El carácter *calli*, casa, está dos veces á cada uno de los dos costados del cerro: el intérprete ha puesto sobre cada una de los cuatro *calli*, la palabra *azteca*, y debajo del *tépetl* y en una orla, Aztlán. Veamos las

diferentes opiniones. Humboldt presume que debió estar hacia el 42° de latitud norte. Laphan lo coloca en Wisconsin, en la parte norte de los Estados-Unidos. Vetancourt, Clavigero y Bourbourg creen que estaba al norte de California. En la península de California lo ponen Boturini, Aubin y Bancroft. Más al norte de Sonora, Veytia, Acosta y el códice Ramírez. Al noroeste de México, el Códex Cumárraga y Tezozomoc. En el norte de Xalisco, Mendieta y el mismo Tezozomoc. El señor Orozco llama á esta cuestión *inextricable*. Veamos la opinión que formamos el señor Orozco y también nosotros, y que él conserva todavía. Antes debemos decir que el señor Ramírez pensaba que Aztlán debía buscarse en el lago de Chalco. No hay duda de que estaba en un lago, pues demasiado lo significa la pintura jeroglífica.



Principio del viaje de los azteca.—Tira del Museo n.º 1

Además, en la tira del Museo se ve al azteca que pasa remando en una canoa de la isla á Culhuacán. Presumimos con el señor Orozco que, según lo indican los lugares de la peregrinación, Aztlán debía estar en Xalisco, y escogimos la isla de Mexcalla que se encuentra en medio del lago de Chapalla<sup>1</sup>. El señor Orozco conservó esta opinión y hemos confirmado su ubicación en el territorio que hoy forma el Estado de Jalisco, porque, como hemos visto, era la región de los meca, y allí necesariamente debían estar los mexica, una de esas tribus, como lo manifiesta su nombre. Pero vamos á fijar su lugar preciso, y esto de una manera clara y sencilla, y apoyándonos en una pintura de autenticidad indiscutible.

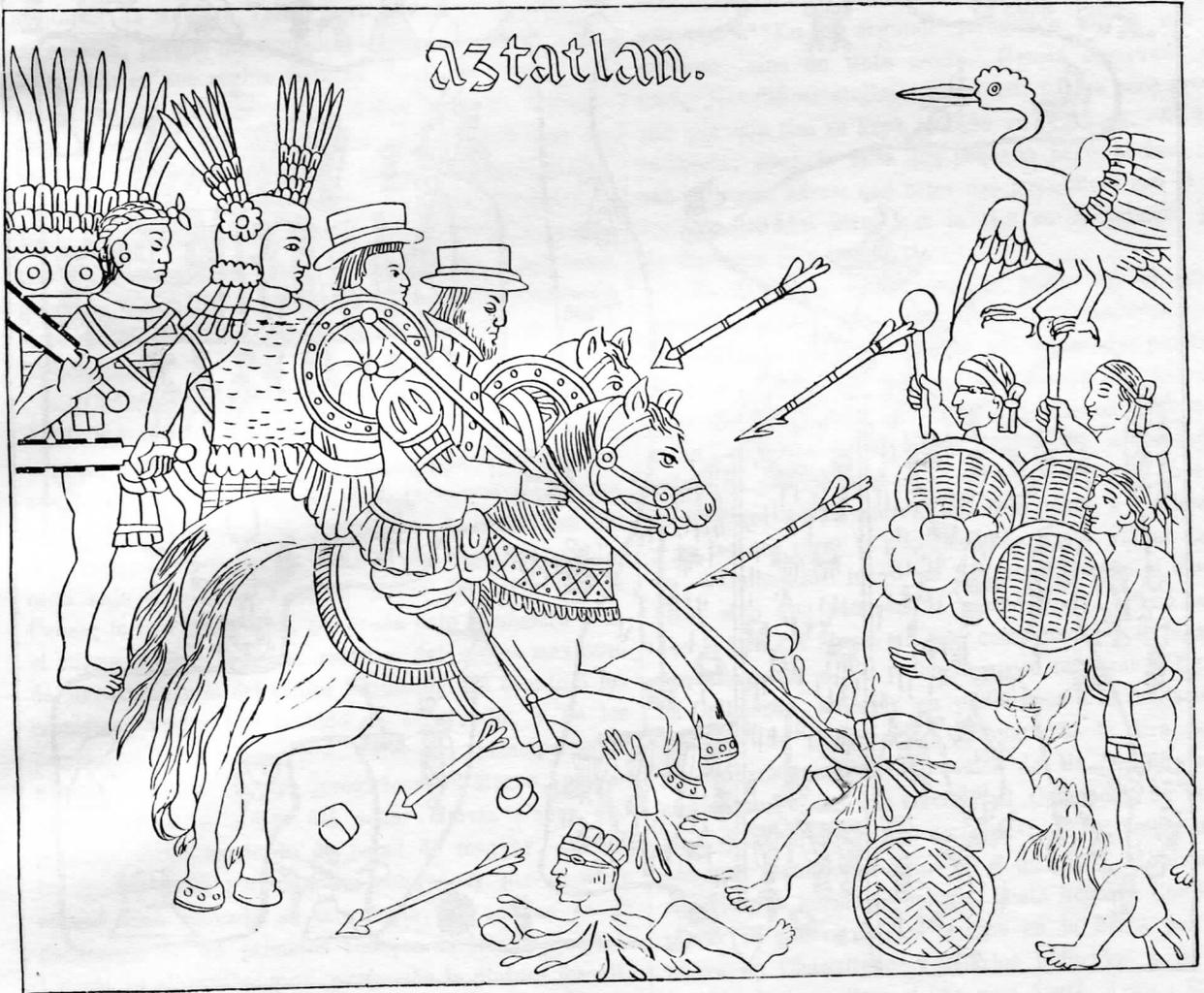
Es el lienzo de Tlaxcalla, pintado por los mismos indios para conmemorar las conquistas en que acompa-

<sup>1</sup> *Hombres ilustres mexicanos.* — Vida de Tenoch.

ñaron á los españoles, no solamente á Cortés, sino á Nuño de Guzmán después de la toma de México. Este lienzo es uno de los documentos jeroglíficos más preciosos para nuestra historia. Está dividido en cuadros, y en cada uno de ellos se representa, ya la recepción de un pueblo hecha á los conquistadores, ya una batalla, y el nombre del lugar del acontecimiento se anota con su signo jeroglífico. Comienza con la expedición de Cortés desde Tlaxcalla hasta la toma de México, y continúa con la expedición de Guzmán por Michuacán y Xalisco hasta el territorio del Norte. Hay en este derrotero una circunstancia verdaderamente curiosa, sobre la cual no se ha llamado la atención. Cortés trajo el mismo camino, pero en sentido inverso, que llevó la raza nahoa cuando invadió á la raza nonoalca. La raza nahoa invade á Teotihuacán, Cholóllan, Cempuállan y se establece en el Xicalanco hasta Tabasco: Cortés sigue el

mismo camino en dirección opuesta. Los aztecas salen de Aztlán, penetran en Michuacán y llegan á nuestro Valle: Nuño de Guzmán atraviesa Michuacán y llega como conquistador á Aztlán. Después continúa la conquista por la costa del Pacífico; ocupa el antiguo Culhuacán de Sinaloa y se extiende al antiguo territorio tlapalteca. Es curioso: la conquista española siguió el mismo camino de las peregrinaciones nahoas, pero en sentido inverso; comenzó donde aquéllas concluyeron, terminando en donde habían empezado.

Para fijar los lugares, principiaremos por el último punto marcado en la gran expedición de la Conquista. El lugar se llama Piaztlán, y el jeroglífico es un acocote. El nombre se compone de *piasztli*, acocote, y de la preposición del lugar *tlan*. En ninguna de las cartas geográficas impresas se encuentra este lugar; pero tenemos una manuscrita muy antigua, y en ella, en Sinaloa y cerca de la costa, está Piasta, que es el antiguo Piaztlán. La estancia anterior de los conquistadores es Xayacatlán; su jeroglífico es una cara: el



Aztlan. — Lienzo de Tlaxcalla

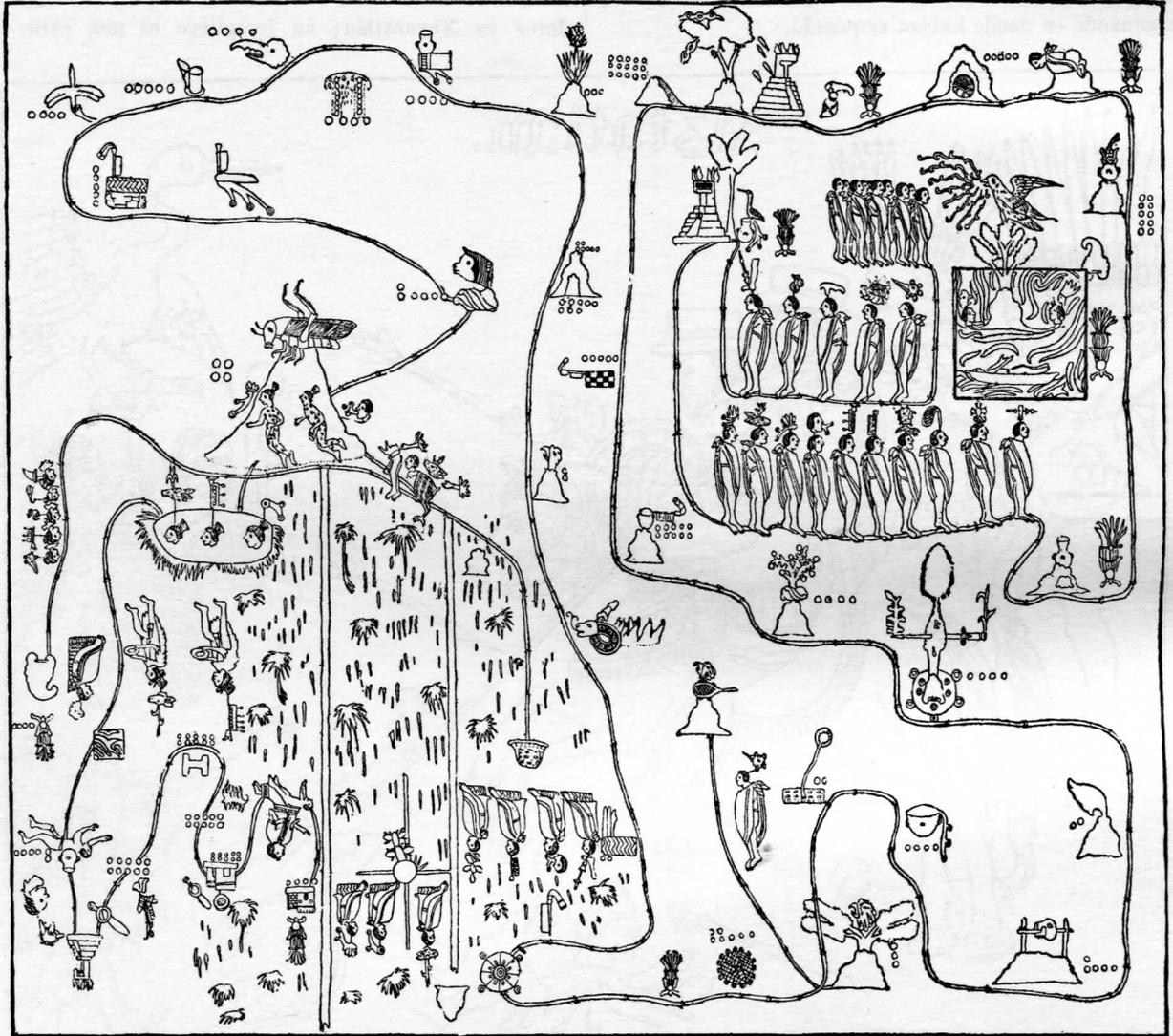
nombre se compone de *xayácatl*, cara, y de la preposición *tlan*. El lugar anterior es Tonatiuhhuetziyan: su jeroglífico, un sol hundiéndose detrás de una montaña, y se compone el nombre de *tonatiuh*, el sol, la ligadura *i*, *huetzini*, caer, y la preposición *yan*. La etimología del nombre nos muestra claramente que era un lugar cerca de la costa del Pacífico. El lugar anterior es Tlaxichco, y su jeroglífico tres flechas: viene el nombre de *tlaxichtli*, pasador que se tira con ballesta, y de la preposición *co*. El lugar anterior es Colhuacán, cerro torcido, como se presenta en su jero-

glífico, y su situación es bien conocida en Sinaloa. No puede dudarse que los lugares citados entre Piaztlán y Colhuacán están en Sinaloa también, pues estos dos sabemos que lo están.

Las estancias de los conquistadores que preceden á las ya enumeradas, son: Colotlán, que quiere decir lugar del alacrán; de *colotl*, alacrán, conque se le representa en el jeroglífico, y la terminación *tlan*; Colihpán, cuyo jeroglífico es un muro torcido; se compone el nombre del verbo *colihui*, torcerse la pared, y de la terminación *pan*, y significa sobre la pared

torcida; y Quetzállan, su jeroglífico son tres plumas de *quetzalli*. El lugar anterior es Chiamétlan, puerto conocido en la costa sur de Sinaloa: su jeroglífico es el maguey ó arbusto de la chia, *chiametl*. Inmediatamente antes está al fin Aztlán: su jeroglífico es una garza, lo que resuelve la debatida cuestión de etimología. Estos datos son suficientes para demostrar que Aztlán estaba en una laguna al sur de Chiametla, y la única laguna

que hay allí es la de San Pedro ó de Mexicacán. Veamos los lugares que recorrieron los conquistadores para llegar á Aztlán. Primero Xalixco, en el que es hoy cantón de Tepic; después Tototlán y Tonallan, bien conocidos; luego Achtlán, hoy el Autlán de Tepic, y en fin, después de Tlacotla, Xochipilla y Apcolco, y por último Xonacatlán, que está en el mismo cantón, en dirección de la laguna de San Pedro y á muy pocas



Peregrinación azteca

leguas de distancia de ella. Para mayor abundamiento, San Pedro se llama Aztlán, y una hacienda que hay allí y un pueblecillo llevan el nombre de San Pedro Aztlán. A esta laguna la llama el señor García Cubas, de Mescaltitlán, y dice que es muy extensa y se comunica con el mar: está á los 22° grados de latitud norte y hay en ella una isla y pueblo llamados Mexicacán. Es la primera vez que se encuentra el jeroglífico de Aztlán<sup>1</sup>, y creo que se ha fijado tan claramente su

<sup>1</sup> Siempre hemos preferido, como prueba de lo que escribimos, las pinturas de los jeroglíficos que nos dejaron los indios; pero no

ubicación, que en lo de adelante ya terminarán las desconocemos la importancia de las relaciones de los mismos conquistadores, y en el interesante punto que tratamos, ellas vienen á ser comprobación exactísima de nuestra opinión. En la Relación de la entrada de Nuño de Guzmán que dió García del Pilar, su intérprete, y que en el segundo tomo de la *Colección de documentos para la Historia de México* publicó nuestro amigo el sabio y erudito don Joaquín García Icazbalceta, se refiere que la expedición llegó á Xalixco, después fué al Río Grande, luego á Umitlán, en la provincia del Teul, que se llama Temoaque, y de allí, «á cabo de siete días, poco más ó menos, á la provincia de Astatlán, que es cerca de la Mar del Sur.» De Aztatán, dice que Nuño de Guzmán se fué á Chiametla. Tenemos, pues, que Aztlán, en esta relación como en el lienzo de Tlaxcalla, está entre Xalixco y Chiametla, sobre la costa del Pacífico, es decir, en la laguna de Mescaltitlán ó Mexicacán: cualquiera de estos nombres que aceptemos tiene por raíz *Mexi*, el

disputas que ha habido durante tantos años sobre el lugar en que se encontraba la patria primitiva de los mexicanos<sup>1</sup>.

Los azteca, pues, pertenecían á la gran región de los meca, y eran de los más próximos al antiguo imperio tlapalteca: sin duda por eso ellos ponían su punto de salida en Chicomoztoc, que, como hemos dicho, era el nombre con que se conocían los siete grandes reinos tlapaltecas. A este propósito, tenemos que separarnos de la opinión del señor Orozco. Empéñase en que este Chicomoztoc es un pueblecillo que está en las montañas de nuestro Valle; pero no se puede admitir tal opinión, porque las tradiciones todas colocan el punto de partida en una región distante, hacia el norte. Los viajes que por él comienzan, lo ponen antes de Michuacán; y en fin, en las diversas expediciones que se hicieron á Sinaloa y Sonora, como la de Coronado, buscaban siempre en ese rumbo las Siete Cidades<sup>2</sup>. Ya lo hemos dicho: como estos pueblos vivieron primitivamente en grutas, quedó el nombre de *oztoc* como genérico de ciudad; y por tener la región tlapalteca siete grandes centros de imperio y civilización, se llamó Chicomoztoc.

¿Cuándo comenzaron los azteca su peregrinación? Aquí volvemos á encontrarnos en contra del señor Orozco, quien quiere que los dos jeroglíficos del Museo sean continuación el uno del otro. Tenemos sobre esta peregrinación itinerarios jeroglíficos é itinerarios de cronistas. Los jeroglíficos son: el de Sigüenza, publicado bajo el número 1 en el *Atlas* del señor García Cubas; la tira del Museo, publicada bajo el número 2 en el mismo *Atlas*; la parte relativa del código mexicano de Mr. Aubin y la del código Vaticano. En cuanto á los cronistas, varios han tratado de este viaje, y de los principales nos ocuparemos. Merecen principalmente nuestra atención los dos jeroglíficos del Museo, que se publicaron en el *Atlas* del señor García Cubas. El primero es un cuadrado de papel de maguey, en que las figuras están pintadas con colores, y por el modo con que está marcada su cronología, se ve que es un documento de los primeros tiempos de México, cuando todavía no alcanzaba gran perfección la pintura jeroglífica. Hemos dicho que originariamente perteneció al sabio Sigüenza y Góngora, y hoy es del Museo, aun

dios de los azteca Y no nos detengamos porque en esta relación se dice Astatlán y no Aztlán, pues en el manuscrito noaolca se llama aztateca á los azteca: el primer nombre era el verdadero, pero se usaba del segundo por eufonía, así como el nombre del rey Motecuhzoma se convirtió por más brevedad en Moteczuma.

<sup>1</sup> Véase el mapa de los Estados de Jalisco, Colima, Aguascalientes y la mayor parte del de Zacatecas, 1872.

<sup>2</sup> En la primera Relación anónima de la jornada de Nuño de Guzmán á la Nueva Galicia, se dice expresamente que de Culiacán, en Sinaloa, quiso salir en busca de «las Siete Cidades, de que tenia noticia al principio que de México salió.» *Colección Icazabalceta*, tomo II. En la segunda Relación anónima, *ibid.*, se dice que de Culiacán fueron hasta un río en que estaban los indios yaquimi, y agrega: «la demanda que llevábamos cuando salimos á descubrir este río, era las Siete Cidades.» Se ve, pues, que no puede dudarse de la antigua ubicación del Chicomoztoc.

cuando no se encuentra en él. El otro jeroglífico, también de papel de maguey, tiene la forma de tira, forma posterior que se adoptó para que se doblara el jeroglífico y se formase con él una especie de libro. El dibujo de las figuras es mucho más perfecto que el de las del otro jeroglífico, lo que acusa también que es más moderno. La cronología está marcada año por año con cuadrados, dentro de los cuales está el símbolo del año respectivo, y en el otro jeroglífico solamente se señalan los principios de ciclo ó *xihmolpilli*, y el número de años de cada estancia por medio de puntos y sin expresar qué años eran: prueba también de que éste es más antiguo que aquél. En el segundo jeroglífico no se usó de pinturas, sino de tinta negra. Hemos observado que varios jeroglíficos acolhuas están así, lo que hace presumir que esta tira se haya pintado en Texcoco. No está completa, pues le falta una pequeña parte al final. El señor Orozco afirma que estos dos jeroglíficos son el uno continuación del otro; que la tira es el primero y el de Sigüenza el segundo.

Desde luego ocurre que no puede ser el primer jeroglífico la tira, pues es pintura más moderna que el de Sigüenza. Se podrá objetar que siendo dos partes de un viaje, bien pudo pintarse la primera después de la segunda, tanto más que aquélla acaba en Culhuacán, y ésta empieza en el mismo lugar. De aquí precisamente ha provenido el error del señor Orozco. Los dos jeroglíficos comienzan en una isla junto á Culhuacán, y en los dos sigue la peregrinación hasta volver casi al fin, á Culhuacán: luego no son continuación el uno del otro, sino que refieren el mismo viaje. Pero sucede que la tira del Museo no está completa, que le falta una pequeña parte al fin, y concluye con la segunda estancia en Culhuacán, anterior en pocos años á la fundación de México. Se prueba esto, comparando la tira con la peregrinación azteca del código de Mr. Aubin: ambas comienzan en una isla cercana al Culhuacán de nuestro lago, y en el mismo año *ce técpatl*, 1116; ambas siguen con muy cortas diferencias en el principio, el mismo itinerario y la misma cronología, hasta llegar á Culhuacán, pintar la guerra de los mexica en la fiesta del fuego nuevo en Chapultepec y dejarlos reducidos á la servidumbre de los colhua el año *ome ácall*, 1299. El jeroglífico de Sigüenza pone también, ya casi al fin y en el nuevo ciclo ó *xihmolpilli*, este suceso, y marca como estancia anterior á Culhuacán y también á Chapultepec. Así es que el último Culhuacán de la tira no es el primero del jeroglífico de Sigüenza, sino el segundo, precedido en ambos documentos de Chapultepec, y se refieren ambos á la segunda estancia de los mexica, poco antes de la fundación de México. Esto se ve muy claro en el código de Mr. Aubin, pues de la estancia de Culhuacán, que siguió á la de Chapultepec, apenas transcurren doce años para la fundación de México. Además, por los mismos dibujos de la tira, se ve que

ésta no concluye, y los sucesos que están pintados á su fin son muy conocidos y fueron causa de que el rey colhua diera libertad á los azteca, los que á poco

tiempo, según testimonio conteste de todos los cronistas, fundaron la ciudad de México.

Sin embargo, dice el señor Orozco que el jeroglífico

*demostracion de las que las doncaultaban  
los mexicanos antes de pongen la tierra*



*vienden á los sup  
mejos que una  
generacion valerosa  
de experiencia como noso  
tros á los judos y los Rome  
nos á los cruzanos.*

de Sigüenza no comienza por Aztlán, y que por lo mismo tiene que ser el segundo; pero tampoco comienza por Aztlán la tira, sino por una isla junto á Culhuacán

del lago, cuyo nombre no señala el jeroglífico. Verdad es que el intérprete del código de Mr. Aubin pone á la isla, principio de la peregrinación, el nombre de Aztlán;

pero esto es sin autoridad ninguna. Ya conocemos el jeroglífico de Aztlán en el lienzo de Tlaxcala, y no está, por cierto, en las tres pinturas citadas. Esto hace comprender que en ellas no refirieron los mexica todo su viaje, sino únicamente la peregrinación que hicieron desde su primera salida de Culhuacán del lago. Esto

dió margen á un error del señor don Fernando Ramírez, quien dijo que debía buscarse á Aztlán en el lago de Chalco. Afortunadamente ya conocemos su antigua ubicación en la laguna de Mexicacán, cerca del mar, á los 22° de latitud norte. Está en el rumbo que refieren uniformes las tradiciones, aunque 20° más al sur de lo



Chicomoztoc.—Atlas de Durán

que suponía Humboldt. Y las razones que hemos expuesto, nos hicieron abandonar nuestra antigua idea de que Aztlán fuera la isla de Mexcalla en el lago de Chapalla. Si creemos que los azteca habitaron esta isla, como lo demuestra su mismo nombre.

Y puesto que los tres jeroglíficos citados no tratan

del principio de la peregrinación mexica desde la salida de Aztlán, tenemos que recurrir á otra pintura, al código Vaticano. Éste trae como punto de partida de la tribu á Chicomoztoc, lo mismo que los jeroglíficos del padre Durán y del código Ramírez, y con ellos están conformes los cronistas. Conocida ya la ubicación de Aztlán,



Partida de los mexica

todo se explica naturalmente. Aztlán estaba en la región tlapalteca, en el territorio de las siete grandes ciudades, que fueron la magnífica representación de la cultura nahoa; y por eso los mexica reclamaban con justicia el haber salido de Chicomoztoc. Según el mismo código Vaticano, los guiaba su caudillo *Huitzilopochtli*.

¿Cuándo salieron de Aztlán y qué rumbo tomaron? Que no salieron con los tolteca y demás tribus emigrantes nos parece cierto, aun cuando, reclamando igual origen, aparezcan las otras en su compañía en los jeroglíficos de la peregrinación. Vemos que tomaron diverso rumbo, pues, más audaces, penetraron en Michuacán. No hay

razón para creer que su peregrinación tuviese otro motivo que el derrumbamiento del imperio tlapalteca el año *ce ácatl*, 583. Podríamos, pues, fijar para su partida esa fecha; mas el código Ramírez dice terminantemente que fué en el año *ochocientos y veinte*. Debemos notar que Aztlán se hallaba en el lago de Mexicacán: así es que estaban acostumbrados á vivir en medio de las aguas, causa determinante de sus estancias posteriores diferentes de las de las otras tribus. Por eso es que, atravesando Xalixco hacia el sur, se detuvieron en el lago de Chapalla, en la isla Mexcalla, que de ellos tomó su nombre. Su camino natural era hacia el Michuacán. Cualquiera que lo haya recorrido, habrá visto que era una larga sucesión de lagunas, de las cuales unas existen todavía, como la de Pátzcuaro, la de Cuitzeo y la de Yuriria, y otras se han secado convirtiéndose en inmensos llanos, como el del Cuatro. Era el territorio propio para la manera de vivir de los azteca. Raza diferente en valor y en audacia de las otras peregrinantes, no debía torcer camino por los obstáculos que encontrara é invadió la región de los lagos. Dominaba además en ella el espíritu religioso como no dominaba en ningún otro pueblo: arrojados de la isla en que les hablaba su dios *Mexicacán*, en donde se oye á *Mexi*, penetraron en el lago de Chapalla para buscar un lugar propicio á su divinidad, y empujados por el turbión que se desbordaba del Norte, llegaron á otra laguna, la de Pátzcuaro en el Michuacán.

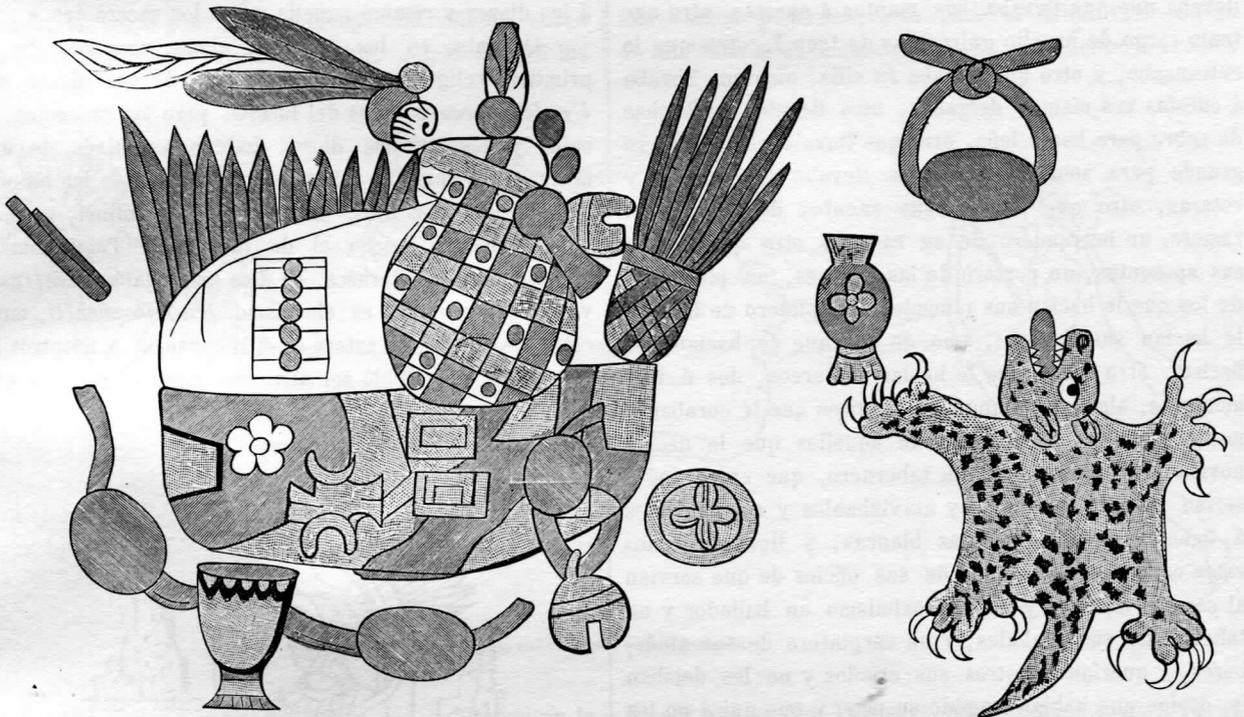
Conforme está el código Ramírez en que los azteca no peregrinaron con las otras tribus. Según él, salieron primero los xochimilca, quienes llegaron á nuestros lagos y sin oposición poblaron la laguna hacia el Sur. Poco después llegaron los chalca, se unieron á ellos y se establecieron á orillas de la laguna, dándole su nombre. Según los *Anales de Cuauhtitlán*, en el año 1103, *ce ácatl*, bajaron de Xicco las chalca á fundar su ciudad, bajo el mando de Acapol, mujer de Tetzcatzin, hijo de Chalcatzin. Después de éstos llegaron los tepaneca y poblaron en paz la parte occidental de la laguna, fundando la ciudad de Atzacaputzalco. En seguida los acolhua ocuparon el resto de los lagos extendiéndose por la parte oriental, y fundaron á Texcoco. Ocupado el resto del valle por los chichimeca, otras tribus pasaron por entre las montañas nevadas del Popocatepetl y el Ixtacihuatl, y fueron á establecerse en Tlaxcalla, Cholóllan y Huexotzinco. Culhuacán estaba fundado de antemano por los nonoalca-chichimeca. Todo esto acredita que los azteca fueron los últimos en llegar y que caminaron separados y en distinto rumbo que las otras tribus, pues ya no hallaron lugar en que asentarse y tuvieron que seguir peregrinando muchos años. Según el mismo código, los azteca tardaron trescientos dos años en llegar al valle. Esto concuerda con el jeroglífico de Sigüenza, pues en él

encontramos á los azteca ya en el valle el año 908; si salieron de Aztlán hacia el año de 583 y peregrinaron trescientos dos años, llegaron en 885, y veintitres años después comenzó la nueva peregrinación del jeroglífico. En su viaje desde Aztlán, iban deteniéndose y establecían ciudades y sementeras, y cuando las abandonaban dejaban á los enfermos, viejos y gente cansada. Según la crónica, salieron de Aztlán con su dios *Huitzilopochtli* ó *Mexi*, y éste, por boca de los sacerdotes, les mandaba seguir adelante. Se ve que su organización era teocrática y que el sacerdote disponía la marcha suponiéndola mandato del dios. Éste no pudo ser en un principio *Huitzilopochtli*, pues contestes están los testimonios en que fué un caudillo que deificaron después. El dios era *Mexi*, el *xiotc* del maguey, dios de la religión primitiva de las plantas. No sabemos cuáles fueron las primeras estancias de la tribu peregrina, sino solamente que estuvieron en el lago de Chapalla, y que penetrando en el Michuacán llegaron á la laguna de Pátzcuaro. En este hecho están también contestes las crónicas. El código Ramírez es terminante. Dice: «prosiguiendo de esta suerte su viaje, vinieron á salir á la provincia que se llama de Michuacán, que significa tierra de los que poseen el pescado, por lo mucho que hay allí, donde hallaron muy hermosas lagunas y frescura.» Y no solamente lo dicen las tradiciones mexica, las mismas michuaca lo confirman. Larrea, en su *Crónica de Michuacán*, libro ya sumamente raro, dice que los tarascos conservaban un lienzo jeroglífico de su viaje en el pueblo de Cucutacato, en el cual constaba que habían caminado con los mexicanos, y les da por primera patria á Chicomoztoc. No se le ocultan las diferencias de idioma y de antigüedad, la tradición de que los tecos fueron más antiguos pobladores, y concluye que los azteca no fueron los primeros sino los últimos pobladores del Michuacán. Estas ideas no van del todo descaminadas, y no se contradicen con la tradición si saben explicarse. Ya sea la fábula de Muñoz Camargo relativa al baño, ya la de Larrea referente á la separación de las tribus por mandato del dios, y por el prodigio del árbol que se derrumbó con grande estruendo, es lo cierto que los tarascos reconocían el origen común; pero, como ya lo hemos dicho, debió ser la separación de muchos siglos atrás, según lo manifestaba ya la gran variación del lenguaje. Los mismos tarascos, antes de los azteca, recordaban otra invasión de los chichimeca. Es de suponer, pues, con gran verosimilitud, que el territorio tarasco estuvo en su principio poblado por la raza monosilábica, que en época muy remota fué invadido por las tribus meca, que tenían ya la civilización nahoa, y que de esta fusión resultó la civilización tarasca. Como el pueblo tarasco era varonil, guerrero y poderoso, resistió invasiones posteriores, y por eso los tolteca y demás tribus rodearon su territorio en sus

peregrinaciones. No así los azteca, tribu más valerosa, que penetró hasta el centro del Michuacán y llegó á Pátzcuaro. Otra crónica tarasca, sin duda la más importante, y que hasta hace poco se encontraba inédita en la Biblioteca del Escorial, dice que antes de los antecesores del cazonci vivían en el Michuacán los mexicanos; y más adelante, hablando del rapto de Curicaberi, señala el lugar de su morada, que fué Tarimichúndiro, barrio de Pátzcuaro. No puede caber duda de la estancia de los azteca en el Michuacán, estancia que tuvo importantes consecuencias en el desarrollo de la religión y de la civilización de los mexica.

El reino tarasco era poderoso y sumamente poblado, y se extendía desde el Pacífico hasta el territorio en

que hoy se encuentran los Estados de Guanajuato y Querétaro. Era una gran faja de terreno que separaba las dos civilizaciones del Norte y del Sur. Los tarascos eran bravos y sanguinarios, y su culto era una sucesión de sacrificios humanos; y naturalmente debieron los mexica, como los más débiles, recibir la influencia tarasca. Y que esto sucedió, se demuestra con el hecho de que en el culto mexica encontramos los ritos tarascos, tan diferentes de la pura religión astronómica de los nahoas, sin que pueda decirse nunca que los michuaca los recibieron de los mexica, pues es notorio que éstos nunca pudieron vencerlos, y menos conquistarlos, único medio en aquellos tiempos de imponer la religión. Ya en el manuscrito del Fénix de Occidente se



Costumbres funerarias

llamaba la atención sobre la semejanza de ambos cultos; pero esto es más notable en ciertas especialidades de los azteca. Así los sacerdotes tarascos cargaban á sus dioses envueltos y á la espalda; generalmente eran cinco los sacerdotes llamados *tinimecha*. Pues bien, en la tira del Museo se ve á los cuatro sacerdotes aztecas cargando de la misma manera á sus dioses, llevando el primero á cuestas al dios *Huitzilopochtli*. Una de las especialidades más importantes del culto mexicano, consistía en hacer la guerra cuando se acercaba la fiesta del fuego nuevo, á fin de tener víctimas que ofrecer á su dios. La fiesta tarasca llamada *Ancinasquaro* era semejante, y por cierto revestida de grandes solemnidades. Las ceremonias funerarias de los que morían en la guerra y de los caciques eran muy semejantes. Esto se hace más palpable en las ceremonias del cazonci ó

rey. Dice la crónica: «poníanle al cuello unos huesos de pescados blancos muy preciados entrellos, y cascabeles de oro en las piernas, y en las muñecas piedras de turquesas, y un tranzado de plumas, y unos collares de turquesas al cuello, y unas orejeras grandes de oro en las orejas, y dos brazaletes de oro en los brazos, y un bezote grande de turquesas, y hacíanle una cama de muchas mantas de colores muy alta, y ponían aquellas mantas en unas tablas anchas, y á él poníanle encima y atábanle con unas trenzas y cobríanle con muchas mantas encima, como que estuviere en su cama, y atravesaban por debajo unos palos, y hacían otro bulto encima dél de mantas con su cabeza, y ponían en aquel bulto un gran plumaje de muchas plumas muy largas, verdes, muy ricas, y unas orejeras de oro y sus collares de turquesas y su brazaletes de oro, y su

tranzado muy bueno, y ponerle sus cotaras de cuero, y su arco y flechas, y su carcax de cuero de tigre.»

Los ritos bárbaros de los funerales, que no pudieron venir de la sana religión de los nahoas, eran también semejantes entre los michuaca. La misma crónica dice: «Componian asimismo toda la gente de hombres y mujeres que había de llevar consigo (el cazonci), los cuales su hijo había señalado para que matasen con él; llevaba siete señoras: una llevaba todos sus bezotes de oro y de turquesas atados en un paño, y puestos al pescuezo, otra su camarera, otra que guardara sus collares de turquesas, otra que era su cocinera, otra que le servía del vino, otra que le daba el agua á manos y le tenía la taza mientras bebía, y otra que le daba el orinal, con otras mujeres que servían destes oficios; de los varones llevaba uno que llevaba sus mantas á cuestras, otro que tenía cargo de hacelle guirnaldas de trebol, otro que le entranzaba, y otro que llevaba su silla, otro que llevaba á cuestras sus mantas delgadas, otro llevaba sus hachas de cobre para hacer leña, otro que llevaba el aventadero grande para sombra, otro que llevaba su calzado y cotaras, otro que llevaba sus canutos de olores; un remero, un barrerero de su casa, y otro que bruñía sus aposentos, un portero de las mujeres, un plumajero de los que le hacían sus plumajes, un platero de los que le hacían sus bezotes, uno de los que le hacían sus flechas, otro de los que le hacían sus arcos, dos ó tres monteros, algunos de aquellos médicos que le curaban y no le pudieron sanar, uno de aquellos que le decían novelas, un chocarrero, un tabernero, que entre todos serían más de cuarenta, y ataviábanlos y componíanlos á todos y dábanles mantas blancas, y llevaban todos estos consigo todo aquello de sus oficios de que servían al cazonci muerto; y llevaba asimismo un bailaror y un tañedor de sus atabales, y un carpintero de sus atabores, y querían ir otros sus criados y no les dejaban ir, decían que habían comido su pan, y que quizá no los trataría como él el señor que había de ser. Poníanse todos guirnaldas en la cabeza de trebol, y amarillábanse las caras y iban tañendo delante unos huesos de caimanes, otros unas tortugas, y tomábanle en los hombros solo los señores y sus hijos, y venían todos sus parciales del apellido de *hencani* y *zacapuhiris* y *banacea*.... Iban delante toda aquella gente que llevaba consigo para matar.... y así le llevaban hasta el patio de los ques grandes, donde ya habían puesto una gran hacina de leña seca, concertada una sobre otra, de rajas de pino, y dábanle cuatro vueltas alrededor de aquel lugar donde le habían de quemar, tañendo sus trompetas, y después poníanle encima de aquella leña, así como le traían y tornaban aquellos de sus parientes á cantar su cantar, y ponían fuego alrededor, y ardía toda aquella leña, y luego acozaban con porras toda aquella gente que los habían emborrachado primero....» Tales ceremonias, tan ajenas del espíritu de la religión nahoa, son enteramente

semejantes á las mexicanas y acusan que éstas se derivaron de aquéllas.

Si siguiéramos examinando las costumbres religiosas de los tarascos, encontraríamos en ellas el origen de muchas de los mexica: bástenos notar que así como el cazonci no se creía rey sino teniente del dios *Curicaberi*, los emperadores de México siempre se llamaron tenientes de *Quetzalcoatl*. En fin, no solamente sus sacrificios de hombres fueron iguales á los tarascos, sino que de ellos tomaron la famosa comunión, que algunos cronistas han querido derivar del cristianismo, como se ve cuando mataron á Nacan y lo dieron á comer, pues dice expresamente la crónica: «Tiene esta gente costumbre, cuando sacrifican alguno, de partille por las casas de los papas, y allí hacían la salva á los dioses y comían aquella carne los sacerdotes.»

Quedaba en los tarascos algún recuerdo de la primitiva religión nahoa, y así uno de sus dioses era *Urædecuavecara*, dios del lucero; pero las creencias, el culto y los mismos dioses habían cambiado de una manera absoluta, no faltando la adoración de los animales. Tenían por dios, entre otros, al colibrí, y de su nombre habían hecho el de la ciudad Tzintzuntzan, notable metrópoli tarasca. El dios se llamaba *Tzintzuni*, y Larrea dice que es el mismo *Huitzilopochtli*, cuyo culto impusieron los azteca en el Michuacán. A nosotros se nos antoja que debió ser al revés, pues difícil sería que



Huitzilopochtli

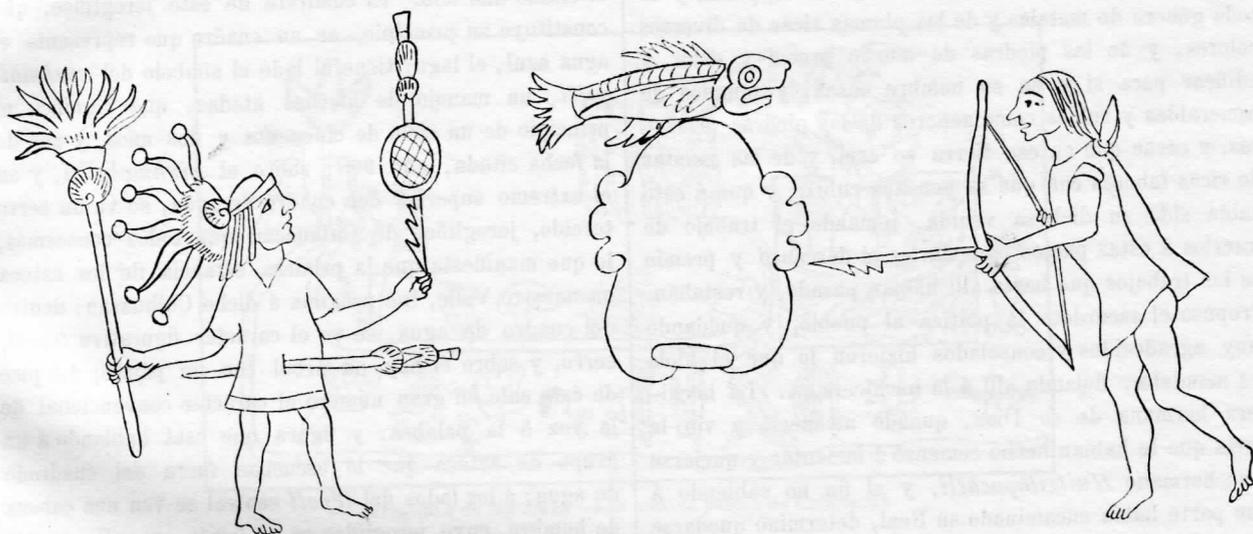
los pocos y peregrinos, impusieran su dios al vasto imperio en que por algún tiempo moraron. El dios de los azteca era *Mexi*, tenían un dios planta, y al llegar á Michuacán se encontraron con *Tzintzuni*, dios pájaro, que tenía un culto sangriento y era el señor de la guerra, pues se tenía la creencia de que los guerreros se convertían en colibríes en la región del sol; los valerosos azteca aceptaron al nuevo dios é hicieron uno de él y de *Mexi*; de la palabra *tzintzuni* hicieron la azteca *huitzilótlin*, y tomando por guía al nuevo dios, decían que los había

conducido en su viaje *Huitzilopochtli*. La etimología de esta palabra ha dado mucho que hacer á los cronistas: dejando aparte las diversas opiniones, le encontramos una traducción sencilla y clara; *huitzilín* es el colibrí, el dios tarasco: *opochtli*, quiere decir siniestro, y siniestro es como terrible y lúgubre, sobre todo, tratándose de un culto guerrero y sanguinario; así, *Huitzilopochtli* significa colibrí siniestro.

Naturalmente, la leyenda formó una historia para el nuevo dios, historia que se fué modificando, según veremos. Como la imagen del dios tarasco se hacía de plumas de colibrí, y en la formación de tales mosaicos de pluma es aún muy diestra la gente de Michuacán, inventaron que la madre de *Huitzilopochtli*, barriendo un día el templo, vió que iba rodando un ovillo de plumas, lo cogió y se lo puso debajo del ceñidor sobre el vientre, de lo que resultó en cinta, dando á luz á los

nueve meses al dios, quien nació con una rodela en la mano izquierda y en la derecha un dardo ó vara azul, con el rostro espantoso y rayado como su cuerpo, y en la frente un penacho de plumas verdes. La madre se llamaba *Coatlícue* ó enagua de culebras, y es la diosa cuyo magnífico ídolo se ve en el medio del patio del Museo; y el templo en que servía estaba en la sierra de Coatepec, cerro de la culebra. Estos nombres, lo mismo que el del dios *Tzintzuni*, nos manifiestan una religión de animales entre los tarascos.

Podemos, pues, decir, que los azteca, después de su estancia en el Michuacán, habían mezclado á la religión nahoa el culto bárbaro de los tarascos, y que llevaban ya al sanguinario dios *Huitzilopochtli*. Para él iban á peregrinar; para él iban á buscar asiento de una ciudad poderosa; sólo para él debía vivir en lo de adelante la nacionalidad azteca. Así cuenta la crónica



Paso de los mexica por el Michuacán

que su dios, no satisfecho del lugar que habitaban en la laguna de Pátzcuaro, les mandó seguir su viaje. Comprendían los azteca el destino que tenían reservado en lo porvenir, y por eso, siempre que vivían en la servidumbre ó en la dependencia, su dios disponía que fuesen á buscar un sitio más propicio. Empezaron nuevamente su peregrinación: el rumbo lo marca otra fábula: atravesando el Michuacán, penetraron en el territorio que hoy forma el Estado de México, y se asentaron á no muchas leguas de Tolócañ. Para recordar su estancia en Pátzcuaro y su separación de los michuaca, decían, como ya hemos manifestado anteriormente, que contentándose mucho la laguna, «consultaron los sacerdotes al dios *Huitzilopochtli*, que si no era aquella la tierra que les había prometido, que fuese servido quedase á lo menos poblada dellos: el ídolo dellos les respondió en sueños que le plazía lo que le rogaban, que el modo sería que todos los que entrasen á bañarse en una laguna grande que está en un lugar

de allí que se dice Pátzcuaro, así hombres como mujeres, después de entrados se diese aviso á los que fuera quedassen, les hurtassen la ropa, y sin que lo sintiesen alzassen el Real, y así se hizo; los otros que no advirtieron el engaño con el gusto de bañarse, quando salieron y se hallaron despojados de sus ropas, y así burlados y desamparados de los otros, quedando muy agraviados, por negarlos en todo mudaron el vestido y el lenguaje, y así se diferenciaron de la gente ó tribu Mexicana.» Pues de la misma manera que con la anterior fábula, quisieron fijar su estancia en Malinalco con la siguiente: «Los demas prosiguiendo con su Real, iba con ellos una mujer que se llamaba hermana de su dios *Huitzilopochtli*, la qual era tan grande hechicera y mala, que era muy perjudicial su compañía, haziéndose temer con muchos agravios y pesadumbres que daba con mil malas mañas que usaba para después hacerse adorar por Dios. Sufriánla todos en su congregación por ser hermana de su ídolo, pero no pudiendo tolerar mas su desemboltura,

los sacerdotes quejaron á su Dios, el qual respondió á uno de ellos en sueños que dijese al pueblo como estaba muy enojado con aquella su hermana por ser tan perjudicial á su gente, que no le habia dado él aquel poder sobre los animales bravos para que se vengase y matase á los que la enojan, mandando á la víbora, al alacran, al ciento piés y á la araña mortífera que piquen. Por tanto, que para librarlos de esta aflicción, por el grande amor que les tenia mandaba que aquella noche al primer sueño, estando ella durmiendo, con todos sus ayos y señores la dejassen allí y se fuessen secretamente sin quedar quien le pudiesse dar razon de su Real y caudillo, y que esta era su voluntad porque su venida no fué á enhechizar y encantar las naciones trayéndolas á su servicio por esa vía, sino por ánima y valentia de corazon y brazos, por el qual modo pensaba engrandecer su nombre, y levantar la nacion mexicana hasta las nubes haziéndoles señores del oro y de la plata, y de todo género de metales y de las plumas ricas de diversos colores, y de las piedras de mucho precio y valor, y edificar para sí y en su nombre casas, y templos de esmeraldas y rubíes como señores de las piedras preciosas, y cacao que en esa tierra se cria, y de las mantas de ricas labores con que se pensaba cubrir, y que á esto habia sido su dichosa venida, tomando el trabajo de traerlos á estas partes para darles el descanso y premio de los trabajos que hasta allí habian pasado, y restaban. Propuso el sacerdote la plática al pueblo, y quedando muy agradecidos y consolados hizieron lo que el ídolo les mandaba, dejando allí á la hechicera..... La hechicera hermana de su Dios, quando amaneció y vió la burla que le habian hecho comenzó á lamentar y quejarse á su hermano *Huitzilopochtli*, y al fin no sabiendo á que parte habia encaminado su Real, determinó quedarse por allí, y pobló un pueblo que se dice Malinalco; pusieronle este nombre porque lo pobló esta hechicera que se dezia *Malinalxochi*..... Hemos querido citar el texto de la crónica, porque nos da luz sobre diversos puntos importantes. Nos fija el itinerario de los azteca, y nos muestra su estancia en Malinalco. Nos expresa que no pudieron establecerse allí como señores, y por eso inventaron la fábula de la hechicera, y siguieron peregrinando. Nos manifiesta el gobierno exageradamente teocrático que tenían, pues obedecian ciegamente al sacerdote, que se contentaba con decirles que el dios le hablaba en sueños. Nos llama la atención sobre el fanatismo de aquella tribu, que viajaba sin descanso para buscar un lugar propicio á su divinidad; pues mientras las otras tribus caminaron el tiempo necesario para establecerse, la azteca, en obediencia á su dios, peregrinó desde el siglo vi hasta principios del xiv, y más de siete siglos! Vemos á esa raza valerosa y altiva no encontrar abrigo en ninguna parte, porque no podían vivir sino como señores y amos, soñando siempre con el mayor poder, con la mayor riqueza, con la mayor gloria,

para llegar á realizar un día su sueño como el imperio más poderoso de las viejas razas del Mundo Nuevo. Hay, además, en esta leyenda, una coincidencia rara: los azteca abandonan á Malinalli, y ésta jura vengarse de ellos. Ya veremos su venganza en Chapultepec. Y pensamos, también, que al lado de Cortés, é instrumento poderoso de la ruina del imperio mexicano, venía otra mujer llamada Malinalli, ó con la terminación reverencial, Malíntzin.

Penetraron, al fin, los azteca en el valle de México, y los encontramos el año 908 en una isleta cerca de Culhuacán, en el lago de Chalco, es decir, á tres leguas del lugar que ocupa hoy la ciudad de México. Así nos lo manifiesta el jeroglífico de Sigüenza; y se consigue la fecha, tomando la de la fundación de México, y retrocediendo cincuenta y dos años por cada *xiuhmolpilli*; y esto, con la modificación que veremos después, nos da el citado año 908. El cuadro de este jeroglífico, que constituye su principio, es un cuadro que representa el agua azul, el lago; tiene al lado el símbolo del *xiuhmolpilli*, un manojito de hierbas atadas, que significa el principio de un ciclo de cincuenta y dos años, y nos da la fecha citada, año 908; sobre el *xiuhmolpilli*, y en el extremo superior del cuadro de agua, se ve un cerro torcido, jeroglífico de Culhuacán que todos conocemos, lo que manifiesta que la primera estancia de los azteca en nuestro Valle, fué próxima á dicho Culhuacán; dentro del cuadro de agua, se ve el carácter figurativo *tépetl*, cerro, y sobre él hay un árbol con un pájaro; del pico de éste sale en gran número el carácter convencional de la voz ó la palabra, y figura que está hablando á un grupo de azteca que lo escuchan fuera del cuadrado de agua; á los lados del *tépetl* central se ven una cabeza de hombre, cuyo jeroglífico es un faisán, *coxolli*, y otra de mujer, cuyo jeroglífico se compone de una mano y de unas plumas verdes, que nos dan el nombre de *quetzalma*; en fin, en la parte inferior del cuadro de agua, se ve una canoa que se hunde y á un hombre desnudo tendido en ella, que alza las manos al cielo en ademan de súplica ó desesperación.

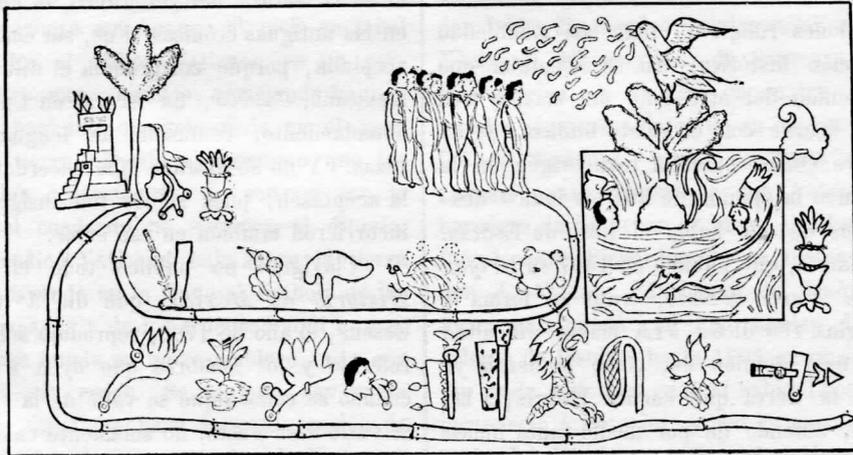
Los cronistas primitivos, en su celo religioso, quisieron encontrar pruebas de la verdad de sus creencias en todo lo que de los indios les venía á las manos, ó por tradición se habia conservado. Naturalmente debieron buscar un argumento poderoso en el origen de los azteca y en su peregrinación. El primero de los escritores españoles que da razón del origen de los mexica, es su conquistador Hernán Cortés; pero lo hace con demasiado laconismo, pues se limita á decir en su segunda Carta-relación al emperador Carlos V, enviada de Segura de la Frontera con fecha 30 de octubre de 1520, que en su primera entrevista con Moteczuma, éste le contó que los mexicanos no eran naturales de la tierra, sino *extranjeros y venidos á ella de partes muy extrañas*; y más adelante repite que le dijo

Moteczuma, que no eran naturales de la tierra, y que habían muchos tiempos que sus predecesores habían venido á ella. Como se ve, las noticias de Cortés se reducen á consignar que los mexica sabían que mucho tiempo antes salieron de su patria primitiva, y que ésta se hallaba en tierras muy extrañas, es decir, muy lejos.

Con la misma generalidad se expresa fray Toribio Motolinía en su *Historia de los Indios de la Nueva España*. En su carta proemial, fechada en 1541, se limita á decir que por sus memorias, caracteres y figuras, supo que los naturales habían venido de un lugar llamado Chicomoztoc. Sahagún dió la última mano á su *Historia general de las cosas de Nueva España* por los años de 1576: su obra tiene por principal objeto las idolatrías y costumbres de los indios; y poco cuidadoso en la parte histórica, apenas habla de las peregrinaciones, y eso de

una manera confusa, pues en su relato parecen mezclarse las emigraciones nonoalca con las tolteca-chichimeca, lo que dió lugar, como ya hemos dicho, á las equivocaciones de Brasseur y á alguna del señor Orozco. Sin embargo, dice claramente que los mexica vinieron de *Tlaotlalpan Tlacochcalco Mictlanpa*, que quiere decir: *campos llanos y espaciosos que están hacia el norte*. De manera, que á pesar de la oscuridad del texto, no puede dudarse de que Sahagún tuvo la común opinión de que los nahoas bajaron del Norte.

Fray Jerónimo Mendieta, que en 1596 dió cima á su *Historia Eclesiástica Indiana*, dedicó á la importante cuestión que vamos tratando, los capítulos XXII y XXIII del libro II de su obra. El capítulo XXIII no es más que un extracto con muchos párrafos copiados á la letra, de la carta proemial de Motolinía ya citada. El capítulo XXII dice que los mexica vinieron del



Jeroglífico de Sigüenza —Los mexica parten de Culhuacán

rumbo de Xalixco, de una cueva llamada Chicomoztoc, y cita después los escritos perdidos del padre Olmos, en que éste manifestaba la opinión de que los indios eran descendientes de los judíos. Así comenzaban los cronistas á buscar apoyo al relato bíblico. Curioso es observar que Motolinía, en su carta citada, habla de emigraciones de los cartagineses en barcas hacia el Occidente, de donde más tarde debía nacer una opinión que tuvo mucha boga. Ya hemos visto que el códice Ramírez y Tezozomoc, Durán y Acosta, que le siguen, hacen salir á los viajeros de Aztlán, en Teoculhuacán, en la región del Chicomoztoc. Tezozomoc, que es más extenso, agrega que en Aztlán, el templo de *Huitzilopochtli* estaba en medio de un pantano, y que el ídolo tenía en la mano una flor blanca, *aztawóchitl*. Creemos por esto, y por el itinerario que de la peregrinación trae Tezozomoc, que tuvo á la vista el jeroglífico que fué después de Sigüenza. El descubrimiento de este jeroglífico vino á introducir la idea de que los azteca habían atravesado el mar para venir á este continente, opinión que se

conformaba más con las ideas bíblicas, y que, sin embargo, no se encuentra en los historiadores más inmediatos á la Conquista. Desde entonces hizo esta opinión principal papel en todas las relaciones. No obstante, Gomara no se preocupó de ella, y en *La Conquista de México*, siguiendo la *Epístola* de Motolonía, dice que salieron las tribus de Chicomuztotl. (*Sic* en la edición de Anvers. 1554). No así el cronista Herrera, quien en el capítulo X del libro II de la *Década* III, si bien copió lo dicho por Acosta, agregó las siguientes palabras: «i decían que para llegar al lugar de las siete Cuevas, atravesaron un Braço de mar en troncos de Arboles, que debían ser Canoas mal labradas.» En cuanto á Oviedo, en su *Historia natural de Indias*, bastará decir que en un todo sigue las Cartas-relaciones de Cortés.

En 1613 sacaba á luz Torquemada su *Monarquía Indiana*; y aunque se le puede tachar de haber copiado á la letra al padre Mendieta, á Herrera en la Conquista, y en muchos pasajes á Motolinía, á Sahagún, y sin duda

á Olmos, su obra es, sin embargo, una recopilación de las mejores y más abundantes noticias de nuestra historia antigua. Era natural que la nueva idea de que los azteca atravesaron el mar para venir á estas tierras, fuese acogida por el religioso cronista franciscano; tanto más, cuanto que dice que tuvo en su poder una pintura por la que parece que *pasaron algun gran Rio, ó pequeño Estrecho, y Braço de Mar, cuiá Pintura, parece hacer media Isleta, en medio de los Braços, que divide estas Aguas*. Esto, y el itinerario de Torquemada, nos convencen de que tuvo á la vista la tira del Museo. Se ve que ya las ideas religiosas habían hecho surgir una nueva opinión: los azteca habían venido de Chicomoztoc, pero no era éste su punto de partida, sino que á él habían llegado atravesando el mar. Si se reflexiona, caeremos en la cuenta de que Sahagún vió también la tira jeroglífica, y él fué el iniciador de la nueva idea; pero como su texto es oscuro, dió origen á los errores ya referidos.

Las preocupaciones religiosas iban así cambiando la verdadera tradición histórica. Ya se aceptaba que los azteca habían venido del otro lado del mar, y era buscarles un origen acorde con el relato bíblico. Se ha visto cómo el padre Olmos buscaba este origen en la Judea. Durán sostuvo la opinión de que los indios descendían de las tribus de que habla el libro de Esdras. Ya fray Jerónimo García, que publicó en 1607 su *Origen de los indios en el Nuevo Mundo*, trató en forma la cuestión, y á la página 180 dice: «La mayor dificultad que yo hallo en esta opinión es, como pudieron yr aquellas Tribus de la tierra que cuenta Esdras, a las Indias Occidentales, auiendo de por medio tanta inmensidad de agua, é infinidad de tierra. A lo qual me parece que se puede responder, que pudieron yr poco a poco por tierra a la gran Tartarea, por donde parece auer passado, y que tomaron algunas costumbres y ritos, que en este Reyno y Prouincias se guardan.» Como más posible que un largo viaje por mar, se acogió esta otra idea, y se fijó para el paso de uno á otro continente el estrecho de Anián; aunque Henrico Martínez, en el *Repertorio de los Tiempos*, que imprimió en México en 1606, creía más bien que hacia el Norte estuviesen unidos los continentes. Las ideas bíblicas quedaban ya salvadas: la raza humana había perecido por el diluvio; pero los descendientes de Noé, no solamente poblaren el Viejo Mundo, sino que pasaron al Nuevo por el Norte y llegaron hasta México.

Ya de sazón la moda de las ideas bíblicas, vino á poder de Sigüenza el jeroglífico de la peregrinación azteca de que nos estamos ocupando, y en el cuadro de agua ya descrito creyó ver un argumento incontestable; y comunicó su explicación á Gemelli Carreri, quien la publicó en su *Giro dil Mondo*, acompañándola del grabado de la citada pintura, aunque no copiado con toda fidelidad. Según Sigüenza, el cuadro representa el

diluvio; las dos cabezas que en él se ven y la barca que está debajo con un hombre, significan que en una *acalli* ó canoa se salvaron un hombre y una mujer cuyos nombres eran *Coccox* y *Chichiquetzal*, según traduce los jeroglíficos de dichas cabezas. Esta pareja salvada, llegó al pié de la montaña de Culhuacán, cuyo signo jeroglífico se ve á la izquierda superior del cuadro; pero ella y su descendencia estaban mudos, hasta que un día vino una paloma, y les enseñó diferentes lenguas; lo que fué motivo para que se separasen en quince grupos ó familias. El pájaro que está sobre el árbol del cuadro, es esa paloma; las vírgulas que salen de su pico son los diferentes idiomas; y los hombres que lo escuchan y que después emprenden su camino, son las quince familias que se separaron por no entenderse. En su peregrinación llegaron á los 104 años á Aztlán, de donde, siguiendo su camino, vinieron á México. Esta interpretación de Sigüenza era ingeniosa; pero no se apoyaba, ni en la lectura del jeroglífico, ni en las tradiciones, ni en las antiguas crónicas. Fué, sin embargo, generalmente aceptada, porque comprendía el diluvio, había un Noé mexicano, *Coccox*, un Ararat en Culhuacán, y á mayor abundamiento, confusión de lenguas y separación de razas. Y no se extraña que sacerdotes como Clavigero la aceptasen, pues sabios tan insignes como Humboldt, incurrieron también en ese error.

Clavigero no publicó todo el jeroglífico. En su *Historia de México*, que dió á luz en italiano, en Cesena, el año de 1780, reprodujo solamente el cuadrado referido y los hombres que oyen á la ave; pero aun cuando se conoce que se valió de la estampa de Gemelli, la varió á su gusto, no solamente cambiando la dirección de las figuras, sino aumentando mucho el número de los oyentes. La lámina se copió á poco más ó menos en la edición inglesa, traducción de Cullen, publicada en Londres en 1787, y en la versión española que se dió á la estampa en la misma ciudad. En cuanto al relato de Clavigero, es una mezcla de lo que dicen Acosta, Torquemada y Gemelli.

Ixtlilxóchitl en una parte dice que los mexicanos son los aztlanecas venidos de Culhuacán, adelante de Xalixco, y descendientes de los toltecas, y en otra, contradiciéndose, dice que tenían lengua propia y que después tomaron la nahoa. Divide á las tribus en dos clases: una de nahuatlacas ó de la lengua nahoa, y otra de chichimecas, y pone entre éstos á los mexica.

En cuanto á Humboldt, en la magnífica edición en gran folio, de las *Vistas de las Cordilleras*, París 1813, reprodujo la estampa de Gemelli; pero no solamente está en opuesta dirección, sino que hay diferencia en los espacios. No tiene la traducción junto á los símbolos como la de Gemelli, y lleva por título: *Historia jeroglífica de los aztecas desde el diluvio hasta la fundación de la ciudad de México*. En esta obra entra Humboldt en explicaciones semejantes á las de Sigüenza,

é incurre en lamentables errores. Como el nombre de Humboldt es de tan gran respetabilidad, no nos contentaremos, como el señor Ramírez, con hacer notar sus equívocos; sino que, siguiendo una á una sus proposiciones, las estudiaremos y discutiremos. Comienza por sostener la autenticidad del jeroglífico de Sigüenza, contra Robertson y otros que la ponían en duda, creyéndolo obra de algún fraile fanático, que lo había forjado para poner de acuerdo las tradiciones hebreas con las mexicanas. Los que hemos tenido á la vista el jeroglífico, no podemos dudar de su originalidad; y nosotros lo creemos uno de los más antiguos que se conservan. Dice después Humboldt, que el hombre que está en la canoa acostado y levantando las manos, significa el par que se salvó en el diluvio, y en comprobación asienta que de la misma manera están pintados en el código Vaticano el hombre y la mujer que se salvaron de la calamidad del agua ó *Atonatiuh*. Esto no es exacto. Aquí hay un hombre solo que se está ahogando, y que en su angustia, acostado levanta sus manos al cielo en señal de pedir socorro. En el código Vaticano es un par, hombre y mujer, que van sentados, semejando hablar, en el tronco de un ahuehuate que sobrenada en el agua que cubre toda la tierra. Desde el momento que los datos son falsos, las consecuencias lo son; y por lo mismo la barca del cuadrado no significa el diluvio. En la pintura del código Vaticano, baja sobre la tierra la *Chalchiutlicue* trayendo en la mano el símbolo de las lluvias, de los relámpagos y de los truenos: aquí no hay sobre la canoa que se hunde en un resumidero, más que una ave que canta sin cesar. Se ve que hay tanta diferencia, que aun difícil se hace la equivocación de Humboldt. Siguiendo éste la interpretación de Sigüenza, no tiene otra novedad sino decir que Aztlán, Huehuetlapálan y Amaquemécan son un mismo lugar que estaba más al norte del 42°. ¡Error inconcebible! ¡Aztlán, patria de los mexica, confundida con Tlapálan, origen de los tolteca, y Amaquemécan, corte de los chichimeca! Sabemos ya que Tlapálan, estaba, en efecto, en el norte, aunque en una latitud muy inferior á la que le daba Humboldt, que Amaquemécan está al pié del Popocatepetl y del Ixtacihuatl en nuestro Valle; y en cuanto á Aztlán, hemos al fin determinado su ubicación. Respetando al sabio, no podemos admitir, ni por un momento, la interpretación que hace del jeroglífico de Sigüenza.

El señor don José Fernando Ramírez, como ya se ha dicho, publicó este jeroglífico y la tira del Museo en el *Atlas* del señor García Cubas. Ambos se habían publicado antes en la colección de lord Kingsboroug. La publicación del jeroglífico de Sigüenza hecha en el *Atlas* del señor García Cubas, ha sido la única con colores. La tira, como ya hemos dicho, no tiene colores, y únicamente las líneas que unen los años son rojas. Ambos jeroglíficos fueron publicados en el *Atlas* del

señor García Cubas en proporciones reducidas, y la tira en cinco fajas paralelas. Kingsborough publicó ésta dividida en hojas y sin reducción. Se ha publicado, además, muy reducida en dos láminas, de tres fajas paralelas cada lámina, en la magnífica obra que sobre las tribus americanas dió á luz, en cinco tomos en folio y con todo lujo, el gobierno americano, y escribió Shoolcraft. El señor Ramírez hizo también una edición pequeña, aunque no la puso en circulación, agregándole al principio el primer grupo del código de M. Aubin. Tenemos un ejemplar en una tira larga y en magnífico papel antiguo, igual en dimensiones al original, é ignoramos á qué edición pueda corresponder; aun cuando creemos que fué la impresa en Londres por M. Beuloch, á quien se facilitó al efecto el original por el gobierno mexicano. Réstanos agregar que los dos jeroglíficos se publicaron muy reducidos en el tomo III de la edición que en 1846 hizo el señor Cumplido de la *Conquista* de Prescott, acompañándolos de una explicación del señor don Isidro R. Gondra, conservador entonces del Museo Nacional. El jeroglífico de Sigüenza se publicó en una sola página, y la tira en cuatro. En la explicación hay los siguientes datos de su origen. El jeroglífico, que fué de Sigüenza, y que comunicó al célebre Gemelli Carreri, pasó después á don Antonio Leon y Gama, heredero de Sigüenza, y luego al albacea de éste, que lo fué el padre Pichardo: de su testamentaria lo adquirió don J. Vicente Sánchez y lo donó al Museo. Otros dicen que quedó con los papeles de Sigüenza en el colegio de jesuitas hasta 1795 en que fueron expulsados. Sin duda entonces pasó al sabio Leon y Gama. La tira perteneció á Boturini, y con su museo pasó á la Secretaría del Vireinato, y de allí al Museo Nacional. Como hemos indicado, fué enviada á Londres, y de allí volvió al Museo en donde se conserva. Guardada con otros manuscritos preciosos, á la caída del imperio de Maximiliano, en una bodega húmeda de Minería, la sacamos y restituimos con otros monumentos que se creían perdidos, en marzo de 1871. El jeroglífico de Sigüenza no está en el Museo, y acaso no vuelva á él: por fortuna tenemos una copia en papel de calco, exactísima en figuras, colores y tamaños, que perteneció al señor Ramírez. Éste describe ambos jeroglíficos de la siguiente manera: «El manuscrito histórico que tenemos á la vista, dice hablando del de Sigüenza, uno de los más auténticos é interesantes de la antigüedad mexicana, es quizá uno de los más célebres de los conocidos..... tiene setenta y siete centímetros de longitud por cincuenta y cuatro y medio de latitud, presentando rastros de cercenación en sus márgenes probablemente al enlazarlo, bien que sin daño de sus figuras. Está escrito en *papel de maguey* de la clase más fina; circunstancia que unida al descuido y desprecio con que antiguamente se veían esa clase de objetos, produjo el lastimoso estado de deterioración en que se

encuentra. Partido por los cuatro dobleces en que se le conservaba, perdió además dos ó tres figuras, de que sólo quedaron algunos ramos: han completádose con el auxilio de una antigua y fiel copia que yo poseo, de las mismas dimensiones que el original.» Respecto de la tira, dice el señor Ramírez: «Su original se conserva en el Museo Nacional, presentando todos los caracteres de una antigüedad anterior á la Conquista. Está escrito en papel de magney, y tiene 5'443 metros de largo y 0'196 de ancho, formando una sola faja ó tira.»

Veamos ahora la opinión del señor Ramírez, sobre el cuadro que forma el principio del jeroglífico de Sigüenza, y la cual tomamos de la explicación que publicó en el *Atlas* del señor García Cubas: «El cuadro azul, con sus fajas ó líneas oscuras del mismo color, no puede representar el globo terrestre cubierto con las aguas del diluvio, porque sería preciso suponer la repetición de igual cataclismo en la figura del número 40, donde se reproduce con algunos de sus principales accidentes. Tampoco, y por la misma razón, las cabezas humanas y de ave que allí aparecen flotar, dan á entender el sumergimiento de los hombres y de los animales, porque sería preciso dar igual explicación á las que se ven en el grupo número 39. Aun podría disputarse que el grupo de la izquierda, compuesto de una cabeza humana de varón y de otra ave sobrepuesta, diera fonéticamente el nombre de *Coaxcox* y representara al *Noé azteca*; pero el de la derecha, formado de una cabeza de mujer con otro grupo simbólico sobrepuesto, evidentemente no expresa el nombre de *Xochiquetzal*, que se dice ser el de su esposa. (Nótese que el señor Ramírez refuta en estos párrafos la opinión de Sigüenza con las modificaciones de Clavigero). Examinémoslo ligeramente, pues su perfecta determinación es decisiva para la inteligencia del cuadro.

«El grupo de que se trata se compone de una mano (en mexicano *Mailt*), cuya verdadera posición no se puede distinguir claramente por la deterioración en el dibujo: á ella está adherido otro símbolo expresado por un plumero ó manojito de plumas que los mexicanos denominaban *Quetzalli*. Por consiguiente, si se le considera compuesto de caracteres *figurativos* destinados á formar una escritura *silábico-ideográfica*, su valor fonético no podría dar otras lecturas propias y genuinas que las de *Quetzal-ma* ó *Quetzal-mapic*, compuestos de *Quetzalli* y de *Ma-itl* (mano) ó de *Mapicli* (puñado). Así, la palabra *Aca-mapic*, nombre del primer rey de México, se representa en la escritura jeroglífica con una mano en la acción de empuñar (*Mapiqui*) un haz de carrizos (*Acattl*), según puede verse en la estampa de Clavigero, donde se figuran los nombres de los reyes mexicanos, y en la que encabeza la biografía de aquel monarca que inserté en el *Diccionario universal de historia y geografía*, de la edición mexicana. En la lámina 30 del código Mendocino, publicado por lord

Kingsborough, se ve este mismo grupo bajo el número 3, con el valor fonético del nombre *Quetzalmaca*.

«Este carácter *Ma* ó *Mapic*, suele confundirse con otros análogos por la impericia ó descuido de los dibujantes, que no representaban con la debida propiedad la acción que ejecutaba la *mano*, y de la cual dependía esencialmente la determinación de su valor fonético. En la numerosa colección que he formado de grupos jeroglíficos, sacados de los antiguos códices mexicanos y de las mejores fuentes que se encuentran en México y en París, hay muchas muestras que no cito por la dificultad de analizarlas en pocas palabras. Así, y tomando solamente para ejemplo los grupos en que el carácter radical es una *flor* (*Xochitl*), tenemos los nombres fonéticos *Xochi-mana*, cuando la mano representa la acción de arreglar, disponer simétricamente ó hacer una ofrenda de flores: *Xochi-pepena*, cuando la de recoger, ó como vulgarmente se dice *pepenar*: *Xochi-cuicui*, cuando la de tomar: *Xochi-tequi*, cuando la de cortar, etc., etc., en los cuales, como se ve, uno de los caracteres forma necesariamente la *radical*, y el otro da su complemento. Por consiguiente, para que el grupo que nos ocupa diera fonéticamente el nombre *Xochi-quetzal*, debería comprender necesariamente, en vez de la mano ó puño que allí se figura, una *flor* (*Xochitl*) combinada con el carácter *Quetzalli*. Así se encuentra casualmente en el número 1764 de mi citada colección de jeroglíficos copiado por mí mismo de su original, que se conserva en la Biblioteca imperial de París.

«Desembarazados del pretendido Noé americano y de su esposa, pasemos á la paloma que reparte el don de lenguas á los primitivos hombres, nacidos mudos. Las virgulillas que parecen salir del pico del pájaro allí figurado, es uno de los símbolos más complejos y de los más variados por su valor fonético, que se encuentran en nuestra escritura jeroglífica. En su relación con los seres animados designa genéricamente la emisión de la voz, ó sea la facultad de hablar, cantar, silbar, gruñir, etc., etc., según la calidad del objeto á que se adhiere, y también indica la palabra y la voz. Por consiguiente, en el grupo que nos ocupa significa pura y simplemente que el pájaro cantaba ó hablaba: ¿á quién?—al grupo de personas que tiene frente á frente, y que en la dirección de sus rostros y cuerpos manifiestan clara y distintamente la atención con que lo escuchan. Por consiguiente, el dibujante de la mencionada estampa de Clavigero, alteró con su lápiz la verdad histórica, dando á aquellas figuras encontradas direcciones, preocupado por la idea de significar con ella la pretendida confusión de las lenguas. Examinando con atención la inexactitud y los errores de buril y de lápiz deslizados en todos los grabados históricos de México, se ve que no son menos numerosos ni graves que los de pluma.

«Las interpretaciones que de las antiguas pinturas

mexicanas han dado imaginaciones ardientes, arrastradas por el amor á la novedad ó por el espíritu de sistema, justifican hasta cierto punto la desconfianza y disfavor conque el último y más distinguido historiador de la conquista de México (el Sr. W. H. Prescott) ha tratado esta interesante y preciosa clase de monumentos históricos. Sólo puede ser legítima su interpretación cuando se funde en el análisis genuino y natural de sus caracteres ó se haga con el auxilio de antiguas y bien asentadas tradiciones. El grupo que nos ocupa parece íntimamente relacionado con una que nos ha transmitido el diligente y sincero investigador Fr. Juan de Torquemada, que trasladaré en lo conducente con sus propias palabras.

«Narrando este historiador la peregrinación de las tribus mexicanas desde el misterioso punto de su partida, dice que según las pinturas que el autor tema á la vista, parece habían pasado—«por algún grande río ó pequeño estrecho y brazo de mar, cuya pintura parece hacer media isleta en medio de los brazos que dividen las aguas.» Explicando en seguida los motivos de esa emigración, añade—«que el fundamento que tuvieron para hacer esta jornada y ponerse en ocasión de tan largo camino, fué que dicen fabulosamente que un pájaro se les apareció sobre un árbol muchas veces, el cual cantando repetía un chillido que ellos se quisieron persuadir á que decía Tihuï, que quiere decir YA VAMOS; y como esta repetición fué por muchos días y muchas veces, uno de los más sabios de aquel linaje y familia llamada Huitziton, reparó en ello.... y parecióle propicio para su intento.... dió parte de ello á otro llamado Tecpatzin.... diciéndole: lo que el pájaro nos manda es que nos vayamos con él y así conviene que le obedezcamos y sigamos.... Tecpatzin vino en el mismo parecer, y los dos juntos lo dieron á entender al pueblo, los cuales, persuadidos á la ventura grande que los llamaba.... movieron las casas y dejaron el lugar y siguieron la fortuna que en lo porvenir les estaba guardada, etc.»

«Esta antigua tradición me parece tan congruente con los grupos números 1 y 2 de nuestra estampa, que el lector puede hacer por sí solo su aplicación. Yo solamente le advertiré, que existe una avecilla á que los mexicanos dan hoy el nombre de *Tihuitochán*, porque dicen que en su canto pronuncia claramente estas palabras, que traducidas literalmente quieren decir: *Vamos á nuestra casa*. Ella seguramente dió motivo á la tradición misma. El gran número de comillas, ó sea caracteres trópicos de la palabra que parecen salir del pico del pájaro, es también un signo simbólico-ideográfico del verbo *frecuentativo* allí figurado (*hablar, cantar, etc.*) y que da á entender que el pájaro hablaba mucho ó repetidas veces, como dice la propia tradición. El carácter figurativo de montaña, de la cual nace el árbol sobre que posa el pájaro, designa el terreno habi-

tado por los emigrantes, formado por una isleta en medio del lago, y las dos cabezas humanas que se ven flotar, indican que aun después de la emigración continuó habitado por algunos de la misma tribu, representados por aquellos caracteres, probablemente significativos del nombre de su jefe y de su esposa. El grupo que se ve al pié compuesto de una figura humana tendida sobre una barca mexicana, y que se supone ser *Coxcox*, salvado del diluvio, no es, en mi concepto, más que el nombre jeroglífico del lugar ó asiento abandonado por los emigrantes, cuyo valor fonético no me determino á expresar porque tampoco puedo descender á su análisis.

«La generalidad de los escritores han dado á este lugar el nombre de *Aztlán*, y con él se encuentra indicado en la copia de Gemelli Carreri.... yo creo que el lugar de que se trata en nuestro derrotero, apenas distará nueve millas de las goteras de México; que el pretendido *Aztlán* debe buscarse en el lago de Chalco y las distancias que se supone han corrido los emigrantes, no exceden los límites del territorio del valle de México....»

En los anteriores párrafos vino el señor Ramírez á destruir ya arraigadas preocupaciones. En efecto, el cuadro jeroglífico en cuestión es un lugar del lago de Chalco, cercano á Culhuacán, como lo manifiesta su proximidad al signo simbólico de esta ciudad, que es un cerro torcido. Es cierto que el carácter *tépetl* que se ve en el centro del cuadro de agua, significa la isla en que moraban entonces los azteca. Es verdad que el árbol que sobre el *tépetl* se levanta y en cuya cúspide está un pájaro frente á un grupo de hombres, se refiere á la tradición citada por el señor Ramírez, pues las vírgulas que salen de la boca de un sér animado significan jeroglíficamente la palabra, y cuando son en gran cantidad manifiestan el canto, según se ve varias veces en las pinturas de la colección de lord Kingsborough. En cuanto á las dos cabezas que hay en el centro y á sus signos jeroglíficos, no es exacto que sean de los jefes de los azteca que allí quedaron, son de los reyes de Culhuacán, para significar que estaban bajo su dominio. Si se observa en el mismo jeroglífico el mismo lugar después de cien años de peregrinación, se encuentra el cerro torcido de Culhuacán y junto á él al rey con el símbolo mismo de una cabeza verde de ave; y en la tira el rey de Culhuacán se ve en esa misma última época teniendo por jeroglífico una cabeza de faisán. Esto se explica, ó porque los dos reyes de Culhuacán en las dos estancias de los azteca tenían el mismo nombre, ó lo que es más probable, que sólo sabían y recordaban el del rey de Culhuacán en su última estancia y lo usaron para expresar en la primera su propia servidumbre y el dominio de los culhua. En cuanto á los nombres, no hay duda que el de la mujer ó reina es *Quetzalma*. El del rey es, según la tradición, *Coxcox*: el señor Ramírez lo muda en la explicación de la tira,

en *Coxoc*. Lo cierto es que el faisán se dice *coxoli*. El grupo inferior que representa á un hombre acostado en una canoa que se hunde, es ciertamente el jeroglífico de aquella mansión de los azteca; y es Atocolco, que quiere decir lugar en que se hundan las canoas. No es, pues, Aztlán, como tantos han querido; pero tampoco, como dice el señor Ramírez, hay que buscar el lugar de Aztlán en el lago de Chalco, porque ya conocemos su ubicación en el lago de Mexicacán sobre la costa á los 22°. Hay además, en contra de esta nueva opinión del señor Ramírez, una prueba indiscutible que no debemos callar: tenemos la pintura jeroglífica original en papel de maguey, de los antiguos pueblos del lago de Chalco, desde el mismo Chalco hasta Coatlinchán, y de Culhuacán hasta Mexicaltzinco, y no se encuentra allí á Aztlán, el cual, siquiera por su importancia histórica, no habría sido posible que se suprimiera.

Es de creerse que largo tiempo moraron los azteca en Atocolco, pues de este lugar comienzan de nuevo su viaje y lo ponen como principio de su peregrinación. Parece por las indicaciones cronológicas de la pintura, que estuvieron en él por lo menos desde el año 908 á 960. Vivían sujetos á Culhuacán, y su espíritu independiente debía fingir un nuevo prodigio del cielo para salir de la servidumbre. Ya no habló el dios en sueños al sacerdote, como en Tzintzuntzan y en Malinalco; fué una ave que les decía *tihui*, vámonos. La oyó Huitziton, el sacerdote que llevaba el nombre del dios, y se lo comunicó á Teepátzin, que quiere decir *el señor del palacio*, el jefe de la tribu: lo que hace suponer que los azteca habían dejado el poder teocrático y tenían un jefe civil, y hace sospechar que el sacerdocio inventó esta fábula para recobrar el poder con la nueva emigración. El pueblo fué llevado á oír el pájaro, y oyéndole cantar *tihui*, vámonos, emprendió de nuevo su peregrinación.

Están en la pintura las tribus peregrinas, representada cada una por la figura de un hombre con el jeroglífico respectivo en la cabeza. Y aquí es la oportunidad de explicar estas peregrinaciones que aparecen simultáneas en las pinturas, y que por la historia sabemos que no lo fueron. Esta simultaneidad de peregrinaciones se observa en los diversos jeroglíficos. Así en el códice de M. Aubin, se ponen ocho símbolos de *calli*, casa, para significar que fueron ocho las tribus emigrantes, cuyos nombres, según el intérprete mexicano del jeroglífico, eran: huéxotzinca, chalca, xochimilca, cuitlahuaca, malinalca, chichimeca, tepaneca y matlatzinca. En el mismo jeroglífico, los jefes peregrinos que llevan al dios, son: *Cuauhcohuatl*, *Apanécatl*, *Tezcacoatl*, y *Chimalma*. La separación de las tribus se representa en él, con la fábula del árbol que se quebró, la que el intérprete mexicano explica de la siguiente manera: «Aquí se halla escrita la relación de cómo vinieron los mexicanos del lugar llamado Aztlán. Salieron de en medio del agua (*anepantla*) cuatro

barrios ó familias. Para verificar esto se valieron de canoas (*acaltica*), en donde metieron todo lo necesario, y llegaron al paraje llamado *Quinchuaya oztoc* (cueva ó lugar de la primera partida, alzamiento ó emigración). Salieron ya ocho barrios. El primero, el de los huexotzincas; el segundo, el de los chalcas; el tercero, el de los xochimilcas; el cuarto, el de los de Cuitlahuac; el quinto, el de los de Malinalco; el sexto, el de los chichimecas; el sétimo, el de los tepanecas y el octavo, el de los matlatzincas. Habiendo llegado á Colhuacán, y permanecido algún tiempo en él, comenzaron á prepararse para seguir su viaje. Visto esto por los habitantes de allí, se dirigieron á los que acababan de pasar de Aztlán, y dijeron:—Señores y caballeros nuestros, ¿adónde os dirigís? nosotros estamos dispuestos á acompañaros.—Los aztecas contestaron:—¿Adónde os podremos llevar?—Los ocho barrios dijeron:—Nada importa: os acompañaremos; iréis con nosotros.—Vamos pues, dijeron entonces los aztecas. Salieron de Colhuacán, y desde allí llevaron cargando al diablo á quien adoraban en *Huitzilopochli*. Entre todos venia una mujer llamada Chimalma, que la traían de Aztlán: y pasando por cuatro partes, continuaron su marcha. En *un pedernal*, salieron de Culhuacán cuatro jefes cargando al diablo (*Huitzilopochli*). El primero se llama Quauhcoatl, el segundo Apanécatl, el tercero Tezcacoacatl y el cuarto una mujer nombrada Chimalman.

»Luego que llegaron al pié de un árbol, se sentaron allí, y como era muy grueso dicho árbol, erigieron junto á él un altar en donde colocaron al diablo (*Huitzilopochli*). Hecho esto, tomaron su provisión. Mas al ir á comer, repentinamente se quebró sobre ellos (*ni mipan*) el árbol. Asustados de este acontecimiento, dejaron la comida y por mucho tiempo estuvieron cabizbajos (*totoloticatzo*). Después los llamó el diablo (*Huitzilopochli*), y les dijo:—Prevenid á los ocho barrios que os acompañan, que no pasen adelante, pues de aquí se han de regresar.—Al oír esta prevención, se pusieron muy tristes los ocho barrios, y dijeron:—Señores nuestros, ¿adónde nos dirigiremos, pues nosotros os acompañamos?—Luego les volvieron á decir:—Debéis regresar.—Entonces se marcharon los ocho barrios, dejándolos al pié del árbol, en donde permanecieron mucho tiempo. Después éstos se pusieron en marcha, y llegaron á un paraje en que estaban tiradas grandes ollas, y algunas personas tendidas debajo de un mezquite. Estas personas son de las que se llaman mixcoas; de las cuales, la primera se llama *Xiuhnézin*, la segunda *Mimitzin*, y la tercera es su hermana mayor. Allí otra vez los llamó el diablo *Huitzilopochli*, y les dijo:—Tomad la olla más grande que está con los primeros trabajadores.—Luego trató de cambiarles el nombre de azteca, diciéndoles:—Desde hoy en adelante, ya no os llamaréis aztecas, sino mexicanos.—Allí les puso un parche de trementina y plumas

en las orejas; y por esto recibieron el nombre de mexicanos: y les entregó flechas, arcos, rodela, y todo lo que es necesario al mexicano para la guerra <sup>1</sup>.

Encontramos la misma teofanía en la tira jeroglífica del Museo; pero más extensa y con más detallados pormenores. Figura en el principio una isleta rodeada de agua. En medio de la isleta se levanta un *teocalli* con tres casas, *calli*, á cada lado; en el *teocalli* hay un símbolo compuesto de una caña, *ácall*, y del jeroglífico del agua, *atl*. Éste era el nombre de la divinidad á quien estaba dedicado el templo. Hemos traducido el símbolo por *Aácall*, caña del agua <sup>2</sup>; más adelante explicaremos las nuevas ideas que sobre esto tenemos ahora. Debajo del templo se ven sentadas las figuras de un hombre y de una mujer: el hombre no tiene signo jeroglífico, el de la mujer es *Chimalma*. Un hombre en una canoa parte de la isla y atraviesa el lago, significando la emigración de la tribu. En la orilla opuesta se ven huellas de un pié, símbolo de la marcha, en dirección del cerro torcido, jeroglífico de Culhuacán. En éste, y como dentro de una cueva, está el jeroglífico del dios *Huitzilopochtli*, que se compone de un rostro humano y de la cabeza de un colibrí, *huitzintzilin*; de él salen las vírgulas, símbolo de la palabra, expresando que mandó á la tribu que emprendiese el viaje. Las huellas de pié atraviesan el cerro, lo que significa que pasaron por Culhuacán adelante. Del otro lado del cerro están asentadas las ocho tribus, representada cada una por el carácter figurativo hombre, sentado, teniendo en los labios la vírgula, símbolo de la palabra: cada figura tiene detrás el jeroglífico *calli*, casa, y el respectivo del nombre de la tribu. Hay algunas variantes en éstas, respecto de las que refiere el intérprete del código de Mr. Aubin. La primera figura tiene por jeroglífico una red, *mátlall*, y representa á los matlatzincas; la segunda una piedra, *tell*, y representa á los tepanecas; la tercera una flecha, símbolo de los chichimecas; la cuarta la hierba torcida, *malinalli*, significando á los malinalcas; la quinta el símbolo del agua despeñándose, y son los chololtecas, del verbo *chololoa*, despeñarse el agua; la sexta una flor, *xóchitl*, sobre un campo, *milli*, representa á los xochimilcas, la séptima tiene el jeroglífico muy conocido de los chalca; y la octava el árbol *huéxotl*, con la parte inferior del cuerpo humano, *tzinco*, significa á los *huéxotzinca*. Delante van los cuatro personajes que conducían á los dioses en las

espaldas: *Chimalma*, *Apanécatl*, *Cuauhcóhuatl* y *Tezcacoatl*: este último lleva áuestas al dios *Huitzilopochtli*. Siguen las huellas hasta el árbol, á cuyo pié se ha levantado un *teocalli* á *Huitzilopochtli*: frente á él los emigrantes comen al parecer contentos. Sin duda su estancia allí fué de cinco días, una de sus semanas, como lo expresan los cinco puntos que ahí se ven. Al cabo de este tiempo, el árbol se quebró por la mitad; se ve su parte inferior fija en la tierra, con la particularidad de que tiene en el tronco dos brazos con sus manos; la parte superior se está derrumbando. Los emigrantes se alejaron de allí á otro lugar, como lo significan las huellas del pié. Adelante se les ve llorando é implorando á su dios: éste les habla. Esto está expresado claramente, pues los emigrantes rodean á la imagen de *Huitzilopochtli*; de sus ojos se ven caer lágrimas, y en sus labios el símbolo de la palabra, símbolo que también sale de la boca del dios. Se comprende que entonces fué cuando *Huitzilopochtli* les previno que se separasen de las otras tribus. En la parte superior del grupo citado, se ven en una línea las casas de las ocho tribus con sus símbolos; sobre ellas está el medio cielo estrellado, que expresa la media noche, *yohualnepantla*, significando que la escena pasa á esa hora; y debajo se ve al sacerdote azteca, que se distingue porque va acompañado del jeroglífico del dios de la isleta, comunicando la orden de *Huitzilopochtli* á otro hombre que llora al oírlo, y que representa á las ocho tribus, lo que se manifiesta por una serie de puntos que lo anen á la línea que forman las ocho casas.

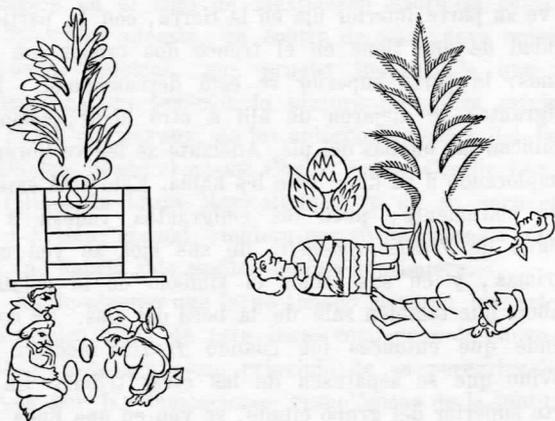
Sobre estos hechos tenemos dos relatos diferentes en las crónicas. El uno es el del código Ramírez, y va más de acuerdo con los jeroglíficos del código mexicana de Mr. Aubin. Dice así: «Estando los Mexicanos en este lugar tan deleitoso olvidados de que les habia dicho el ídolo que era aquel sitio solamente muestra y dechado de la tierra que les pensaba dar, comenzaron á estar muy de propósito, diciendo algunos que allí se habian de quedar para siempre y que aquel era el lugar electo de su Dios *Huitzilopochtli*, que desde allí habian de conseguir todos sus intentos siendo señor de las cuatro partes del mundo, etc. Mostró tanto enojo desto el ídolo que dixo á los sacerdotes: «¿quién son éstos que assi quieren traspasar y poner objeción á mis determinaciones y mandamientos? ¿Son ellos por ventura mayores que yo? decidles que yo tomaré venganza dellos antes de mañana porque no se atrevan á dar parecer en lo que yo tengo determinado, y sepan todos que á mí solo han de obedecer.» Dicho esto afirman que vieron el rostro del ídolo tan feo y espantoso que á todos puso gran terror y espanto. Cuentan que aquella noche estando todos en sosiego oyeron á una parte de su Real gran ruido, y acudiendo allá por la mañana, hallaron á todos los que habian movido la plática de quedarse en aquel lugar, muertos y abiertos por los pechos, sacados

<sup>1</sup> *In azcan aocmo amotoca in Amazteca, ye an Mexica. Oncan oquin nacazpotonique inic oqui cuique ini toca in Mexica.* Desde hoy en adelante no os llamaréis aztecas, sino mexicanos; los embizmo (es decir, poniéndoles plumas sobre la trementina, y se las puso hasta sobre las orejas, *oquin nacazpotonique*, porque este verbo se compone de *nacaztli* oreja, y de *potonia*, poner á otro bizma con pluma menuda sobre la trementina, ó emplumar á otro, ó también pegar la pluma con trementina sobre las orejas) por haber adoptado el nombre de Mexica. Metafóricamente: distinguir á uno con corona de plumas.—Nota del señor don J. Fernando Ramírez, en la traducción del manuscrito.

<sup>2</sup> *Hombres ilustres mexicanos.*—Vida de Tenoch.

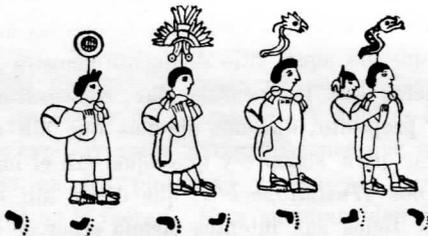
solamente los corazones, y entonces les enseñó aquel crudelísimo sacrificio que siempre usaron, abriendo á los hombres por los pechos, y sacándoles el corazon lo ofrecian á los ídolos diciendo que su dios no comia sino corazones.»

Torquemada trae esta misma tradición, pero la refiere á un hecho posterior. La que relata á propósito



Primeros sacrificios en la peregrinación

de la separación de las ocho tribus, va más de acuerdo con las figuras de la tira del Museo. Dice así: «En este Lugar y Sitio, dicen se les apareció el Demonio en la representacion de vn Idolo, y diciendoles, que él era, el que los avia sacado de la Tierra de Aztlan, y que le llevasen consigo, que queria ser su Dios, y favorecerles en todas las cosas, y que supiesen que su Nombre era Huitzilopuchtli (que como en otra parte decimos, es el que los Gentiles llamaban Marte, Dios de las Batallas) pidioles, que le hiciesen Silla, y Sitial, en que le



Los cuatro conductores de la tribu

llevasen; la qual, hicieron luego de Juncos, y ordenó, que quatro de ellos, fuesen sus Ministros, para lo qual, fueron Nombrados Quauhcohuatl, Apanecatli, Tezcaco-huatli, Chimalman, y los Sumos Supremos, que regian este Coro, eran Huitziton, y Tecpatcin, como Caudillos de estas Familias; lo qual, todo se hizo con grande agradecimiento de los Aztecas, viendo que ya no seguian su Jornada á ciegas, sino que llevaban Dios, que los guiaba, á cuios Ministros, llamaron Theotlamacaztin, y á la Silla en que iba Teoycpalli, y al acto de llevarlo á cuestras, pusieron Theomama.

«Con este principio, que el Demonio tuvo en este

Pueblo, marchó de aquel Lugar, para otro donde cuentan, avia vn Arbol mui grande, y mui grueso, donde les hizo parar; al Tronco del qual, hicieron vn pequeño Altar, donde pusieron el Idolo, porque asi se lo mandó el Demonio, y á su Sombra se sentaron, á comer. Estando comiendo, hizo vn grande ruido el Arbol, y quebró por medio. Espantados los Aztecas del subito acaecimiento, tuvieron por mal Agüero, y començaronse á entristecer, y dejaron de comer; y suspensos con el caso, los Caudillos, de las Familias, consultaron á su Dios, el qual apartando, á los que aora se llaman Mexicanos, les dijo: Despedid á las ocho Familias, y decidles que se vaian siguiendo su Viage, que vosotros os quereis quedar aqui, y no pasar adelante por aora. Hicieronlo asi los Mexicas; y, aunque con dolor de dejarlos los otros, por ser todos Hermanos, y Familiares, y no valerles sus ruegos, pidiendoles, que se fuesen juntos, dejaronlos, y fueronse siguiendo su camino.

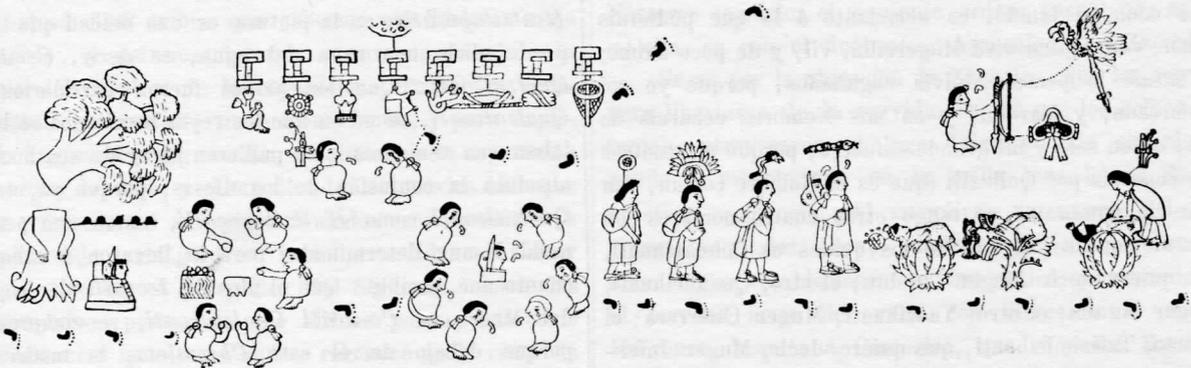
«Apartados yá, los vnos, de los otros, los Mexicanos, con quien se havia quedado el Idolo, y Dios Huitzilopuchtli, fueronse á él, y dijeronle: Que qué determinaba hacer de ellos? Entonces el Demonio (que dicen, hablaba por boca del Idolo), les dijo: Yá estais apartados, y segregados de los demás, y asi quiero, que como escogidos míos, ya no os llameis Aztecas, sino Mexicas... El lugar donde sucedió el caso referido... se llamaba Chicomoztoc...»

Por los párrafos citados, se ve cuánta congruencia hay entre este relato y las figuras de la tira del Museo. En ésta hay, además, unidos á los anteriores, los siguientes sucesos, representados también con signos jeroglíficos. El dios que está en el *teocalli* del punto de partida está sacrificando á tres personas que se miran muertas ya, dos sobre unas grandes biznagas, y una sobre un arbusto. Éste es el mismo suceso de los que no queriendo emigrar, amanecieron sacrificados. Uno de los personajes era de la tribu, pues no tiene jeroglífico especial; otro era michuaca, y el jeroglífico del tercero parece que significa *nahuité:catl*. Sobre este grupo se ve otro que representa á un hombre con el arco y una flecha en la mano, que le ha arrojado otra á una águila: el águila ha tomado en su garra la flecha, y abre su pico como si hablara con el cazador; éste tiene el símbolo de la palabra en la boca; debajo del águila y á un lado del cazador, está un envoltorio ó *quimilli*. Relata este grupo dos fábulas de la peregrinación, que, aunque no tienen en sí importancia, son preciosas para conocer el carácter y las supersticiones de aquel pueblo, que todo lo referia á la intervención del dios y á sucesos sobrenaturales, y tienen además tal encanto en su sencillez, que creemos oportuno reproducir el relato de Torquemada que á ellas se refiere.

«En este lugar, cuenta el fraile francisco, dicen, que vsó con ellos el Demonio de vn caso, que aunque en

sí mismo, no era nada, fue de grande contienda para todos, y fue, que en medio del Real, y Alojamiento, parecieron, dos Quimiles, que son dos pequeños emboltorios; y deseosos de saber lo que dentro tenían cubierto, llegaron á desembolver el vno, dentro del qual, vieron una mui rica, y preciosa Piedra, que resplandecia con mui claros visos de Esmeralda; y como la vieron tan rica, embaçaron todos en miralla; y codicioso cada qual de averla, se dividieron todos en dos Vandos. Viendo Huitziton (que se halló presente, y era el que los Capitaneaba.) que contendian, sobre qual de los Vandos, avia de llevar la Piedra, les dijo: Admirado

estoi, Mexicanos, de que por cosa tan poca, leve, os hagais tanta, y tan grande contradicion, sin saber el fin, que en esto se pretende. Y pues está delante de vosotros otro emboltorio, desembolvedlo, y descubridlo, y vereis lo que contiene, y será posible, que sea alguna cosa mas preciosa, para que estimandola, en mas, tengais en menos esa. Parecioles bien la raçon de Huitziton, á todos los Opositores, desataron el Quimilli, y en él hallaron, dos solos Palos; pero como no les relució, como la Piedra les avia relucido, no los estimaron, y bolvieron á su primera contienda. Pero Huitziton (que era el que hacia los embustes, y los



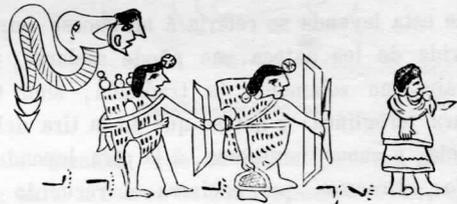
Separación de los mexica

declaraba), viendo que los vnos de ellos (que despues se llamaron Tlatelulcas) hacian tanta instancia, por llevarse la Piedra, dijoles á los otros (que despues se quedaron con el Nombre de Mexicanos), que partiesen la diferencia, y dejasen la Piedra, á los Tlatelulcas, y ellos se llevasen los dos Palos; porque eran mucho mas necesarios, y de mucho maior estima, para el progreso de su Jornada, como luego verian. Ellos, que creieron las Palabras de Huitziton, tomaron sus Palos, y dieron la Piedra, á los otros, y con esto, se conformaron. Y deseosos los Mexicanos de saber el secreto de estos palillos, pidieronle á Huitziton, que se lo descubriese. Él deseoso de quietarlos, los tomó, y puesto vno, en otro, sacó Fuego de ellos, de que quedaron grandemente admirados todos los presentes (porque jamás avian visto cosa semejante), y de aqui quedó conocida esta invencion del Fuego, por este modo.»

Esta fábula de los *quimilli* tuvo varios objetos: explicar y conmemorar la invención del fuego; dar una razón de la división que tuvo después lugar entre tlatilulca y mexica, cuidando éstos de aparecer los más sabios y prudentes, y relacionar estos hechos con la peregrinación, pues como ya vamos notando en varios puntos, los mexica cometian toda clase de anacronismos en sus tradiciones y pinturas, por la sola vanidad de referirlo todo en su historia.

Veamos la otra leyenda. Dice así: «Aqui tambien

sucedió, que vna Muger, llamada Quilaztli, que venia con ellos, y era grande Hechicera, la qual por Arte del Demonio, dicen, que se trasformaba en la forma que queria, quiso burlar á dos Capitanes, y Caudillos, llamados, el vno, Mixcohuatl; y el otro, Xiuhnel; los quales, andaban por el Campo caçando, y se les apareció en forma de Aguila mui hermosa, y grande, puesta sobre vn Hueynochtli, que llamamos nosotros, los Castellanos, Cimborio; y como los Capitanes la viesan,



Episodio de Quilaztli

quisieronle tirar sus flechas, pensando, que en realidad de verdad, era Aguila natural, y verdadera; y al tiempo de desembraçar las flechas, y conociendo la Hechicera su peligro, y riesgo, les habló, diciendo: Para burlaros (Capitanes) basta lo hecho, no me tireis, que yo soi Quilaztli, vuestra Hermana, y de vuestro Pueblo. Enojaronse los Capitanes, de que los huviese burlado, y dijeronla, que era digna de Muerte, por la burla que los avia hecho. Ella les respondió, que si

querían matarla, que hiciesen su poder, mas que algún día se lo pagarían; ellos no la respondieron, y fueronse, y ella se quedó en su Arbol, y cada qual con su desabrimiento.

«Hecho ya tiempo de partir de este Lugar, por orden de su Oraculo, llegaron á otro, llamado Chimalco, donde estuvieron seis Años; y al quarto de su llegada á él, acordándose la Hechicera Quilaztli, de la pesadumbre que hubo entre ella, y los dos Capitanes ya dichos en la mansión pasada, hizo memoria del agravio recibido, en el Tunal, donde quisieron matarla; y vistiéndose de la usança de Guerra, se fue á ellos, y pensando amedrentarlos, les dijo: Yá me conoceis, que soi Quilaztli, y debeis de pensar, que la contienda, que conmigo teneis, es semejante á la que pudierais tener, con alguna otra Mugerilla, vil, y de poco animo; y si así lo pensais, vivis engañados, porque yo soi Esforçada, y Varonil, y en mis Nombres echareis de ver, quien soi, y mi grande esfuerço; porque si vosotros me conoceis por Quilaztli (que es el Nombre comun, con que me nombráis) yo tengo otros cuatro nombres con que me conozco; el vno de los quales es Cohuacihuatl, que quiere decir Muger Culebra; el otro, Quauhcihuatl, Muger Aguila; el otro, Yaocihuatl, Muger Guerrera; el quarto, Tzitzimicihuatl, que quiere decir, Muger Infernal; y segun las propiedades que se incluien en estos quatro Nombres, vereis quien soi, y el poder que tengo, y el mal que puedo haceros; y si quereis poner á prueba de las manos esta verdad, aqui salgo al desafio. Los dos esforçados Capitanes, no temiendo las arrogantes palabras, con que Quilaztli, quiso atemorizarlos, respondieron: Si tu eres tan Valerosa como te has pintado, nosotros no lo somos menos; pero eres Muger, y no es raçon, que se diga de nosotros, que tomamos Armas contra Mugereres; y sin hablarla mas, se apartaron de ella, afrentados de ver, que vna Muger los desafiaba, y callaron el caso, porque no se supiese en el Pueblo.»

Que esta leyenda se refería á un suceso importante en la vida de los azteca, no puede dudarse; pues la conservaba, no solamente la tradición, sino también la pintura jeroglífica: y nótese que en la tira del Museo está unida, y como simultánea, á la otra leyenda de los sacrificios. Creemos que encierra el recuerdo de una lucha religiosa; y para explicarla, tenemos que volver á ocuparnos del dios que está en el *teocalli* del punto de partida, y que es el mismo que hace los sacrificios; llamando desde ahora la atención sobre que en las tradiciones citadas se dice que este dios era *Huitzilopochtli*. Hemos visto ya cómo los azteca tenían en su patria primitiva por dios á *Mexi*, un dios planta propio de la primera civilización de los meca, y que á su paso por el Michuacán, tomaron por nuevo dios á *Huitzilopochtli*, hijo de *Coatlícue*, un dios pájaro, propio de la segunda civilización; y que no queriendo prescindir de

su primer dios, hicieron uno solo de ambos, quedando desde entonces por dios de la guerra y principal deidad, *Mexi* y *Huitzilopochtli*. En el siglo x, cuando llegaron en nuestro Valle al reino culhua, se encontraron dominando en él la religión astronómica de los nahoas, y allí necesariamente sufrieron la influencia de la reforma de *Quetzalcoatl*, pues vemos por el jeroglífico de Sigüenza, que estuvieron en aquella mansión, de los años 908 á 960. Aun más: parece que el culto de *Quetzalcoatl* tomó firme asiento en los pueblos del lago dulce, porque más tarde fué apoyado en su nuevo triunfo por los chalca de Xicco. Sin duda que los azteca, al aceptar este nuevo dios, quisieron confundirlo con su dios primitivo; y por eso, si en la tradición el dios sacrificador es *Huitzilopochtli*, en la pintura es una deidad que tiene por símbolo una caña del agua, es decir, *Ce-ácatl Quetzalcoatl*. Que los azteca fueron partidarios de *Quetzalcoatl*, se ve en que los reyes mexicanos se titulaban sus tenientes. No pudieron hacer de una manera absoluta la confusión de los dioses, porque ya, tanto *Quetzalcoatl* como *Huitzilopochtli*, tenían una personalidad muy determinada; pero la llevaron á cabo en cuanto fué posible. Que el dios del *teocalli* de la tira del Museo es *Ce-ácatl Quetzalcoatl*, se comprende, porque debajo de él está *Chimalma*, la madre de *Quetzalcoatl*. Pues bien, en el jeroglífico de Mr. Aubin, *Chimalma* es quien lleva á cuestras á *Huitzilopochtli*. Todavía más; se observa en las crónicas, que si en un principio la madre de *Huitzilopochtli* fué *Coatlícue*, se la mudaron después por *Chimalma*, madre de *Quetzalcoatl*. Así se ven en un grupo juntos, á hijo y madre, á *Huitzilopochtli* y *Chimalma*, en uno de los relieves de la piedra del sacrificio gladiatorio, que está enterrada en la Plaza Mayor. Hay un hecho que siempre nos ha llamado la atención, y que solamente se explica por la confusión de estas deidades. En la época del imperio mexicano, el dios dominante en la religión era *Tezcatlipoca*; y sin embargo, en el gran *teocalli*, el dios que estaba al lado de *Huitzilopochtli* era *Tlaloc*. La confusión parcial, digámoslo así, de *Huitzilopochtli* y *Quetzalcoatl*, nos da la explicación. Recuérdese que los nahoas decían que la luna era hija de *Tlaloc* y el sol de *Quetzalcoatl*; y así como los tolteca dedicaron las dos pirámides de Teotihuacán al sol y á la luna, los mexica pusieron por deidades de su gran *teocalli* á *Tlaloc*, padre de ésta, y por padre del primero á *Huitzilopochtli*, en cuanto que lo habían confundido con *Quetzalcoatl*. El gran *teocalli* era todavía el triunfo de la religión astronómica de los nahoas.

Supuesto todo lo que va explicado, se comprende que la fábula de Quilaztli y los sacrificios, se refieren á la rebelión de los que no quisieron aceptar la innovación religiosa, y que al parecer querían conservar la de los animales, que habían traído del Michuacán. Así se desprende del nombre mismo de Quilaztli, que significa

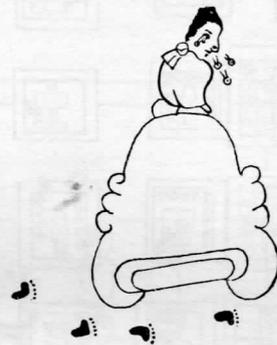
garza verde, y de los otros nombres que ella misma se daba, de mujer culebra y mujer águila; mientras que los nombres de los cazadores representan la religión astronómica, significando uno el de *cometa claro* y el otro el de *via láctea*. Se comprende que los michuaca fueron de esta rebelión, y por eso están representados en el segundo sacrificado; el primero, cuyo jeroglífico parece decir *Nahui tézcatli* ó *Nauhtezcatli*, debió ser el personaje más importante del levantamiento, y el tercero representa á los azteca que los siguieron, aunque sólo lo hace presumir la falta del jeroglífico propio.

Pero volvamos al punto más importante: á explicar como en las pinturas aparecen peregrinando juntas con los azteca otras tribus que sabemos que hicieron viaje separado, y así nos daremos cuenta también de la fábula del árbol y de la separación. Todas las razas buscaban por instinto un origen común, y para explicarlo fingían la peregrinación simultánea y la separación por orden del dios; y el orgullo de los mexica hizo que ellos refirieran en sus pinturas todos esos sucesos á su propio viaje. Exageraron tanto esta idea de amor propio, que en el jeroglífico de Sigüenza, entre las quince tribus peregrinas que allí se ponen, está como décimatercera la tolteca, que se reconoce en la rama de tule que tiene por jeroglífico, y que es de la misma forma que las del jeroglífico de Tóllan en la tira del Museo. Este mismo amor propio, y el deseo de aparecer como los herederos de la civilización nahoa, hizo que los mexicanos cambiaran la cronología de su viaje, dándole principio, como se ve en la tira del Museo y en el códice de Mr. Aubin, en el año de 1116, fecha de la destrucción de Tóllan, como para decir que donde acaban los tolteca comenzaron los mexica, y que la civilización pasó de aquéllos á éstos. Naturalmente, reduciendo la cronología, fué preciso reducir y escoger las estancias del viaje; y siguiendo el sistema convencional, se adoptaron períodos cíclicos para las mismas estancias: esto se ve claramente en la tira del Museo y en el códice de Mr. Aubin. Estos viajes son, pues, convencionales, y podemos asegurar que fueron pintados al finalizar el imperio mexicano: no así el jeroglífico de Sigüenza, que es la relación exacta y genuina de la peregrinación. Volvamos á éste.

Al escapar de la servidumbre de Culhuacán. se fueron los azteca á un punto que está marcado con un *teocalli* y un árbol, lo que significa que allí se asentó la tribu y levantó un templo á su dios, que tiene por jeroglífico un grupo compuesto de una garza, del símbolo del agua y de una olla, el cual acertadamente traduce el señor Orozco por Azacoalco, nombre de un pueblo que existe todavía á orillas del lago salado ó de Texcoco, un poco más allá de la villa de Guadalupe. Este grupo nos explica algunos puntos interesantes de la escritura jeroglífica. Vemos por él, que un *teocalli*

y un árbol manifiestan el establecimiento de una población, significando la población misma. Vemos también, que la figura garza y la palabra *áztatl* conque se la nombra -en mexicano, dan en la composición únicamente la raíz *az*: lo que resuelve la tan debatida cuestión del nombre de Aztlán; y ahora se comprenderá que significa lugar de garzas. El símbolo del agua, *alt*, da siempre, con raras excepciones, el sonido de la vocal *a*. La olla, *comitl*, da unas veces el sonido *comi*, y otras *co* con el final *alco*, *coalco*. Esto se demuestra con dos jeroglíficos que hay en el mapa original de las poblaciones del lago de Chalco: Cicoalco y Tecoalco. Hemos visto componer Azacoalco de la siguiente manera; garza, *azta*; olla, *co*; agua, *a*; y el final *lco*: Aztacoalco. Nosotros seguimos el siguiente orden: garza, *az*; agua, *a*; olla, *co* con el final *alco*: Azacoalco, hoy Zacualco.

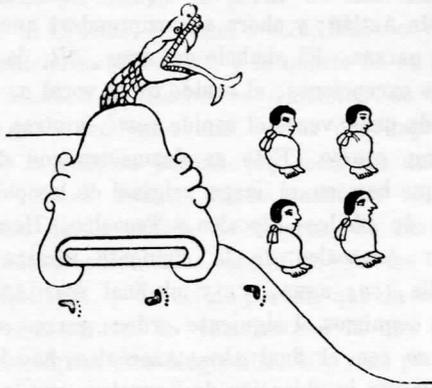
Se ve por la ubicación de Zacualco, que los azteca, para libertarse de la servidumbre en que los colhua los tenían, atravesaron el lago dulce y todo el salado, yendo á establecerse en la orilla más lejana de su anterior residencia. Al cumplirse un nuevo ciclo de cincuenta y dos años, partieron de allí, y en el año 1012 se establecieron en Oztocoalco, penetrando en el terreno firme del valle con dirección al norte. Fuéronse después á Cincoalco, que el señor Ramírez llama Cincotlán, y permanecieron allí diez años. Al cumplirse otro ciclo de cincuenta y dos años, se trasladaron, en 1064, á un punto marcado con un hombre inclinado sobre un cerro: llámalo Tocolco la interpre-



Cuextecatlichocáyan

tación de Gemelli, que el señor Ramírez califica de dudosa; para nosotros es Cuextecatlichocáyan, el mismo que más claramente se ve en la tira del Museo. A este punto refiere el señor Ramírez los sacrificios en ella marcados, y no falta quien por el tocado y manchas de la cara de la tercera víctima, la tenga por un cuexteca. De todas maneras, el nombre mismo del lugar hace comprender que los azteca habían penetrado en el territorio de Tóllan, puesto que la faja que formaba éste, separaba Cuextlán de las anteriores mansiones de la tribu peregrina. Así se comprende por qué en los Anales tolteca-chichimeca, se pone á los azteca entre los habitantes de Tóllan. Fuéronlo del reino, en sus últimos años, y

testigos y partícipes de su destrucción; y por eso fué el llamarse herederos de los tolteca y enorgullecerse con ser los continuadores de su civilización y de los misteriosos destinos de la raza nahoa. Por eso también los

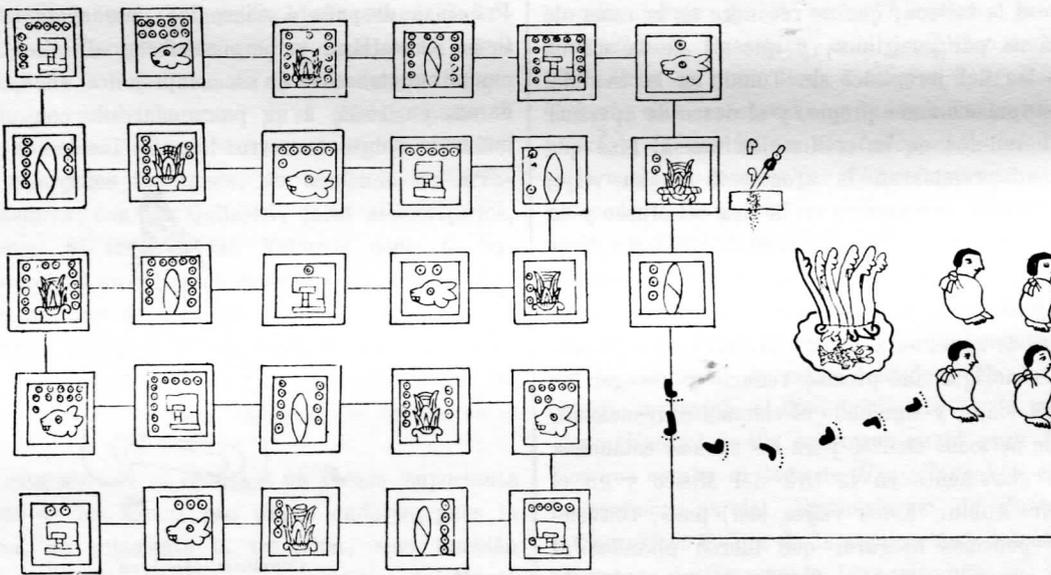


Coatlicamac

cronistas hablan de la estancia de los azteca en Tóllan, y algunos refieren á ella la fábula de los sacrificios. Por eso la tira del Museo y el códice de M. Aubin, después de otra estancia en Coatepec ó Coatlicamac, hacen vivir

á los azteca en la misma Tóllan. Así les parecía que tenían más derechos á heredar los privilegios de la antigua raza. La verdad es que vivían en el reino de los tolteca, si no en su capital, cuando la destrucción de esa nacionalidad: el lugar de su estancia, marcado en el jeroglífico de Sigüenza, se llamaba Oztotlán, y á los cinco años de morar en él tuvo lugar la gran catástrofe, que á la par que á los súbditos de Huemac, los arrastró á ellos también. De grande influencia para lo porvenir fué aquella estancia. Dominó en ellos, como en el resto del reino, la bárbara religión de *Tezcatlipoca*, que tan bien cuadraba con los ritos que habían traído del Michuacán; y así fué más tarde Tenochtitlán, la ciudad de los sacrificios y el emporio del culto de sangre. Estaba fijado ya para siempre el destino de la raza.

Se observará que todos los documentos de que hacemos mérito, van confirmando los hechos antes referidos. Importantísimo es, á este respecto, el grupo que sigue en el jeroglífico de Sigüenza. Veamos primero la interpretación que equivocadamente le dió el señor Ramírez, y que después de él se ha seguido sin vacilar generalmente. «MIZQUIAHUALA. En esta mansión se



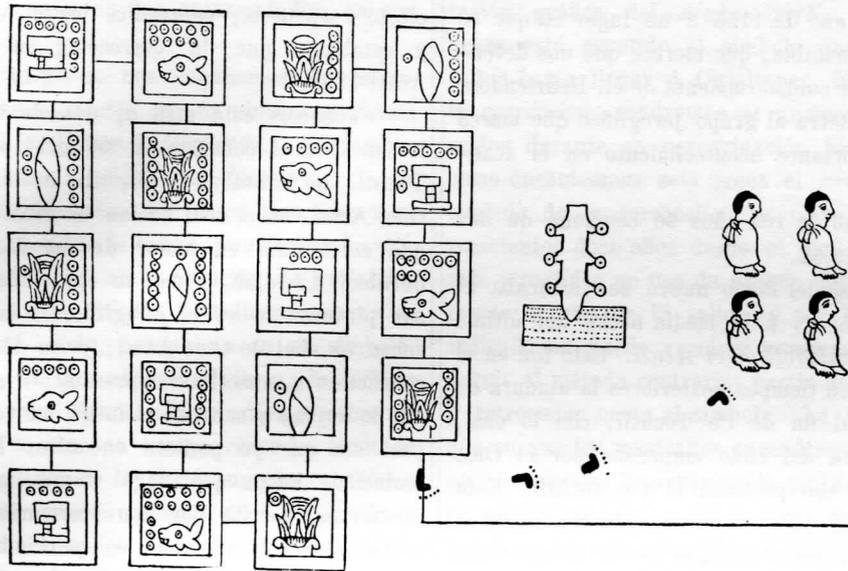
Tóllan

notan tres sucesos: la construcción de un *Teocalli* y el complemento de un ciclo. Entre los dos signos que los representan se ve otro que figura un cadáver amortajado á la usanza mexicana, y que por su nombre jeroglífico se reconoce ser el jefe de la tribu, designado en el grupo núm. 2 con la letra *m*. Como este suceso acaeció más de doscientos años después de la partida, podemos conjeturar que con él se extinguió la tribu, puesto que tampoco se le vuelve á ver figurar en la peregrinación.» La primera equivocación consiste en llamar Mizquiahuala á ese lugar. Nace el error de que se ve un árbol

llamado *mizquiltl*, y unas como lengüetas amarillas que se tomaron por el símbolo de la lluvia, *quiáhuitl*. Esto sólo basta para desvanecer la equivocación, pues el signo de la lluvia es completamente diverso, y siempre se la figura, sin excepción, con pequeñas fajas azules que terminan en gotas redondas también azules. Si se observa todo el grupo, se ve que está compuesto principalmente de un *teocalli* y de un árbol, que, como ya hemos marcado, significa una población: ésta debió estar en la región que hoy todavía se llama Mezquital, por la abundancia de esos árboles, pues el del jeroglífico es un

*mizquitl*. El árbol se ve sacudido y como destruyéndose por la furia de los elementos y del cielo; del *teocalli* sale el símbolo del fuego, lo que da á entender la conquista y destrucción de la ciudad, según invariablemente se nota en el código Mendocino, porque era

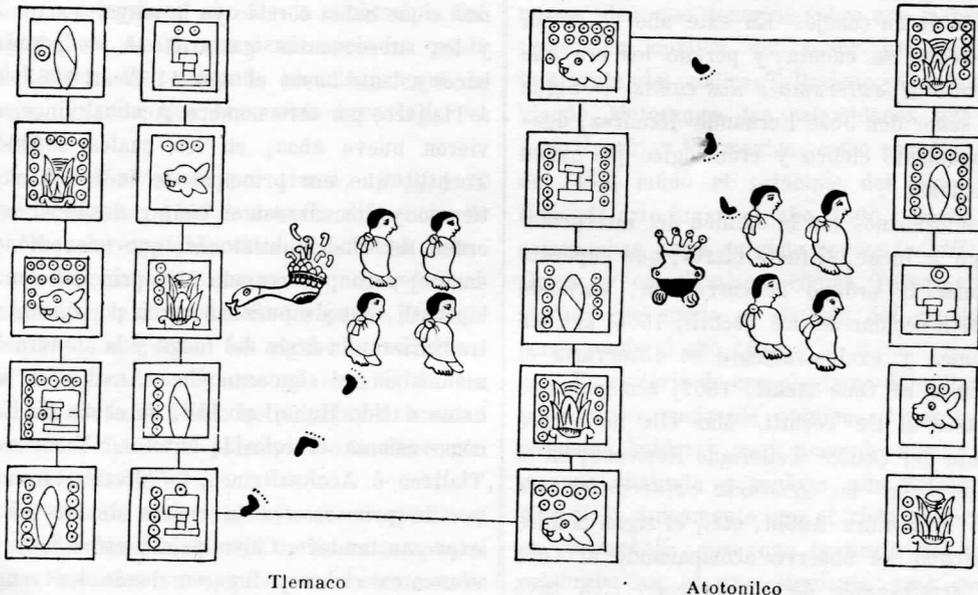
costumbre del vencedor incendiar el *teocalli* del pueblo conquistado, como la señal más patente de su victoria. Que no fué este lugar mansión de los azteca, se conoce porque en él no se marcan los años de su estancia. Conmemora sin duda el jeroglífico el acacimiento de



Atlicalaquia

un suceso muy importante: lo completan el *xiuhmolpilli* que marca el año en que aconteció, y un hombre amortajado representante de la raza destruída; el cual, por el símbolo que lo distingue, y que es el mismo de

la figura décimatercera de los emigrantes, no puede ser otro que el carácter figurativo de la raza tolteca. El *xiuhmolpilli* señala el año *ce técpatl*, 1116. Así, uniendo á este grupo el anterior, resulta la siguiente



Tlemaco

Atotonilco

lectura: á los cinco años de morar los azteca en Ozotlán, fué conquistado y destruído el reino de Tóllan, en el año 1116. No se puede dar comprobación más completa de los hechos históricos.

Los azteca fueron arrastrados en esa destrucción, y los vemos en el jeroglífico, ir á habitar á Xálpan, pueblo al sur de Tóllan y cercano á Huehuetoca. Poco importante nos parece seguirlos pueblo á pueblo en su peregrinación; ni trae utilidad el comparar el exacto itinerario del jeroglífico de Sigüenza con los conven-

cionales de la tira del Museo y del códice de Mr. Aubin; y menos estudiar las contradicciones de los cronistas, nacidas de las diversas pinturas que á mano tuvieron, ó de que se confundieran unas con otras ó de que se valieron únicamente de noticias verbales é incompletas. Bástenos notar que, caminando de norte á sur, llegó la tribu viajera en el año de 1155 á un lugar en que se verificó suceso tan notable, que merece que nos detengamos para ocuparnos cuidadosamente de él. Refiriéndose el señor Orozco y Berra al grupo jeroglífico que marca este lugar, y al importante acontecimiento en él acaecido, dice <sup>1</sup>:

«El ciclo máximo de 104 años se compone de dos períodos simétricos de 52.

«La fiesta secular del fuego nuevo se verificaba al terminar el ciclo menor, á la media noche del último nemontemi del año *matlactliomei Acatl*. Esto fué en el estilo antiguo; pero en tiempos posteriores la atadura de los años se hacía al fin de Ce Tochtli, con lo cual, propiamente la cuenta del ciclo empezaba por el Ome Acatl, quedando por año postrero el Ce Tochtli. Esta es la razón de que en las pinturas, según son antiguas ó modernas, se encuentre el símbolo de la fiesta cíclica unas veces junto al Ce Tochtli, otras ocasiones junto al Ome Acatl.

«¿En cuál época fué trasladado el principio del ciclo del uno al otro signo?—El intérprete del Códice Telleriano Remense dice: «En este año (Ce Tochtli 1506) asaeteó Moutezuma á un hombre de esta manera: dicen los viejos que fué por aplacar á los dioses, porque habia docientos años que siempre tenían hambre en el año de un conejo. En este año se solian atar los años, segun se cuenta, y porque les era año trabajoso, *lo mudó Moutezuma á dos cañas* <sup>2</sup>.» Sigue esta opinión el señor don José Fernando Ramírez, describiendo el monumento cíclico y cronológico que existe en el Museo Nacional <sup>3</sup>.

«No nos conformamos con la opinión del intérprete. Ocurre de luego á luego, si fuera cierta, que supuesto que Motecuhzoma II ordenó la corrección, haciendo trasladar la fiesta secular del Ce Tochtli, 1506, al Ome Acatl, 1507, única y exclusivamente se observaría el signo cíclico junto al Ome Acatl, 1507, acompañando en todos los casos al Ce Tochtli. Mas ello no ocurre así: en la pintura del Códice Telleriano Remense, en el Códex Vaticano, en la *Historia sincrónica de Tepéchpan*, en la pintura Aubin, etc., el signo crónico de la fiesta secular se observa acompañando al Ome Acatl, prueba irrefragable de que la corrección tuvo lugar en tiempo anterior al asignado por el intérprete.

<sup>1</sup> *Anales del Museo Nacional*, tomo I, págs. 300, 301 y 302.

<sup>2</sup> Explicación del Códex Telleriano Remensis, lám. XXXV, Lord Kingsboroug, vol. V, pág. 153.

<sup>3</sup> Descripción de cuatro láminas monumentales, en la *Historia de la Conquista de México*, por Prescott, edic. de Cumplido, tom. II, págs. 106-115, al fin del vol.

Desde la primera lámina del Códice Mendocino se ve unido el Mamalhuastli al signo Ome Acatl. Confrontando los Códices Telleriano Remense y Vaticano, vemos que el xiuhtlalpilli acompaña al Ce Tochtli 1246; falta en el Ce Tochtli 1298, apareciendo por primera vez junto al Ome Acatl 1299. La autoridad de la pintura es por cierto respetable; contradice los dichos del intérprete y establece que la corrección se verificó el Ome Acatl 1299.

«Tenemos esta otra opinión de Gama:—«Aunque los mexicanos comenzaban su ciclo por el símbolo Ce Tochtli, no lo ataban en él, sino hasta el siguiente año Ome Acatl, en el cual hacían la gran fiesta del fuego, que celebraban en honor de los dioses seculares, y duraban 13 días, como se dirá adelante. En todas sus pinturas se ve el jeroglífico de la atadura del ciclo sobre el símbolo Ome Acatl; y en todos sus anales y relaciones manuscritas expresamente refieren que este año lo ataban y sacaban el fuego nuevo. Mucho tiempo pasó sin que yo pudiera encontrar la razón de esta mutación, hasta que llegó á mis manos la *Crónica mexicana*, escrita por don Hernando Alvarado Tezozomoc: por ella se viene en conocimiento de la causa que tuvieron para variar el orden de la cuenta que aprendieron de sus mayores los tultecas (quienes comenzaban el ciclo por el símbolo Ce Técpatl), y de haber transferido la celebración de la fiesta secular al año Ome Acatl. La época de los mexicanos fué la salida que hicieron de Aztlán, su patria, para venir á poblar las tierras de Anáhuac; y ésta fué el año Ce Técpatl, correspondiente al 1064 de la era cristiana; mas como había corrido ya la mayor parte de este año, y los subsecuentes gastaron en su peregrinación sin hacer asiento hasta el año 11 Acatl 1087, que llegaron á Tlalixco, por otro nombre Acahualtzinco, donde estuvieron nueve años, en los cuales se incluyó el Ce Tochtli, que era principio de indicción, corrigieron el tiempo y comenzaron á contar desde él su ciclo, por orden de Chalchiuhtlatonac, que era entónces su conductor; pero por respeto á su principal caudillo Huitzilopochtli, que después adoraron por dios de la guerra, transfirieron la fiesta del fuego y la atadura de los años ó xiuhmolpia, al siguiente Ome Acatl, que era en el que había nacido Huitzilopochtli, en el día Ce Técpatl de él, como asienta el referido autor <sup>1</sup>. Y en este lugar de Tlalixco ó Acahualtzinco, fué donde ataron de nuevo y por la primera vez la cuenta de sus años, como lo expresan también Chimalpain y otros <sup>2</sup>: y en los subsecuentes ciclos y lugares donde los completaron, se

<sup>1</sup> *In oncan Cohuatepec oncan quilpique inin Xiuhtlalpohual ome Acatl; anch te Tecpatl in tonalli, ipan tlacatl in Huitsilopochtli*. Crónica mexicana, citada por Boturini en el párrafo VIII, núm. 2, de su Museo, que atribuye equivocadamente á Chimalpain.

<sup>2</sup> *Ome Acatl xihuitl, 1091 años ipan in yancuican iccepa oncan quilpillico inin xiuhtlalpohual huehuetque Mexica, Azteca, Teochichimeca oncan in Tlalixco*. Citados por Boturini en los núms. 6 y 12 del párrafo VIII.

figura en sus pinturas el jeroglífico de la atadura de ellos, que es un manojo de hierbas atado, con los caracteres numéricos que demuestran los que habían corrido, ó las fiestas del fuego nuevo que habían celebrado desde la que hicieron en Acahualtzinco ó Tlalixco, el año Ome Acatl, correspondiente al 1091 de la Era cristiana: de la misma manera lo asientan los autores indios en sus manuscritos <sup>1</sup>.

«Si á nuestro turno no nos engañamos, la resolución del problema se encuentra en una pintura mexicana bien conocida. (El jeroglífico de Sigüenza.) El nombre puesto al núm. 13 es Ihhuicatepec: interpretación, á nuestro entender, equivocada. El grupo jeroglífico está compuesto... del símbolo de la noche, *yoalli* ó *yohualli*, que puede también tomarse en la acepción de *citlallin*, estrella ó estrellas, y de *citlallo*, estrellado; mas no se debe leer *ilhhuicatl*, cielo, porque no es su símbolo. Con el mímico *tepetl* que allí se advierte, la lectura propia es Citlaltepec. Examinado el dibujo sobre el nombre Citlaltepec se alza un cuerpo redondo, abultado hacia el medio, ahusado en la parte superior, simétrico y rematando en un copudo manojo de hierbas; es el símbolo del cehuehuetiliztli ó período máximo de ciento cuatro años, compuesto de dos *xiuhmolpilli* ó ciclos menores de cincuenta y dos años. Se le ve atravesado con una flecha por el medio, con objeto de dividirlo en sus dos componentes iguales. Al un extremo de la flecha se ve una hierba, *xihuitl*, símbolo del año, mientras en el extremo opuesto se observa el símbolo *ácatl*, caña. Todo ello quiere decir, que estando en Citlaltepec, la noche en que se cumplió un cehuehuetiliztli, el principio del primer año de la *xiuhmolpia* fué trasladado al símbolo Acatl, que desde entónces quedó por inicial del ciclo. Del cómputo cronológico que la estampa arroja... resulta que el cambio tuvo lugar el Ome Acatl 1143.

«Entre la época adoptada por Gama, 1091, y la encontrada por nosotros, 1143, existe la diferencia de un solo ciclo. Aquel respetable autor y nosotros deberíamos salir acordes, supuesto que ambos nos referimos á la misma pintura; la discordancia no puede provenir sino de la manera de concordar los signos cronográficos y juzgar en definitiva lo dejamos al estudio de los lectores. Con la autoridad de la pintura, á nuestro parecer irrecusable, fijamos el principio de la corrección en el año Ome Acatl 1143.»

Tal es la opinión del señor Orozco respecto al suceso que acaeció durante el viaje de los aztecas, en el lugar referido. Seguimos su opinión en nuestro estudio sobre la Piedra del Sol. Escribíamos á este propósito: «Los sistemas de Gama y del señor Orozco no se diferencian más que en un período de cincuenta y dos años, en un ciclo mexicano; tienen sin duda la misma base, pero hay un ligero error de cálculo: ¿quién incurrió en

él? Para resolverlo, nos valdremos del mismo jeroglífico que consigna el suceso, que es el cuadro de la peregrinación de los aztecas, uno de los anales más auténticos de nuestra historia antigua, y de originalidad indisputable. En él los ciclos están representados por un manojo de hierbas atado por el medio; es una manifestación gráfica del *xiuhmolpilli*. Si vemos cuántas veces está repetido el símbolo desde el punto de su salida hasta llegar á Citlaltepec, lugar en que se hizo la corrección, tendremos el número de años transcurridos durante su peregrinación hasta aquel punto; y como encontramos seis veces el *xiuhmolpilli* antes del símbolo de la corrección, es claro que habían pasado trescientos doce años desde el día de su salida. Pero este jeroglífico no nos da ningún dato para fijar directamente el año de la salida, y por lo mismo el método indicado no puede resolver nuestras dudas. Es preciso seguir el método contrario; partir de una fecha conocida, y retroceder hasta el símbolo. La fecha conocida es el año en que los mexicanos encendieron el fuego nuevo en su estancia en Chapultepec; la pintura de Mr. Aubin nos la da de una manera fija y clara: fué el año 1247. Si contamos los *xiuhmolpilli* que hay entre Chapultepec y Citlaltepec, los multiplicamos por 52, y restamos el producto de la cifra 1247, tendremos el año de la corrección. Como hay dos *xiuhmolpilli*, tendremos que restar 104, lo que nos dará por resultado 1143: esto fué lo que hizo el señor Orozco, y esto lo que de una manera matemática nos da la fecha buscada.»

Veamos ahora en qué consiste la opinión contraria del señor Ramírez, para que después expongamos la nueva idea que tenemos sobre una materia tan importante. La opinión del señor Ramírez, siguiendo al intérprete del código Telleriano y explicándolo, es, que viendo Moteczuma las calamidades que en el año *ce tochtli* sufrían los mexicas, como sucedió con el hambre de 1454, mudó el principio del ciclo al *ome ácatl*, teniendo esto lugar el año 1506. Según él, los mexicas comenzaban antes su ciclo por *ce tochtli*; y se apoya en Gama, y en el mismo código Telleriano, en el cual la atadura está unida al símbolo del conejo ó *tochtli* que corresponde al año 1246.

En materia de cronología no debe llamar la atención tanta divergencia de opiniones, porque los primeros cronistas cuidaron muy poco de ella, y la trataron de manera diminuta y confusa, aun Motolinía y Sahagún. Nos dicen únicamente que el ciclo mexicano comenzaba en *ce tochtli*, pero que la fiesta del fuego nuevo se celebraba en el año siguiente *ome ácatl*. Motolinía se refiere á su calendario de rueda, y á él también hace referencia Torquemada. Las ruedas del código Ramírez y del padre Durán comienzan por *ce ácatl*. Pero hay un monumento que no nos puede dejar duda respecto á la costumbre mexicana: el *cuauhxicalli* del sacrificio gladiatorio que está enterrado en la Plaza Mayor. El grupo

<sup>1</sup> Gama, las dos piedras, primera parte, pág. 19.

central está rodeado de los cincuenta y dos años del ciclo, y todos están representados simplemente por puntos, y únicamente con su figura el *tochtli*, principio del ciclo. Respecto de la celebración de la fiesta del fuego nuevo y atadura de los años en el siguiente *ome ácall*, á más de la uniformidad de los cronistas y de varias pinturas jeroglíficas, tenemos el monumento del Museo, que explicó el señor Ramírez. Pero nada de esto, ni la opinión de Gama, que no comprueba por más que haga una cita, en nuestro concepto insuficiente, nos explican la manera y época de la corrección. El señor Orozco fué quien primero dió una explicación razonable; pero creemos que él y nosotros estábamos equivocados. Vamos á exponer nuestro nuevo sistema, apoyándonos principalmente en el jeroglífico de Sigüenza.

Sabemos que los nahoas comenzaban su ciclo por el año *ce ácall*, y que los tolteca lo pasaron al *ce técpatl* en conmemoración del principio de su viaje, y para expresar su personalidad histórica. Ahora bien: los azteca recibieron necesariamente toda la influencia de la civilización de Tóllan desde que llegaron á nuestro Valle, y adoptaron por principio de su ciclo el año *ce técpatl*, como se ve en la pintura de Sigüenza. En esto no hay duda, porque la destrucción de Tóllan, que sabemos que fué el año *ce técpatl* 1116, está marcada con el *xiuhmolpilli*. Dice el señor Orozco, como hemos visto, y dice con razón, que según las pinturas son antiguas ó modernas, tienen ó no el *xiuhmolpilli* en el año *ome ácall*. Esta es una razón más, de que la tira del Museo, que así lo tiene, es más moderna que el jeroglífico de Sigüenza; y por esta razón también, no son argumento, en la presente cuestión, las pinturas que cita, y que siguieron el sistema último que encontraron establecido. En efecto, el códice de Mr. Aubin fué pintado después de la Conquista, en el año 1576; lo mismo la tira de Tepéchan, que se extiende hasta 1596, el códice Mendocino se mandó pintar por el primer virey de México; y los códices Telleriano Remense y Vaticano están en papel europeo, y son, por lo tanto, posteriores á la Conquista. En todas estas pinturas se siguió naturalmente el último sistema, sin preocuparse de más; y por eso hemos dicho que no se pueden traer á nuestro debate. Debemos buscar la solución de la dificultad en el jeroglífico de Sigüenza, apoyándonos en otros monumentos auténticos. El grupo á que se refiere el señor Orozco, nos expresa el cambio cronológico; y los puntos que lo acompañan manifiestan que los azteca residieron cuatro años en ese lugar, sin que nos importe gran cosa el que se llame Ilhuicatepec ó Citlaltepec, como quiere el señor Orozco, pues el jeroglífico da las dos lecturas. La misma figura del cielo estrellado, al cual rodean los cinco símbolos de astros que acompañan siempre á *Tonacatecuhtli* ó el sol, expresan también el cambio del principio del ciclo. La razón de la mudanza es lógica: comenzaban su ciclo en *ce técpatl*; pero en el

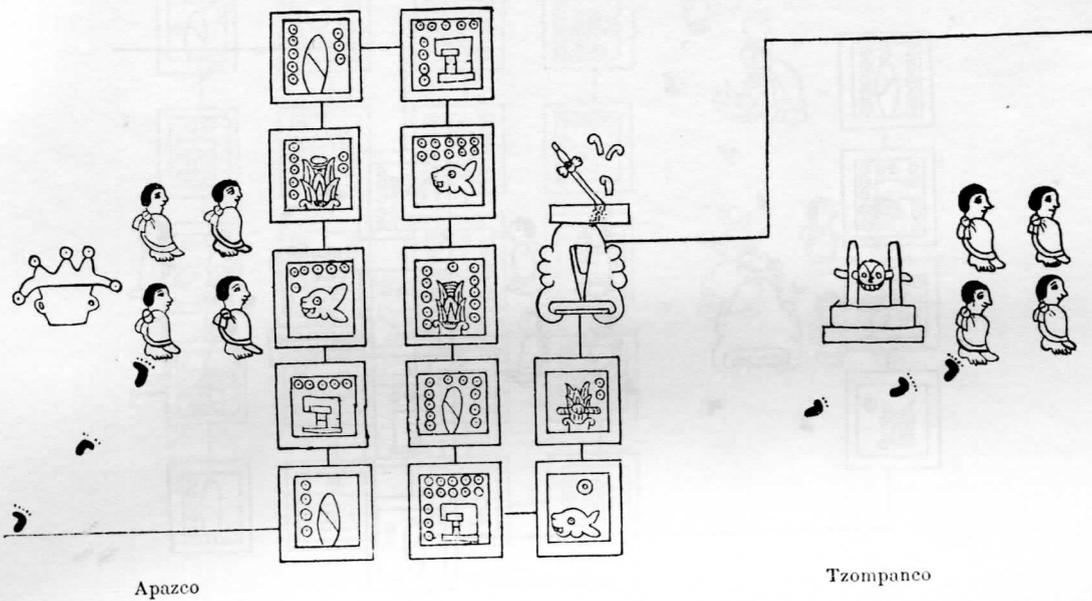
último habían sufrido la tremenda catástrofe de la destrucción de Tóllan, y quisieron abandonar la cuenta que habían adoptado, y aun contaron de entonces nuevo sol y comenzaron el quinto, lo que expresaron con los cinco astros que en el grupo rodean al cielo. Pero el grupo no manifiesta que pasaron el *xiuhmolpilli* al *ome ácall*; una sola caña hay en él, sin los dos puntos necesarios para expresar el *ome*; volvieron al año *ce ácall*, precisamente porque en la confusión que habían hecho entre *Huitzilopochtli* y *Quetzalcoatl*, lo tenían por el del nacimiento de su dios. Bastaría la lectura del grupo jeroglífico para darnos la razón; pero hay otra prueba en la misma pintura: inmediatamente antes de la fundación de México, está el *xiuhmolpilli*; por lo tanto, el año anterior á dicha fundación debe ser *ce ácall*, y, como veremos adelante y consta en el códice de Mr. Aubin, la verdadera fecha de ese suceso fué el año siguiente *ome técpatl*. Significa, pues, el grupo, el cambio cronográfico, el año *ce ácall*, 1155, y desde él deben volverse á contar los períodos de cincuenta y dos años, y finalmente un nuevo sol, el quinto, que comenzó á la destrucción de Tóllan.

Importante es saber cuándo se hizo la corrección al *ome ácall*, y cuál fué la causa que la decidió. Vemos ya que el sistema de Tezozomoc, Gama y el señor Orozco están contradichos por el mismo jeroglífico en que se apoyan. La opinión del intérprete del códice Telleriano y del señor Ramírez fija el año 1506 para el cambio. Creemos que la solución está en un monumento que há tiempo describimos, sin comprender que á esto pudiera referirse. Es una piedra que existía en la pared del convento de la Concepción, y cuya descripción é interpretación hicimos hace años, reproduciendo lo principal de ella en la vida de Motecuhzoma Ilhuicamina<sup>1</sup>. Por lo que importa á la materia que vamos tratando, bastará decir que se refiere á la grande hambre que tuvo lugar bajo el reinado del citado monarca; que una de las caras tiene esculpido el símbolo 12 *técpatl* que corresponde al año 1452, en que comenzó la calamidad; después, en la cara inmediata, está el símbolo *ce tochtli*, correspondiente al año 1454, en el cual llegó el hambre á su mayor grado; y en la cara siguiente está el *xiuhmolpilli*, acompañado del símbolo del agua que sale del *Tonatiuh* ó sol de la cara central ó superior. La traducción que hicimos de la piedra, apoyándonos en el significado de sus jeroglíficos y en los datos que nos proporcionan las crónicas, es la siguiente: «Bajo el reinado de Motecuhzoma Ilhuicamina (cara 5.<sup>a</sup>) comenzó la calamidad del hambre en el año 12 *técpatl*, ó sea 1452 (cara 4.<sup>a</sup>), la que llegó á su mayor grado en el año *ce tochtli* ó sea 1454, en que el conejo, símbolo del año, se dibujó figurando un gusanillo ó hierbecilla, porque de eso sólo se alimentaron entónces los mexicanos (cara 3.<sup>a</sup>); pero al siguiente año, que fué el secular,

<sup>1</sup> *Hombres ilustres mexicanos.*

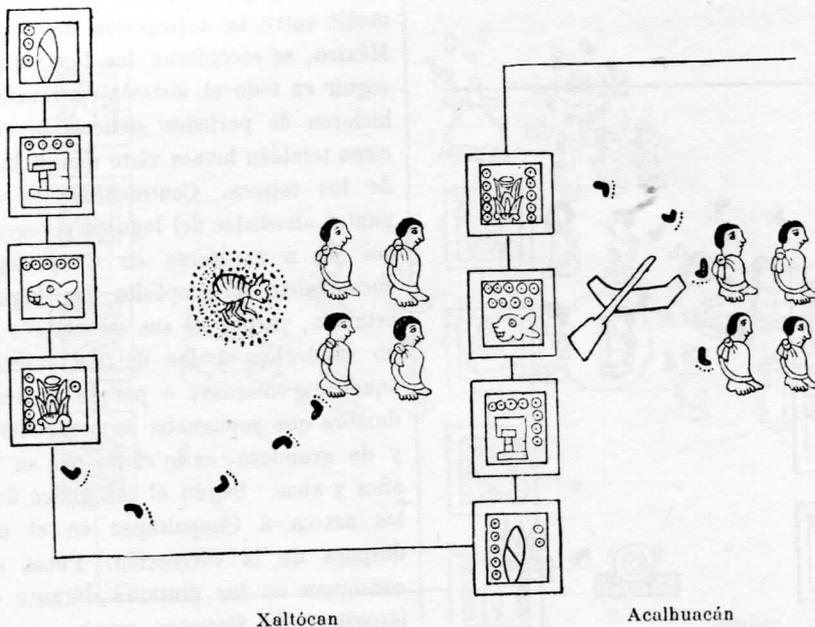
que se señala con el *xiuhmolpilli* (cara 2.<sup>a</sup>, letra *z*), y fué el de 1455, cayeron en abundancia extraordinaria las aguas (cara 2.<sup>a</sup>, letra *x*, y cara 1.<sup>a</sup>, letra *x*), las cuales fueron un gran don del cielo (cara 1.<sup>a</sup>).» Mayores estudios sobre esta piedra, nos han hecho conocer que

significa aún más sucesos importantes; pero por lo que hace á nuestra cuestión, hemos observado, que la hierbecilla que acompaña al *ce tochtli*, el *xihuitl*, expresa el principio del ciclo, y que en el *xiuhmolpilli*, hay en el centro el circulillo que significa el numeral uno. Esto



quiere decir que entonces se hizo la corrección: como era irregular comenzar el ciclo por el segundo año de una indicción, tuvo que dejarse, como se dejó, en el *ce tochtli*; pero ya porque éste era siempre abundante en

calamidades, ya porque el año feliz en que llovió y cesó el hambre, fué el *ome ácatl*, á él se pasó el *xiuhmolpilli* y la fiesta del fuego nuevo; y por eso en la Piedra del Sol, labrada algunos años después, se ve en la

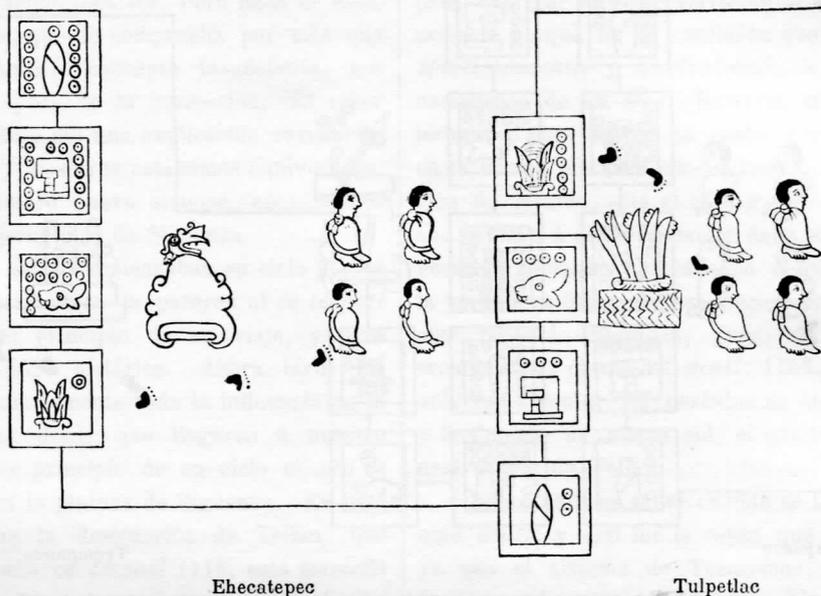


diadema del *Tonatiuh* el símbolo *ome ácatl*. Queda, pues, reducido nuestro nuevo sistema á las proposiciones siguientes: al comenzar su peregrinación en nuestro lago los azteca, en el año 908, ataban su ciclo en el año *ce técpatl*, siguiendo la costumbre tolteca; después de la

destrucción de Tóllan y antes de que se completara un nuevo ciclo, pasaron la atadura al año *ce ácatl*, y contaron un nuevo y quinto sol desde la ruina del imperio tolteca; y finalmente, cuando fundaron la ciudad de México, aun comenzaban su ciclo por *ce ácatl*:

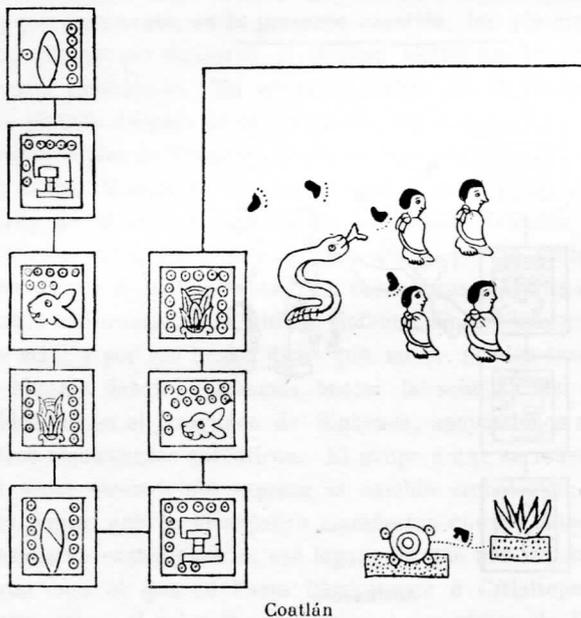
hechos todos que están comprobados con el jeroglífico de Sigüenza, documento auténtico y muy antiguo. La Piedra de la Concepción, la del Sol y la *cuauhxicalli* del sacrificio gladiatorio, nos dan, combinadas, conocimiento de que en el año 1455 se pasó la fiesta del fuego nuevo al *ome ácatl*, quedando de principio de ciclo para

la cuenta regular de los años el *ce tochtli*. Estos monumentos son importantísimos. Naturalmente, en las pinturas que se hicieron después, se siguió el nuevo sistema, como ya hemos visto, y por eso se observa en ellas junto al *ome ácatl*, no solamente la atadura, sino el símbolo de la guerra, que hacían los azteca en tal



solemnidad para tener cautivos que sacrificar á su dios, según la costumbre que habían traído del Michuacán. Y por el código de Mr. Aubin se ve que no hicieron la guerra en el primer *xihmolpilli* después de la des-

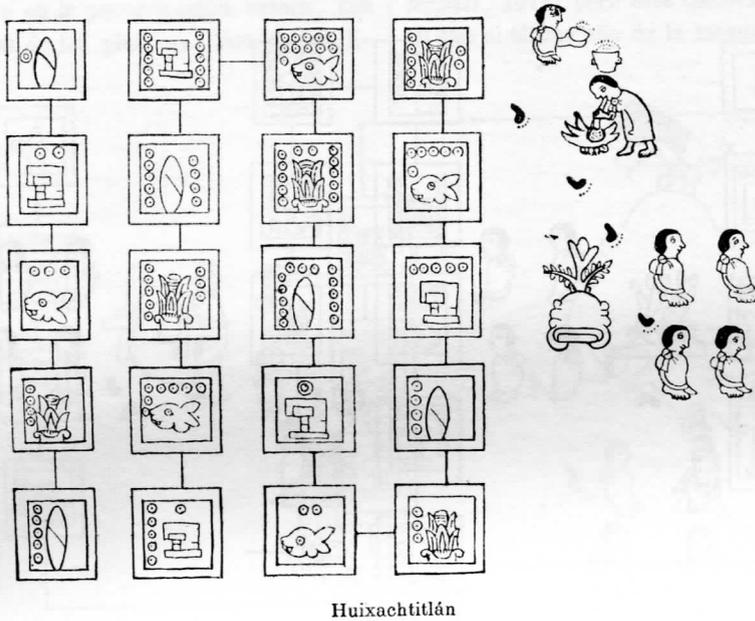
Los azteca siguieron su peregrinación rumbo al sur, y estuvieron sucesivamente en Tzompanco y Apazco, lugares que se encuentran en los tres jeroglíficos. Como ya hemos explicado, para reducir el viaje al tiempo que medió entre la destrucción de Tóllan y la fundación de México, se escogieron los lugares más notables; y para seguir en todo el sistema convencional, las estancias se hicieron de períodos cíclicos de cuatro ú ocho años, como también hemos visto que se hizo respecto del viaje de los tolteca. Continuaron los azteca por diversos puntos alrededor del lago su peregrinación, hasta llegar por fin á asentarse en Chapultepec. Ya porque no encontraban á propósito los lugares en que hacían estancia, ya porque sus costumbres guerreras y salvajes no cuadraban á los de los anteriores habitantes de aquellas comarcas, ó porque se les exigía una servidumbre que repugnaba á su ambición de independenciam y de grandeza, es lo cierto que su viaje se prolongaba años y años. Según el jeroglífico de Sigüenza, llegaron los azteca á Chapultepec en el año 1255, un siglo después de la corrección. Pocos sucesos notables se consignan en las pinturas durante ese período. En el jeroglífico de Sigüenza consta, que durante su estancia en Cuauhtitlán, una de las tribus, la huitzilteca, se separó para establecerse en Cuahmatla. La tira del Museo nos hace saber, que en las fiestas del fuego nuevo, hicieron guerra en Apazco, y después en Tecpayócan: en este lugar murieron los guerreros Tlal-técatl, Chimaltécatl y Tecpátzin. Consta también que



trucción de Tóllan, acaso porque sus costumbres se habían dulcificado pasajeraamente al contacto de una civilización superior, ó tal vez porque fué la época de la corrección al *ce ácatl*, y hasta que estuvo establecida en el ciclo siguiente volvieron á los sacrificios.

en su estancia en Coatitlán, llevaron magueyes de Chalco, y que en Huixachtitlán sacaban ya el aguamiel y fabricaban el pulque. Marca en el año 6 *ácatl* 1251, el nacimiento de Huitzilihuitl; pues cuenta la crónica

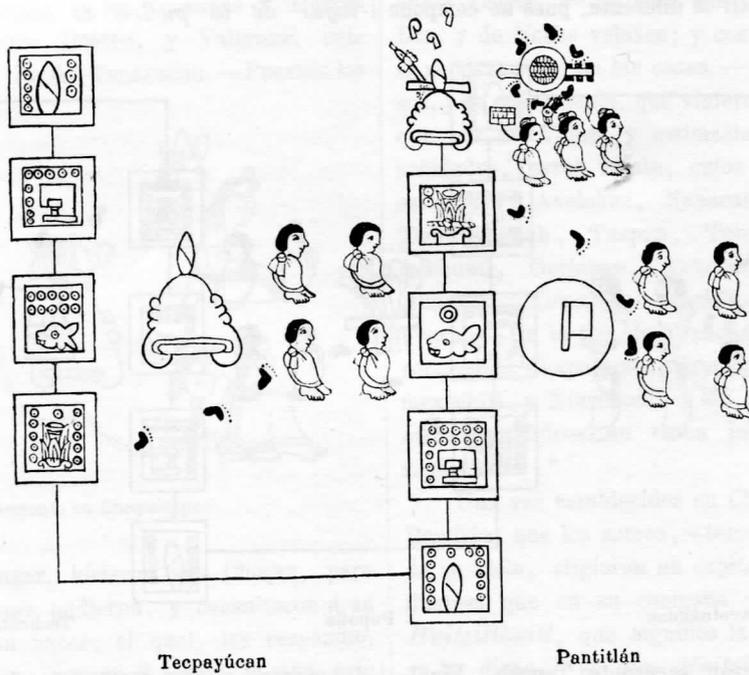
que cuando los azteca llegaron á Tzompanco, el señor, llamado Tochpanécatl, los recibió muy bien, al grado que casó á su hijo Ilhuicatl con una mujer de los viajeros llamada Tiacapántzin; pero como el dios les mandara



Huixachtitlán

que prosiguiesen su viaje, lleváronse á Ilhuicatl. Casaron también con el señor de Cuauhtitlán á una doncella azteca llamada Axochiátzin. Marca, en fin, la tira del Museo, que cuando la tribu peregrina llegó á Pantitlán

el año *ce ácatl* 1259, reinaba ya en Atzacaputzalco el *tecuhtli* Tezozomoc, cuyo nombre significa *pedra que zumba*; por lo cual su jeroglífico, en notable combinación figurativa y trópica, se compone del signo de la



Tepayúcan

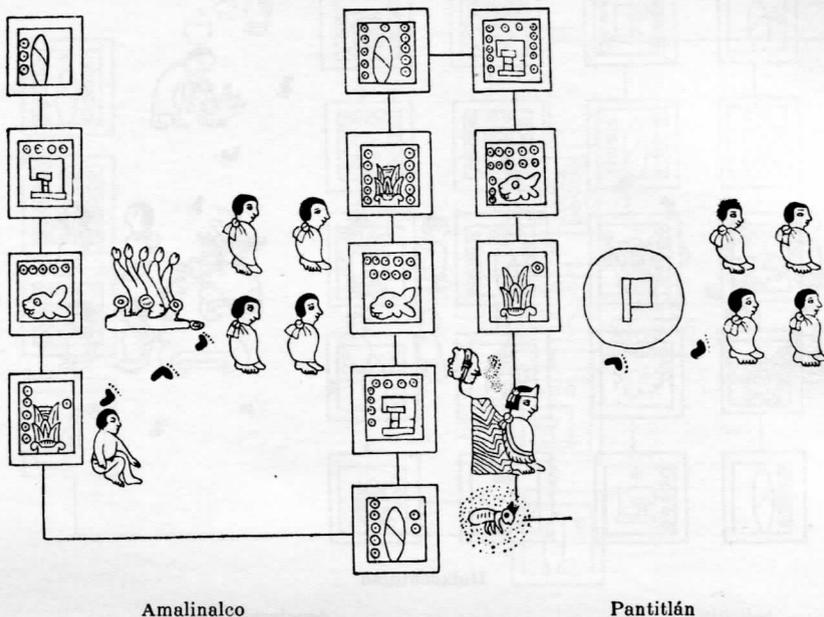
Pantitlán

pedra, que tiene por un lado la figura de una cara, y de la boca de ésta sale el símbolo, formado de puntos, del viento fuerte. Nos parece que es la primera vez que se encuentra y explica el jeroglífico de Tezo-

zomoc y la significación de su nombre. El código Aubin, durante el mismo tiempo, anota también algunos sucesos notables. El intérprete relata cómo fueron los viajeros por los magueyes á Chalco, y cómo empezaron

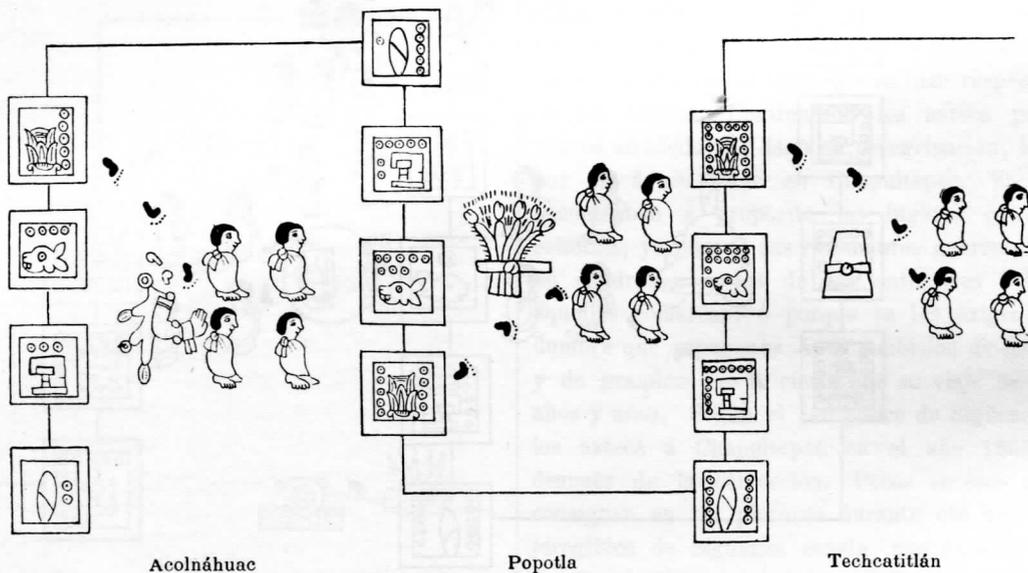
á rasparlos en Huixactitlán y á beber pulque; y en el jeroglífico está pintado el maguey. Relata también la guerra de Tecpayócan, diciendo que los azteca fueron sitiados, y que perdieron á sus guerreros Tecpátzin, Huitzilihuitzin y Tetepántzin, nombres que deben

corresponder á los jeroglíficos citados de la tira del Museo, y que, excepto el primero, hemos traducido de diversa manera, porque acaso los símbolos por su pequeñez están mal dibujados y se confunden. Dice el intérprete, que estando en Pantitlán, sufrieron la peste



del *cocoliztli*. También dice que cuando estuvieron en Pantitlán y en Amalinápan, reinaba en Atzcaputzalco el *tecuhtli* Tezozomoc. Sin duda que estuvieron en su dependencia; pero en el códice de Mr Aubin el jeroglífico de Tezozomoc es diferente, pues se compone

de un pájaro rojo sobre una rama ó manojo de hierbas: tal vez alguna ave llamada así por ser color de sangre. Otro suceso muy importante marca el jeroglífico: cuando llegaron los azteca á Techcatitlán, que quiere decir *lugar de la piedra de sacrificios*, se encargó del



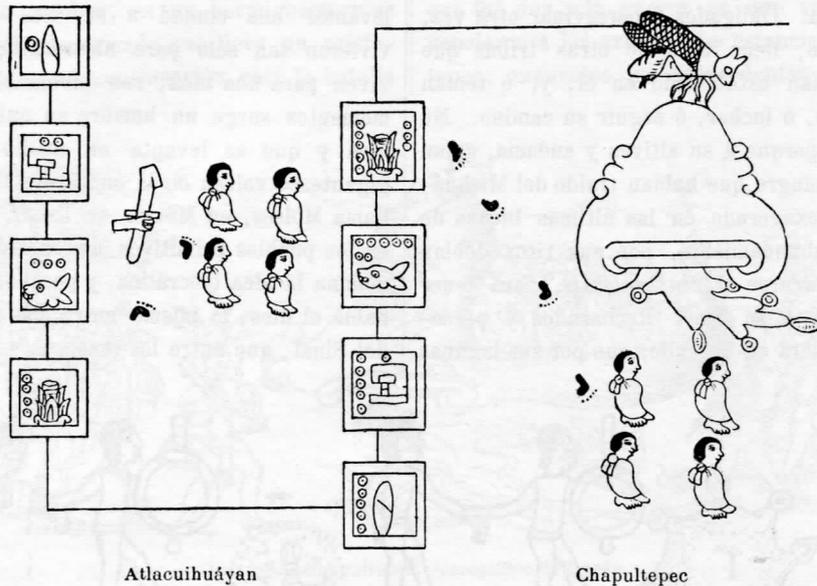
gobierno teocrático el gran sacerdote Tenoch. Finalmente, en Atlacuihuáyan inventaron el arma, á manera de ballesta, llamada *átlatl*.

Pasemos ya á la estancia de Chapultepec, tan abundante en acontecimientos importantes. Sorprende

de pronto, el que tratándose de hechos históricos tan inmediatos á la fundación de México, haya diferencias de fechas en los jeroglíficos; pero las encontramos aún respecto á la fundación de la ciudad y á los períodos de los primeros reyes. Esto es natural y ha sucedido

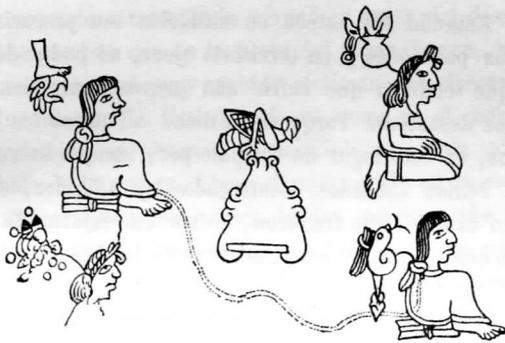
con todos los pueblos: no tienen en un principio la cultura suficiente para fijar sus anales; confúndense sus primeros hechos con las fábulas que inventan para recordarlos, y cuando se encuentran en estado de formar su historia, se hallan faltos de datos precisos. Estas dificultades aumentaron en la peregrinación azteca, con el sistema convencional de las pinturas. Así el jeroglí-

fico de Sigüenza da á la estancia de Chapultepec nada más cuatro años, del 1255 al 1259. La tira del Museo se extiende nada menos que á veinte, del 1279 al 1299. El códice de Mr. Aubin, del 1280 al mismo 1299. La tira de Tepéchpan pone la llegada á Chapultepec, en el año *ce técpalt*, 1272; pero está conforme con los dos anteriores en fijar el último año de la estancia en el *ome ácatl* 1299.



Explicaremos después esta diferencia. En cuanto á su llegada, Torquemada dice: «se pasaron al Lugar, de Chapultepec, donde estuvieron diez y siete Años, y no con poco temor, y sobresalto, por ser en los Terminos y Tierras de los Tepanecas, Gente Ilustre, y Valerosa, cuia Cabeça, y Ciudad, era la de Tenayucan.—Puestos los

primero tendrian grandes contradicciones de las Naciones Comarcanas. Los Mexicanos, temerosos de esta respuesta de su Idolo, fortalecieron lo más que pudieron aquel Lugar, y pusieron sus centinelas, para que de Dia, y de Noche velasen; y con este reparo aguardaron el suceso, y fin de las cosas.—Los hombres más Famosos, y de más cuenta, que vinieron entre estos Mexicanos, que por su Vejez, y estimacion se cuentan, por más señalados, fueron veinte, cuios Nombres son estos, que se siguen: Axolohua, Nanacatzin, Quentzin, Tlalala, Tzontliyayauh, Tuzpan, Tetepan, Cozca, Xiuhcac, Acohuatl, Ocelopan, Tenoca, Ahatl, Achitomecatl, Ahuexotl, Xomimitl, Acacitli, Teçacatetl, Mimich, y Tezca.» En la tira de Tepéchpan están marcados como señores de Chapultepec, Xocuahtli y su mujer Chicomexóchitl, y Xiucóhuatl y su mujer Axochicómitl. Los otros jeroglíficos no traen indicación ninguna á este respecto.



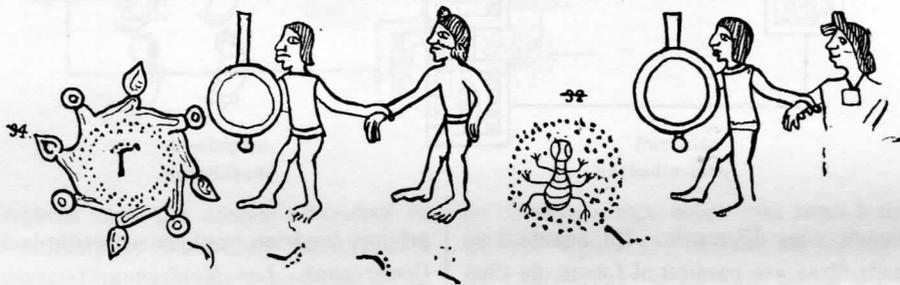
Establecimiento en Chapultepec

Mexicanos en este Lugar, hicieron sus Choças, para ampararse, lo mejor, que pudieron, y consultaron á su Dios, de lo que debian hacer; el qual, les respondió, que esperasen el suceso; porque él sabia, lo que avia de hacer, y á su tiempo, les avisaria; pero que estuviesen advertidos, que no era aquel el Lugar, que él avia elegido para su Morada, aunque les certificaba, que estaba cerca de allí; mas que se aparejasen, porque

Una vez establecidos en Chapultepec, dice el códice Ramírez, que los azteca, «temerosos de esta respuesta de su ídolo, eligieron un capitan y caudillo de los más ilustres que en su compañía venia; tenia por nombre *Huitzilihuitl*, que significa la pluma del pájaro que ya se ha dicho, y se dice *Huitzitzili*. Eligiéronle porque todos le conocian por hombre industrioso y de valeroso corazon, y que les haria mucho al caso para su defensa.» La elección de Chapultepec para estancia y de *Huitzilihuitl* para rey, fueron dos hechos lógicos. El viaje

azteca se había convertido en una peregrinación religiosa que tenía un objeto sagrado. Salieron de Aztlán empujados por el desbordamiento del imperio tlapalteca, y no encontraron en el Michuácan ni libertad para su vida social, ni apoyo á sus ambiciones de grandeza; huyendo de ahí, arrojados tal vez, tampoco pudieron vivir entre los malinalca; siervos después de los culhua, fuéronlo más tarde de los tolteca, y con ellos envueltos en su desolación y su ruina. Obligados á peregrinar otra vez, encontraron el Valle, lleno todo de otras tribus que desde antes se habían establecido en él; y, ó tenían que sujetarse á ellas, ó luchar, ó seguir su camino. No eran bien queridos, porque á su altivez y audacia, unían el culto bárbaro de sangre que habían traído del Michuácan y que habían exagerado en las últimas luchas de Tóllan; y á mayor abundamiento, por sus ritos debían hacer guerra al acercarse el *xiuhmolpilli*, para tener víctimas que ofrecer á su dios. Rechazados y perseguidos por donde quiera en el Valle, que por sus lagunas

tanto se avenía con sus costumbres lacustres, y viéndose abandonados en la tierra, por un instinto natural del alma, pusieron su esperanza en el cielo, á lo que se prestaba además su institución teocrática: creyéronse los predestinados de la divinidad; vieron en su viaje de siete siglos una gran prueba de ser los elegidos, y una muestra de celeste fortaleza; ya no pensaron sino en encontrar un sitio conveniente, no para ellos, sino para levantar una ciudad á su dios; desde ese instante vivieron tan sólo para alcanzarlo; y los pueblos que viven para una idea, son invencibles. Siempre en esos momentos surge un hombre en quien se personaliza la idea y que se levanta en medio de la tribu, como gigantesco volcán en la ondulante llanura: en Egipto se llama Moisés, en México se llamó Tenoch. Siempre es en los pueblos primitivos un sacerdote; porque en ellos domina la idea teocrática, y porque sólo con el sacerdote habla el dios, lo mismo entre los relámpagos y truenos del Sinaí, que entre los tenebrosos ruidos del descuajado



Guerra de Xaltócan y Atzacapuzcalco

árbol de la peregrinación azteca. Tenoch era ya el jefe de la tribu: espíritu indomable y valeroso, escogió para levantar su ciudad y su templo á Chapultepec, á pesar de que estaba en terrenos del temido rey tepaneca. Ningún lugar más á propósito: un cerro rodeado de las aguas del lago y que tenía á sus piés una corona de ahuehuetes viejos como el mundo, y en el bosque, entre alfombras de flores, refrescadoras albercas de aguas cristalinas. Pero sucedió también lógicamente, que al establecerse la tribu y al organizarse en pié de guerra, necesitara más de un capitán que de un sacerdote; y entonces, dejando el gobierno teocrático, eligió rey á Huitzilihuitl. Igualmente lógica fué esta elección: Huitzilihuitl era el único de familia real, nieto del *tecuhltli* de Tzompanco; esto lo hacía superior, daba derecho á que se le respetase por los pueblos vecinos, y era esperanza de apoyo y alianzas, por lo menos con los tzompanteca. Electo rey Huitzilihuitl, «y habiéndole dado todos la obediencia, mandó fortalecer las fronteras de aquel cerro con unas terraplenas que acá llaman *albarradas*, haciendo en la cumbre un espacioso patio donde todos se recogieron y fortalecieron, teniendo su centinela y guarda de día y de noche con mucha diligencia y cuidado, poniendo las mujeres y niños en medio

del ejército, aderezando flechas, varas arrojadizas y hondas, con otras cosas necesarias á la guerra,» como dice el código Ramírez.

Estando los azteca en situación tan precaria, mal vistos por todos y en territorio ajeno, no podía dudarse de que tendrían que sufrir aún graves contratiempos y serios desastres. Torquemada dice: «Puestos los Mexicanos, en este lugar de Chapultepec, aunque es verdad, que venian cansados, destroçados, y afligidos, con el largo camino, que trageron, no por eso dejaban de multiplicarse, y crecer en número, como los Hijos de Israel, en Egipto, del Rei Faraón. Y como los Comarcanos, viesan la multiplicacion, y crecimiento en que iban, començaron á ofenderse, y hacerles Guerra, con intencion de destruirlos, y acabarlos, para que su Nombre, no se supiese, sobre la haz de la Tierra, ni estableciesen en ella, su Generacion. —Los primeros, que despues de situados en aquel Lugar, les hicieron Guerra, y persiguieron, fueron los de Xaltocan, cuio Capitan, y Señor, era Xaltocamecatl-Huixton; el qual, no cesaba de continuo de inquietarlos, y todos quantos podia, cautivaba.» Esta guerra con los de Xaltócan está consignada en los jeroglíficos de la *Historia sincrónica de Tepécpán*. Se ve primeramente el símbolo de Xaltócan, que es un

círculo de arena, *xalli*, en medio del cual está una tuza, *tózan*; después hay un grupo compuesto de un guerrero armado que trae de la mano á un hombre ya sin armas; las huellas de pié que van de Xaltócan en dirección de Chapultepec, indican que salieron de aquel punto sus habitantes á hacer guerra á los azteca que moraban en éste. En la misma historia de Tepéchan, se ve en seguida el jeroglífico de Atzacapuzalco que, como quiere decir su nombre, es un hormiguero, y se repite el grupo del soldado armado que lleva un prisionero, que aquí es mujer. A continuación está la batalla

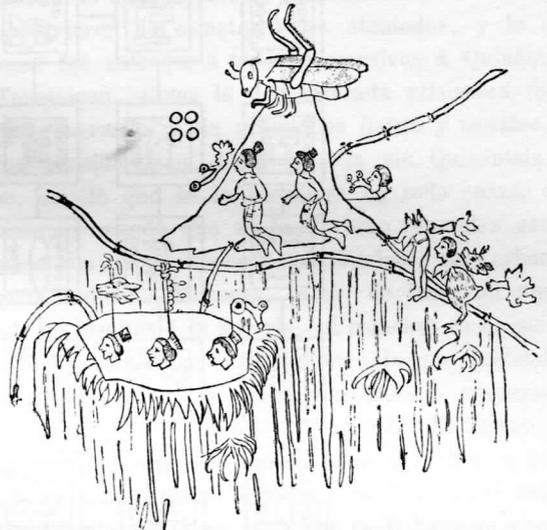
dada en Chapultepec, la derrota de los azteca expresada con el incendio de su templo; la servidumbre de la tribu, pues se ve á Tenoch llevando el *quimilli* del tributo á Coxcox rey de Culhuacán; el confinamiento de los vencidos á Acocolco, cuyo jeroglífico ahí está pintado, y la muerte en la refriega del rey Huitzilíhuítl y de la reina Xochípan, de la cual no hablan las crónicas. El estar juntos estos hechos en el jeroglífico, hace comprender que fué una sola guerra en que varios pueblos aliados vencieron á los azteca. La estancia de éstos en Chapultepec, supuestos los antecedentes, tenía que ser muy



Guerra de Chapultepec.—Jeroglífico de Durán

corta en paz, y en efecto, sólo fué de cuatro años, según expresa el mapa de Sigüenza. Si en las otras pinturas la estancia aparece mayor, depende de que sabían que tan infausto suceso acaeció el año que comenzaban un nuevo ciclo; y como la cronología moderna ponía el *xihmolpilli* en el año *ome ácatl*, tuvieron que extender la estancia en Chapultepec hasta esa época. Esto nos aclara también la verdadera causa del desastre. Ya hemos visto que en la fiesta del fuego nuevo, hacían guerra los azteca para apresar víctimas que ofrecer á su dios: tanto en la tira del Museo como en el código de Mr. Aubin, se observa al principio de cada ciclo el símbolo de la guerra. Llegó el nuevo ciclo en la estancia de Chapultepec; los azteca habían permanecido en él cuatro años, si no amados, temidos por su valor y porque habían convertido el cerro en terrible fortaleza; pero en la fiesta del fuego nuevo salieron á apresar víctimas que sacrificar á su dios, y los pueblos comarcanos indignados y temerosos por el porvenir, hicieron alianza y dieron sobre ellos destruyéndolos y reduciéndolos á la servidumbre. Los reinos aliados fueron Culhuacán, Atzacapuzalco y Xaltócan: cada uno hizo sus cautivos, y sin duda los tepaneca tomaron de preferencia á las mujeres: el botín principal tocó á los de Culhuacán, pues en la tira del Museo le presentan al rey Coxcox, como prisioneros, al rey Huitzilíhuítl y á la reina, que allí se llama Chimalaxóchtitl, lo que prueba que fueron muertos después de presos, y que la mayor parte de la

tribu quedó en la servidumbre de los culhua, se comprende porque en la historia de Tepéchan está Tenoch presentando el tributo, pues á la muerte del rey Huitzilíhuítl recobró el supremo poder sacerdotal. Veamos lo

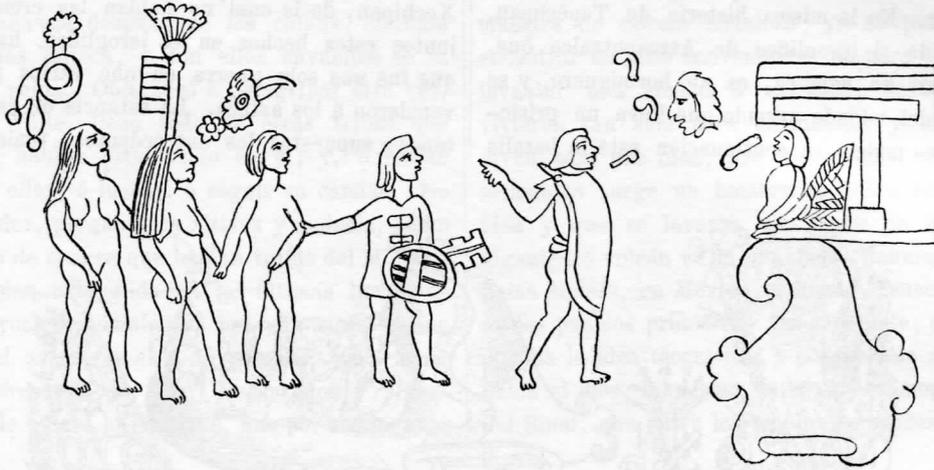


Derrota de los mexica en Chapultepec

que el jeroglífico de Sigüenza consigna respecto á esa guerra. Si se observan las quince figuras de las primeras tribus emigrantes, habremos observado que los tolteca habían perecido y que los huitzilteca se habían separado para establecerse en Cuauhtlatl. De los otros

jefes vemos heridos, pero vivos, á Ahuéxotl y á Axayácatl. Divide la pintura en tres partes diferentes la batalla. Algunos azteca huyeron hacia Tlatelulco, pero fueron destruídos; lo que se expresa por un cuerpo de hombre destrozado, junto al cual está un venado destrozado también, símbolo del lugar de la refriega, según el señor Ramírez, y que por lo tanto debe haberse llamado Mazatlán ó Mazatlactli. Otra parte fué conducida á Culhuacán, y en esa dirección van los heridos citados. Fueron muertos allí, el rey Huitzilíhuitl y Xochípan, y

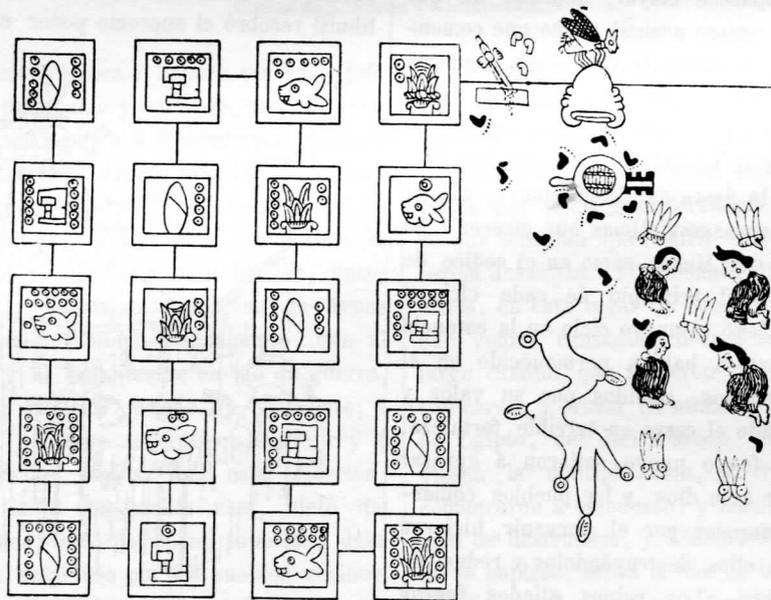
zado también, símbolo del lugar de la refriega, según el señor Ramírez, y que por lo tanto debe haberse llamado Mazatlán ó Mazatlactli. Otra parte fué conducida á Culhuacán, y en esa dirección van los heridos citados. Fueron muertos allí, el rey Huitzilíhuitl y Xochípan, y



Prisión del rey Huitzilíhuitl y su familia

además los jefes de las primeras familias emigrantes Tetótotl y Mátlatl: hay entre los muertos un nuevo personaje, cuyo jeroglífico parece significar Tepuztécatl. La última parte se refugió entre las cañas de la laguna, siendo sus jefes Acacitli, Cuaúhpan y Atézcatl; pero reconocieron el dominio de Culhuacán como los otros

prisioneros, pues se ve á Acacitli y Cuaúhpan llevando ofrendas ó tributos al rey Coxcox. En la tira del Museo se ve á los vencidos, hombres y mujeres, entre el agua y rodeados de cañas, cubiertos los cuerpos con miserables capas de tules, llorando su desgracia en Acocolco. De ahí, la dirección de la huella del pié, marca que á los



Los mexica después de la batalla de Chapultepec

dos años fueron llevados á Contitlán, que se representa por una olla con agua.

Los mexica, en su excesivo orgullo, debían comentar de diversa manera un suceso tan desastroso para ellos, y aun atribuirlo á fábulas y á la intervención de

deidades enemigas. Así, relata Torquemada, que viéndose los azteca tan perseguidos de los de Xaltócan, «determinaron de buscar lugar, que él mismo, con poco trabajo de ellos, los defendiese, el qual, hallaron dentro de la Laguna, en Carricales, y Espadañas, y así lo eligieron;

porque con las continuas Guerras, que los Enemigos les hacian, no solamente los iban consumiendo; pero los que quedaban, se hallaron tan Pobres, y desarrapados, que yá no solo no hallaban Mantas de Nequen, que ponerse; pero ni cuero de Venado, con que cubrirse; por cuiu causa vestian de hojas, y raices de vna Yerva, que se cria en la Laguna, llamada Amextli. Metidos en este Lugar tan estrecho, y chico, consideraban su aficcion, y mala ventura, y lloraban su apretada y estrecha suerte. Y en esta vida pasaron cinquenta y dos Años, sin otros diez y siete, que havian estado en el Sitio de Chapultepec.—A cabo de este tiempo (segun dicen algunos) vino á ellos vn Capitan Culhua, de la Ciudad de Culhuacan, Legua y media, ó dos Leguas de este mismo sitio de Acocolco, y hablando con palabras dulces, y amorosas, les dijo: Que se fuesen á su Pueblo, que allí les daria Sitio, en que morasen, y Tierras donde se estendiesen, y viviesen contentos. Era este ofrecimiento con grande cautela, y fraude, que no pretendia mas de verlos fuera de aquel fortalecido Lugar, para consumirlos, y acabarlos, con la traicion que tenia armada. Los miserables de los Mexicanos, que vieron el reclamo del ofrecimiento, y sabian por experiencia, el grande mal, que pasaban, no sospechando el fraude, con que el Capitan venia, todos lo agradecieron, y muchos de ellos lo acetaron (porque el triste y afligido, quando se vé, en la aficcion, no repara en palabras falsas, si imagina, y cree, que en la pronunciacion de ellas, está su remedio). Finalmente, todos los que creieron, al traidor, se fueron con él, sin recelo de traicion ordenada. Pero luego, que llegaron, á la Ciudad de Culhuacan, en vez de recibir regalo, y Sitio, en que morar, fueron presos y cautivos todos, y muchos de ellos, ofrecidos, en sacrificio, al Demonio.» Así, no á su propia derrota sino á la traición, atribuía la vanidad mexicana el desastre de Chapultepec.

La leyenda señala otras causas, dando, como parto de la poesia, lugar muy principal á los amores. Se encuentra en el manuscrito de los *Anales de Cuauhtitlán*, y dice así: «llegaron los mexicanos á Chapultepec á la vez que se hallaba reinando el caballero Mazátzin, señor de la nacion chichimeca. Se dice que teniendo este soberano una hija doncella llamada Xochipapálotl, los mexicanos con su sacerdote Tzippántzin se burlaron de ella, faltando gravemente á la raza chichimeca. Noticioso de esto Mazátzin se indignó muchísimo, y mandó inmediatamente despedir á los mexicanos..... *Chicuey-técpatl*. En este año pusieron un gran sitio de guerra á los mexicanos, los colhuas, los tepanecas y los xochimilcas, á la vez que estaba gobernando en Culhuacan el señor Chalchiuhtlatónac, y en Xaltócan Iztactecutli. Contribuyeron tambien á esta guerra los de Coyohuacán; y fué cuando el señor de Cuauhtitlan se negó á tomar parte contra los mexicanos, no obstante la solicitud que le hizo Quinántzin. Al contrario, se

determinó á darles satisfaccion, y consolarlos mandándoles *zöllin, totoltetl*, etc., conduciendo todo esto el caballero Cimatecatzintli, quien con toda armonia y verdadera amistad, ofreció todo género de auxilio y servicios de parte de su señor y vasallos. Los mexicanos, que por tres y más veces habian experimentado la lealtad y buena fe de los chichimecas, celebraron de nuevo más estrechas alianzas, no sólo con los de Cuauhtitlan, sino con los de Tóllan, Atlitlaláquian, Tequixquiac, Apazco, Citlaltepec, Tzompanco, etc., viviendo casi con ellos los mexicanos, pues para todo se juntaban. Mas luego que supo todo esto el señor Quinántzin, y que los mexicanos se habian destruido y repartido entre todos aquellos pueblos, mandó al señor de Xaltócan de que vigilase con todos sus súbditos, y cuidasen de coger como cautivos á todos los extranjeros que anduviesen por sus territorios, y amarrarlos, como lo hizo el mismo Quinántzin con los mexicanos en Chapultepec, donde fué el sitio de guerra, atando á una doncella llamada Chimalaxóchitl, hija del señor de los mexicanos llamado Huitzilhuítzin <sup>1</sup>. Este príncipe tuvo la desgracia de caer cautivo en manos de los colhuas. Se dice por unos, que este fué hijo de Tlahuizpotoncátzin natural y señor de Xaltócan; y por otros se asegura que descendia de la sangre de Tzompanco, pues fué hijo del señor de allí, llamado Nezahualtemocátzin en la ciudad de Techichco, repartió órdenes Quinántzin para que fuesen amarrados los prisioneros, y fuesen perseguidos los demás. Las órdenes entusiasmaron tanto á los vencedores, que á cada momento y en cualquier lugar, querian hacer morir á flechazos á los desventurados prisioneros, haciendo lo mismo con la infeliz princesa Chimalaxoch. Sin embargo, se abstuvieron de cometer tales atentados, y lo que hicieron fué entregar á todos los cautivos á Quinántzin en Tepetlápan. Como la desventurada prisionera fuese bastante hermosa y de cualidades físicas y morales de mucha consideracion, luego que la vió Quinántzin la quiso, mandó que se le atendiera en todo cuanto ella quisiese, y mandó que se la llevaran repetidas veces. Estando ella con el infame y solicitándola, sin turbacion ninguna le dice:—Abstente, señor, de tocar mi virginidad; no insultes á la miseria, ni manches tu dignidad: no puedo permitir que hagas conmigo lo que pretendes, pues has de saber que estoy destinada á aderezar y servir el templo de mi dios, *No Teuh*. El tiempo del ejercicio de mi voto, *no nētoll*, es de dos años; y hasta que no se cumpla, no he de hacer otra cosa. Y así, señor, manda ó destina el lugar, para que en él haga mi ofrenda al dios por quien debo ayunar y abstenerme de todo.—Sorprendido Quinántzin por tan fuerte razonamiento, y sobre todo por el valor y constancia de una desgraciada y débil jóven, que se hallaba á la presencia de todas las seducciones del capricho del vencedor, destinó el lugar del cumplimiento del voto ó de la penitencia, al sur de

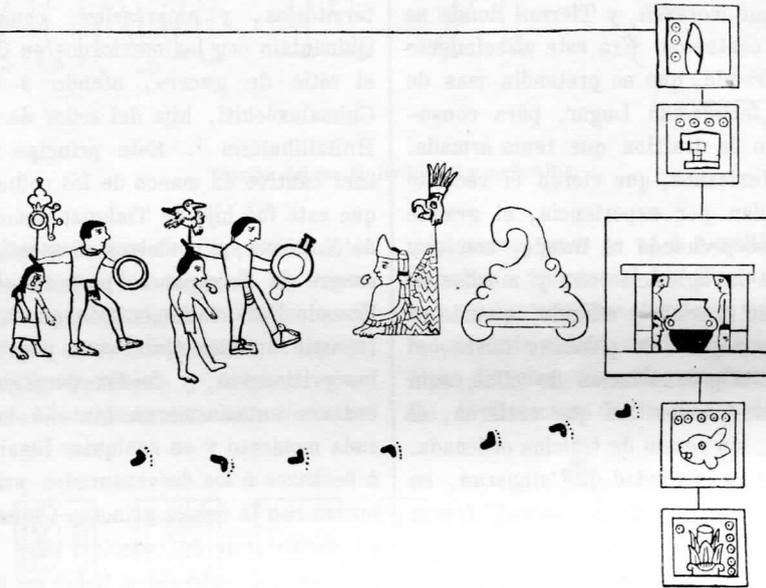
<sup>1</sup> Torquemada la supone hermana y no hija del rey.

Tequizquináhuac Huitznáhuac. Concluídos todos los preparativos, encerraron en la casa á la penitente jóven. Pasados los dos años de ayuno y demás sacrificios, determinó Quinántzin casarse, como lo verificó con la jóven cautiva.» De la intervenció de este rey acolhua, existe constancia en un jeroglífico auténtico que Mr. Aubin llama Mapa Tlótzin, y que consigna sus victorias: en él se ve el jeroglífico de los mexicanos y al rey Huitzilihuitl.

De esta leyenda y relación se desprenden consideraciones importantes sobre el estado de los azteca ó mexica. Sin duda que mucho habían adelantado en número y en fuerza, pues vemos que tenían alianzas importantes; pudieron atreverse á tomar asiento en Chapultepec, en el centro de sus mismos enemigos; se

fortificaron desafiando su poder, y cuando fueron destruídos, encontraron abrigo en los pueblos amigos, y odio de sus contrarios que es señal de grandeza. Así es que los azteca que vivieron en servidumbre y fundaron después á México, fueron solamente los prisioneros del rey Coxcox, y los que huyeron á la laguna y reconocieron después su señorío. Para vencer á los azteca en Chapultepec, se necesitó nada menos que de la alianza de todos los antiguos reinos de los lagos. Debió causar espanto á aquellos pueblos, especialmente á los que los rodeaban, el establecimiento tan cercano de una raza feroz y guerrera, que llevaba por religión el culto de sangre, y por idea hacer dominar á su dios sobre todos los pueblos.

Compréndese más esta situación, en otro relato que



Presentación de los reyes mexica á Coxcox

sobre el mismo suceso traen los *Anales* citados. Dice así: «Cuando los mexicanos llevaban cuarenta y siete años de habitar Chapultepec, y cuando comenzaban á hacer progresos en las artes y la industria, empezaron á robar las mujeres ajenas y á seducir á las doncellas de los pueblos cercanos y aun distantes, porque se consideraban en estado de rechazar cualquiera persecucion. Entonces se llenaron de envidia y de furor los tepanecas, los de Tlacópan, Atzcapotzalco, Coyohuacán, Culhuacan y sus pueblos adyacentes <sup>1</sup>. Manifestaban su odio bajo todos aspectos, y coligados en todo y por todo, alarmaron á sus conciudadanos para arrancar de raíz y echar á un enemigo que ya infundía temor, y daba indicios de su grande autoridad y poder. Así es que, citados á una gran junta y despues de largas y detenidas discusiones, convinieron en cogerlos en medio. Sin embargo, algunos dias despues, determinaron los tepanecas sonsacar á algunos jefes de los de Chapultepec, y

<sup>1</sup> Éstos eran los pueblos vecinos á Chapultepec.

de esta manera irlos debilitando. Sabedores de esto los de Culhuacan, dijeron:—Es preciso que la guerra se haga con todo órden, y éste exige que se les avise primero, que siendo gente extranjera de estos países, salga cuanto antes de Chapultepec; y en caso de no hacerlo así, ya se peleará con ellos.—Se comprometieron los de Colhuacan á ser ellos los primeros que romperian ó comenzarian las hostilidades. Así se hizo; y habiendo oído y escuchado con bastante calma los mexicanos la intimacion que les hacian los colhuas, contestaron que jamás cumplirian lo que se les prevenia, que ellos se pondrian al frente de todos los peligros y desgracias, y que sólo esperaban que principiasen. Los colhuas pensaron, que cuando hubiesen sacado fuera de Chapultepec á los hombres para pelear con ellos, los tepanecas se echarian sobre las mujeres <sup>1</sup>, niños y ancianos, para que muy pronto se verificase la destruccion de los mexicanos. Así lo ejecutaron todos, cumpliendo á un mismo tiempo sus

<sup>1</sup> Esto está significado en el jeroglífico de Tepéchan.

respectivas comisiones, y dispersando á todas las mujeres. Cuando los de Chapultepec volvieron en sí, no encontrando á sus mujeres ni á sus hijos, se rindieron unos, y corrieron para los montes otros; y de esta manera se destruyeron.» Así buscaban los mexica siempre razones diferentes á su propia derrota, para explicar su ruina y vencimiento.

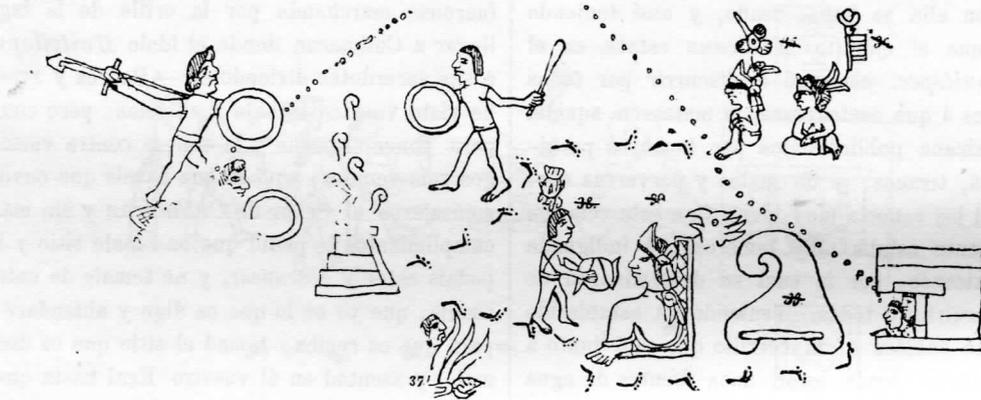
Hasta aquí hemos visto la parte de la leyenda que pudiéramos llamar histórica; pero naturalmente tenían aquellos pueblos otra leyenda religiosa, que en el códice Ramírez es la siguiente: «Estando desta manera los Mexicanos, rodeados de innumerables gentes, donde nadie les mostraba buena voluntad, aguardando su infortunio; en este tiempo la hechicera que dejaron desamparada, que se llamaba hermana de su dios, tenia ya un hijo llamado *Copil*, de edad madura, á quien la madre habia contado el agravio que *Huitzilopochtli* le habia hecho, de lo qual rescibió gran pena y enojo *Copil*, y prometió á la madre vengar en quanto pudiese el mal término que con ella se habia usado, y así teniendo noticia *Copil* que el ejército *Mexicano* estaba en el cerro de *Chapultepec*, comenzó á discurrir por todas aquellas naciones á que destruyessen y matassen aquella generacion Mexicana publicándolos por hombres perniciosos, belicosos, tiranos, y de malas y perversas costumbres, que él los conocia muy bien. Con esta relacion toda aquella gente estaba muy temerosa, é indignada contra los Mexicanos, por lo cual se determinaron de matarlos y destruirlos á todos. Teniendo ya establecido *Copil* su intento subiése á un cerrillo que está junto á la laguna de México donde están unas fuentes de agua caliente que hoy en el dia llaman los Españoles el Peñol, estando allí *Copil* atalayando el sucesso de su venganza y pretencion, *Huitzilopochtli*, muy enojado del caso, llamó á sus sacerdotes y dijo que fuessen todos á aquel Peñol, donde hallarian al traidor de *Copil*, puesto por centinela de su destruccion, y que lo matassen y trajessen el corazon: ellos lo pusieron por obra y hallándolo descuidado le mataron y sacaron el corazon, y presentándolo á su Dios, mandó que uno de sus ayos entrasse por la laguna, y lo arrojasen en medio de un cañaveral que allí estaba. Y así fué hecho, del qual corazon fingen que nació el tunal donde despues se edificó la ciudad de México. Tambien dicen que luego que fué muerto *Copil* en aquel Peñol, en el mismo lugar nascieron aquellas fuentes de agua caliente que allí manan, y así las llaman *Acopilco*, que quiere decir *lugar de las aguas de Copil*.—Muerto *Copil* movedor de las disensiones, no por esso se aseguraron los *Mexicanos*, por estar ya infamados y muy odiosos, y no se engañaron porque luego vinieron ejércitos de los comarcanos con mano armada á ellos, corriendo allí hasta los Chalcas combatiéndolos por todas partes con ánimo de destruir y matar la nacion Mexicana. Las mujeres y niños viendo tantos enemigos comenzaron á dar gritos, y hazer gran llanto,

pero no por esso desmayaron los Mexicanos, antes tomando nuevo esfuerzo hizieron rostro á todos aquellos que los tenian cercados, y á la primera refriega perdieron á *Huitzilihuitl* capitan general de todos los Mexicanos, mas no por esso desmayaron, mas apellidando á su Dios *Huitzilopuchlti*, rompieron por el ejército de los *Chalcas*, y llevando en medio todas las mujeres y niños y viejos, salieron huyendo entre ellos hasta meterse en una villa que se llama *Atlacuihuayan*, donde hallándola desierta se hizieron fuertes; los *Chalcas* y los demás viéndose desbaratados de tan poca gente no curaron de seguirlos cassi como avergonzados, contentándose con llevar preso al caudillo de los Mexicanos al qual mataron en un pueblo de los *Culhuas* llamado *Culhuacan*: los Mexicanos se repararon, y refrescaron de armas en esta villa, y allí inventaron un arma á manera de fisga que ellos llamaron *atlatl*, y por esto llamaron á aquel lugar *Atlacuihuayan*, que quiere decir *lugar donde tomaron la arma atlatl*. Habiéndose reparado destas cosas fuéronse marchando por la orilla de la laguna, hasta llegar á *Culhuacan* donde el ídolo *Huitzilopuchlti* habló á sus sacerdotes diziéndoles:—Padres y ayos míos, bien he visto vuestro trabajo y aficcion, pero consolaos, que para poner el pecho y la cabeza contra vuestros enemigos sois venidos, aquí lo que hareis que envieis vuestros mensajeros al Señor de *Culhuacan* y sin más ruegos ni cumplimientos le pedid que os señale sitio y lugar donde podais estar y descansar, y no temais de entrar á él con osadía, que yo sé lo que os digo y ablandaré su corazon para que os reciba; tomad el sitio que os diere bueno ó malo, y asentad en él vuestro Real hasta que se cumpla el término y plazo determinado de vuestro consuelo y quietud.—Con la confianza del ídolo enviaron luego sus mensajeros al Señor de *Culhuacan*, al qual propusieron su embajada, diziendo que acudian á él como á más benigno, con la esperanza que no sólo les daria sitio para su ciudad, mas aun tierras para sembrar y coger para el sustento de sus mujeres y hijos. El Rey de *Culhuacan* recibió muy bien los mensajeros de los Mexicanos, y los mandó aposentar tratándolos muy bien mientras consultaba el negocio con sus principales y consejeros, los cuales estaban tan contrarios y adversos que si el Rey no estuviera con deseo de favorecer á los Mexicanos, en ninguna manera los admitieran; pero al fin dando y tomando con el consejo despues de muchas contradicciones, demandas y respuestas, les vinieron á dar un sitio, que se dice Tizapan <sup>1</sup>.....»

<sup>1</sup> El códex *Çumárraga* trae también la fábula de *Copil*, pero varia menos la verdad histórica. Hace llegar á los azteca á *chapulteque* con tres jefes *clautiqueci* (acaso el *Cuauhltlxihtl* ó *Cuauh-xómiltl* de la tira de *Tepéçpan*), *acipa* y *çipayavichiltlhuiltl* (ó *Huitzilihuitl*) á quien nombraron rey. A éste le da dos hijas: *tuzcasuch* y *chimalasuch* (*Tezaxóchitl* y *Chimalaxóchitl*). Dice que los pobladores de la tierra, que eran todos *chichimeca*, «dieron en los mexicanos, los cuales fueron muertos, sino muy pocos que escaparon huyendo... los mexicanos se escondieron entre las yerbas y cañaverales, con la mucha hambre que tenían salieron y fueron á

Así variaban los mexica la historia, por no confesar su derrota y humillación: no eran los pueblos coligados contra ellos por extranjeros, por sus desmanes, y por el ataque que dieron á sus vecinos al llegar la fiesta del fuego nuevo para cautivar víctimas que sacrificar á su dios, los que los batieron y destruyeron; fué la misma hermana del dios y su hijo que provocaron la contienda; fué el mismo dios que les mandó que fuesen á vivir en Culhuacán. Lo cierto es que, el reino de Chapultepec se derrumbó, que Huitziluhuitl fué muerto, y que los restos de los azteca apresados quedaron en servidumbre de los culhua. Pero cuando parecía que las esperanzas y los trabajos de seis siglos se habían perdido para siempre, brotó entre ellos un hombre extraordinario que fué su jefe religioso, Tenoch: todavía les quedaba á los azteca en su miseria, los dos grandes elementos de su grandeza, su dios y su sacerdote. De su servidumbre en Culhuacán, nada nos dice el jeroglífico de Sigüenza

ni la *Historia sincrónica de Tepéchpan*; pero nos dan en cambio datos abundantes, la tira del Museo y el códice de Mr. Aubin. Los hemos visto en el jeroglífico de Sigüenza, vivir en los pantanos y salir á rendir homenaje y tributos á Coxcox; lo mismo en la tira de Tepéchpan, en donde pasan después á vivir al mismo Culhuacán. En la tira del Museo, de Acocolco se mudan á Contitlán. El intérprete del códice de Mr. Aubin dice: «3 *técpatl*. En este año se mudaron á Colhuacan en el paraje llamado Contitlan los mexicanos, y se situaron en Tizaapan de Culhuacan.—6 *ácatl*. Ajustaron cuatro años los mexicanos en Contitlan de Culhuacan. Aunque estuvieron de paso en Contitlan, sin embargo, allí tuvieron hijos.» Este hecho está expresado en la tira del Museo, en la parte inferior de los últimos grupos: se ve debajo del jeroglífico del Culhuacán, el símbolo *calli*, casa, y en él un hombre y una mujer en la actitud de procrear. Por supuesto que no podían faltar fábulas



Sumisión de Tenoch y muerte de los reyes mexica

relativas á esta mansión, ni podía en ella dejar de intervenir el dios. Así contaban, que el rey de Culhuacán les señaló maliciosamente el lugar de Tizapán para que viviesen, porque estaba al pié de un cerro en que se criaban muchas culebras y sabandijas, las cuales descendían constantemente á aquel lugar, por lo que estaba deshabitado. Al principio tuvieron gran temor los azteca; pero *Huitzilopochtli* les enseñó la manera de cazarlas y domesticarlas, de manera que comenzaron á alimentarse de ellas, y á poco tiempo las habían agotado. En el lugar hicieron una buena población con casas bien labradas y su templo, cultivaron los campos inmediatos; y así, en la paz y en el trabajo, volvieron á aumentar en número. Cuando por muertos y acabados los tenía el rey de Culhuacán, enviéles mensajeros para que si algunos hubiesen quedado, les preguntaran de su parte qué tal les iba en el sitio que les había dado. Llegados los mensajeros, encontraron muy contentos á los azteca, levantados su templo y casas, labradas sus sementeras,

buscar de comer á Culhuacan, á los cuales dixeron que ellos venían á los servir e que no los matassen.....» Esta es la verdad histórica.

y los asadores y ollas llenos de culebras que de alimento les servían. Cumplieron su embajada, y los azteca contestaron, que estaban agradecidos á las mercedes del rey, y que esperaban que concediera el que entrasen á comerciar á su ciudad y emparentasen con sus súbditos por matrimonio. Cuentan que atemorizados los culhua con las nuevas de los mensajeros, consintieron en lo que los azteca pedían, y de entonces se trataron como hermanos y parientes.

Era Tenoch uno de aquellos espíritus grandes, que tienen confianza en lo porvenir porque la tienen en sí mismos, y que sin arredrarse por los contratiempos, marchan á través de ellos como entre senda pedregosa, hasta llegar al punto de su destino. Estos hombres son los padres de una nacionalidad, y su nombre alcanza á ser el de la ciudad que fundan y el emblema de un pueblo. Si atendemos á los datos del códice de Mr. Aubin, Tenoch subió al supremo poder sacerdotal y á ser *tecuhtli* de los azteca cuatro años antes de que llegaran á Chapultepec, es decir, desde el año 1251, siguiendo la cronología del jeroglífico de Sigüenza. Electo rey Huit-

zilihuitl, dejó el poder, hasta que después del desastre de Chapultepec y muerte de ese monarca, lo recobró durante la servidumbre en que estuvo la tribu emigrante, como se ve en el mapa de Tepéchpan. Sabemos por los jeroglíficos del código Ramírez y de la crónica del padre Durán, que tuvo por mujer á Tohcálpán. Fundador de la ciudad de México Tenochtitlán, gobernó en ella hasta su muerte, que acaeció en 1363, según Chimalpain, y en 1372 por los datos del código Mendocino. Dice el mismo Chimalpain, en su crónica inédita, que no se sabe que tuviera hijos. Según esto, Tenoch habría alcanzado la edad de ciento cincuenta años, y por lo menos la de ciento veinticinco, si tomamos exactamente la fecha de *nahui ácatl* que da el código de Mr. Aubin á su exaltación al poder, es decir, 1275. De todas maneras, ni es imposible que su vida se haya alargado más de un siglo,

ni importa la fecha cierta en que comenzó á ejercer el poder y el año en que murió; basta saber que fué el jefe de los azteca en su servidumbre y el fundador de su ciudad. Entonces desplegó las más raras dotes de hábil político é hizo conocer cómo, cuando todo se ha perdido, todo se puede recobrar por la constancia y por la fe.

Durante la servidumbre de los azteca, tuvieron los culhua guerra con sus vecinos los xochimilca. Culhuacán y Xochimilco son dos poblaciones que existen todavía en el lago de Chalco. Dice con este motivo el intérprete mexica del código de Mr. Aubin: «En este año (6 *ácatl*, que corresponde exactamente á la fecha de la tira del Museo, 1303), se pusieron en guerra los de Culhuacán, provocada por xochimilcas. Cuando se hizo saber esta guerra, dijo el señor Coxcoxtli:—¿Y los mexicanos, dónde se hallan? que vengan al momento.—



Gobierno de Tenoch

Llamados éstos, se presentaron ante el Rey, quien les dijo:—Venid pronto, y sabed que los xochimilcas nos han puesto guerra, y quiero y os concedo que á cuantos enemigos prendáis sean vuestros cautivos. —Entonces los mexicanos contestaron:—Está muy bien, señor nuestro; pero prestadnos ó regaladnos vuestras rodela y vuestras lanzas.—El rey respondió:—No puede ser eso: así como estáis, caminaréis.» En el código de Mr. Aubin solamente se pinta una rodela y una macana; pero en la tira del Museo la pintura es minuciosa. Relata los sucesos de la guerra de Xochimilco el último cuadro de la tira: este cuadro se compone de siete grupos dibujados en escuadra, que deben leerse de abajo arriba y después de derecha á izquierda. El primer grupo, de que ya hemos hablado, representa la mansión de Contitlán, y la reproducción y crecimiento de los azteca. Encima de éste se halla el segundo grupo, compuesto del jeroglífico de Culhuacán, de una rodela y una macana, símbolo de la guerra, y del jeroglífico de Xochimilco; todo lo cual significa que hubo

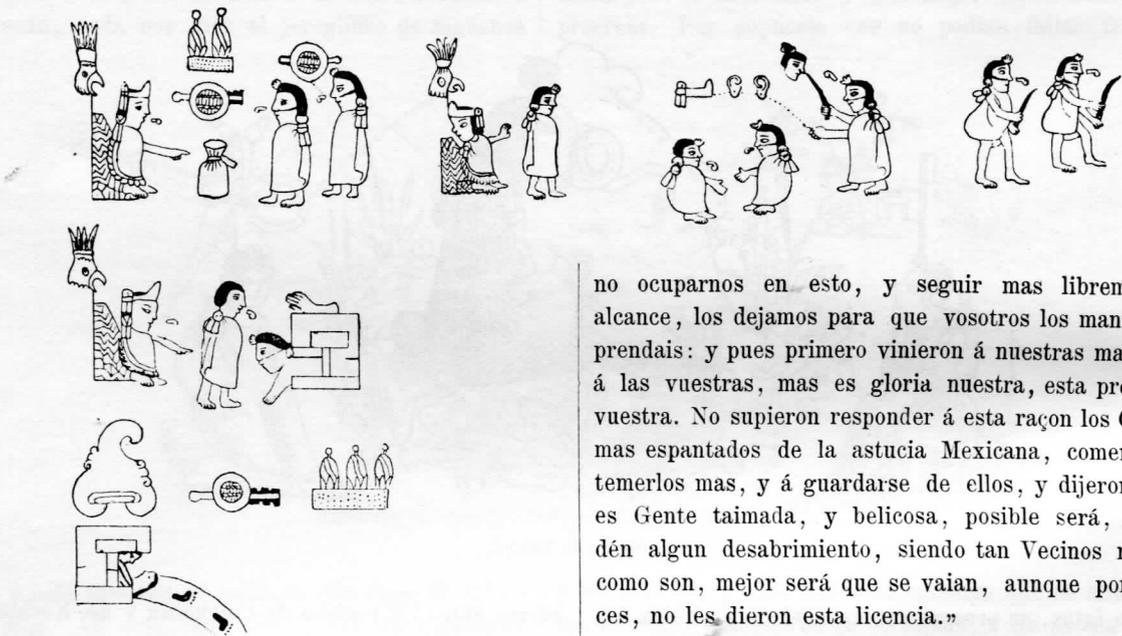
guerra entre los pueblos de Culhuacán y de Xochimilco. El grupo superior ó tercero, se compone también de tres figuras: la primera representa al rey Coxcox, como se ve por su jeroglífico, la cabeza de un faisán; está sentado en su real *icpalli*, y tiene en la frente la corona de los *tecuhitli*; de sus labios sale el símbolo de la palabra, pues manda venir á los azteca; la segunda figura es el mensajero del rey que habla con los azteca, y la tercera es la casa que habita el azteca que se inclina en señal de obediencia.

Continuemos con el intérprete del código de Mr. Aubin: «Los mexicanos inmediatamente comenzaron á prevenirse diciendo:—¿Qué es lo que se nos ha encargado! lo que podemos hacer es cortarles las narices á nuestros cautivos, porque si les disminuimos las orejas, se dirá que mutuamente se las cortaron: para lo cual nos pondremos nuestras alforjas, á fin de guardar y contar á cuánto monta el número.—En seguida se cubrieron de alforjas, y marchando unos por tierra y otros por agua en *chalupas*, fueron á situar su ejército

para la batalla en Coapán. Esto sucedió en el reinado del señor Tetzitzilin Tlahuiztli, quien dijo á los mexicanos:—Mexicanos, dadme la vida, pues ya nos hacen cautivos.—Luego, dirigiendo hacia tres partes su vista, volvió á decir:—Mexicanos, dadme la vida.—Inmediatamente se precipitaron, llegando hasta las puertas de las casas de los xochimilcas. Concluído el ataque y vueltos los mexicanos, se pusieron á contar el número de sus cautivos delante del señor Cocoxtli, diciendo:—Señor nuestro, son muchos nuestros cautivos, pues llegan á cuatro *xiquipilli* los que hemos cautivado.—El rey llamó á sus señores, y les dijo:—En verdad no son gentes los mexicanos, pues al prevenirles yo, sólo quise observarlos.—Más conforme con los dibujos de la tira del Museo es el relato de Torquemada: según él, se trabó la batalla entre los culhua y los xochimilca en

un lugar llamado Ocolco, y viéndose los primeros casi vencidos, llamaron en su ayuda á los mexica.

«Los Mexicanos, antes de entrar á la Batalla, dice Torquemada, se hicieron de concierto, que vno llevase vna nabaja. y que al que Prendiesen, ó Cautivasen, no le matasen, sino que le dejasen señalado, la qual señal, determinaron entre ellos que fuese cortarle la Oreja derecha, y así fué, que todos los que iban venciendo, y dejando atrás, les iban cortando las orejas, como tenian concertado, y echandolas en unos Canastillos de Palma, que para esto llevaban. Era costumbre que todos los soldados, despues de aver hecho el alcance, y salido con Victoria, daban cuenta de sus Haçañas, y Proeças, á los Capitanes, y Caudillos, y en su presencia contaban la presa, y presentaban los cautivos que avian prendido. Llegaron los Culhuas, á esta presentacion, y



Servidumbre de los mexica y victoria sobre los xochimilca

cada qual, con el que avia cautivado de los Contrarios, y Enemigos. Y aviendo pasado todos, y recibido las gracias de sus Valerosos hechos, fueron llamados los Mexicanos, y como los viesan venir sin Cautivos, pensaron, que de gente cobarde, y pusilanime, no se avian atrevido á prender ninguno, y por baldonarlos, y hacer escarnio de ellos, comenzaron con risa á preguntarles por la presa. Los Mexicanos, que (como antes hemos dicho) se avian concertado de cortarles las Orejas, y guardarlas, sacó cada qual de su Tanate, ó Cestillo, vna sarta de Orejas segun las muchas, ó pocas, que avia cortado, y haciendo presentacion de ellas, digeron: Estos Presos, que están aquí presentes, casi todos son Cautivos nuestros, y si no mirad sus Orejas, que se las cortamos; y asi como tuvimos poder para cortarlas, lo tuvimos tambien para maniatarlos, pero por

no ocuparnos en esto, y seguir mas libremente el alcance, los dejamos para que vosotros los maniateis, y prendais: y pues primero vinieron á nuestras manos, que á las vuestras, mas es gloria nuestra, esta presa, que vuestra. No supieron responder á esta raçon los Culhuas, mas espantados de la astucia Mexicana, comenzaron á temerlos mas, y á guardarse de ellos, y dijeron: Esta es Gente taimada, y belicosa, posible será, que nos den algun desabrimiento, siendo tan Vecinos nuestros, como son, mejor será que se vaian, aunque por entonces, no les dieron esta licencia.»

En la tira del Museo, el cuarto grupo, primero á la izquierda de la línea superior, representa al rey Coxcox hablando con los mexica, y mandándoles que vayan á la guerra de Xochimilco, lo que también está significado con el jeroglífico de este pueblo y con el *chimalli* y la *macuahuitl* cruzados; uno de los mexica le pide armas, lo que se expresa con el símbolo de la palabra y una serie de puntos que une su boca á una rodela y á una macana. En el tercer grupo de la línea superior, conciertan los azteca cortar las orejas de los contrarios, y en el cuarto marchan empuñando sus negras navajas de *iztli* para cumplir su propósito. El tercer grupo tiene una doble significación, pues se ven en él las orejas ya cortadas, la cabeza de un jefe muerto y una corona de *tecuhtli* vencido por los azteca. De la misma manera, el primer grupo tiene una segunda significación, porque también en él se ve al mexica presentando al rey el saco lleno de orejas de los prisioneros; y el rey Coxcox, en el segundo grupo, se vuelve

espantado ante tanta barbarie, y hace ademán de arrojar al mexica, que se va volviendo la espalda.

Aquí concluye la tira del Museo: le falta un pedazo muy corto para su conclusión, pues sin duda llegaba hasta la fundación de México. A la simple vista se observa que está trunca, pues sus últimas figuras, que representan á los mexica yendo á la batalla de Xochimilco, hacen patente que continuaba el dibujo sin duda con la misma batalla. Si se comparan los últimos sucesos á que se refiere la tira con las relaciones que de los mismos hacen todos los cronistas, se ve que éstos, sin excepción, ponen pocos años después la fundación de México. Si la comparación se hace con el jeroglífico de Sigüenza, se observa que unos mismos son los sucesos relativos á Chapultepec, la muerte del rey Huitzilhuítl, la sujeción al rey culhua Coxcox, y su habitación en los pantanos de la laguna; y de ahí á la fundación de México pasan pocos años. Igual observación resulta si se hace la comparación con el mapa de Tepéchan, puesto que en él de la victoria de Coxcox sobre Huitzilhuítl hasta la fundación de México sólo transcurren catorce años. El mismo resultado nos da el código Vaticano. Si se ha puesto en duda el que este código sea mexica, se ha cometido un error. Tanto él como el Telleriano son copias de un mismo original pintado para conservar la historia de los mexicanos. Así lo dan á conocer, primeramente, el carácter mismo de la pintura tan diferente del de los jeroglíficos acolhuas, como á primera vista puede observarse comparando estos códigos y el de Mr. Aubin y Mendocino, que son del mismo estilo, con los mapas Tlótzin y Quinántzin que son texcucanos; en segundo lugar, porque el símbolo de la fiesta del fuego nuevo está en estos códigos en los años *ome ácatl*, especialidad particular de los mexica y enteramente ajena á los acolhua, y finalmente, porque se ocupan desde su principio hasta su fin de la historia de México, y solamente por accidente de alguna parte de la de otros pueblos: así trata de Culhuacán desde la batalla de Chapultepec hasta los primeros reyes de Tenochtitlán; de Tlatelulco en lo referente á la guerra con los tenochca, y de Netzahualcóyotl y Netzahualpilli, reyes de Texcoco, en aquello en que tuvieron parte activa como aliados y amigos de los mexica. De éstos se ocupa desde su salida de Chicomoztoc hasta la fundación de México, sin que se refiera á la fundación de otra ciudad. La peregrinación que le da principio es la de los azteca y conocidas sus estancias, salen de Chicomoztoc, llegan á Michuacán, están en Ehecatepec, Tzompanco, Pantitlán, todos lugares conocidos y comunes á los otros jeroglíficos de la peregrinación azteca, y finalmente, el desastre de Chapultepec también se consigna, lo que hace palpable que del viaje mexica se trata solamente. En efecto, en la página 101 del tomo II de la colección de lord Kingsborough, en el año *ome ácatl* en que encendieron el fuego nuevo, se

ve derrotados á los azteca y llevados prisioneros por los culhua, y en la parte superior de la misma lámina se contempla á los vencedores conduciendo á la presencia del rey de Culhuacán, cautivos y desnudos, al rey Huitzilhuítl, á Xochípan y á Chimalaxóchitl. Este solo dato, tan preciso y tan conforme con todo lo que de la peregrinación azteca hemos referido, basta para demostrar que de ella y nada más de ella se ocupa el código Vaticano. Pues bien, las estancias que siguen á este suceso en dicho código, son Tlachco, Amoxtitlán, Ixtacalco y Temazcaltitlán, las mismas que preceden en el jeroglífico de Sigüenza á la fundación de México y á las que sigue en el código Vaticano la pintura de Tenochtitlán en medio del lago, ya gobernada por su primer rey, y enviando su tributo á los tepaneca, cuyo dominio reconocieron al establecerse. Todo esto demuestra también que á la tira del Museo le falta únicamente una pequeña parte y que concluía con la fundación de México. Pero en donde encontramos la prueba incontestable de esto es en el código de Mr. Aubin: en él la peregrinación azteca es igual á la de la tira del Museo; comienzan ambas en el mismo año *ce técpatl*, 1116, consignan los mismos sucesos, y solamente en el principio hay la diferencia de una estancia, y únicamente en las primeras estancias varía algo el número de años de ellas; pero desde la tercera estancia, en Tóllan, los lugares de detención son absolutamente los mismos, y se puede decir que la cronología, desde Tzompanco hasta Chapultepec y Culhuacán. Pues bien, si estos dos jeroglíficos son en todo iguales, es lógico suponer que á la tira del Museo le falta únicamente lo que tiene el código de Mr. Aubin desde los sucesos de Culhuacán hasta la fundación de México, es decir, una estancia de un año en Mexicaltzinco, una de cuatro en Nextípac, una de dos en Ixtacalco y otra de uno en Temazcaltitlán: por lo que podemos afirmar que á la tira del Museo solamente le faltan unas pulgadas que comprendían el corto período de ocho años, después del cual terminaba con la fundación de México.

Volviendo á la tradición y á la guerra de Xochimilco, dejamos á los mexica victoriosos presentando al rey Coxcox las orejas de sus prisioneros. Continuemos con la relación que en mexicano escribió el intérprete del código de Mr. Aubin, la cual tiene además el interés de ser aún inédita. Dice así: «Los Mexicanos se maravillaron de esto, y no quisieron presentar al Rey los cuatro cautivos que llevaron vivos. (En el código están pintados los cuatro cautivos atados por un cordel entre el *macuáhuítl* y el *chimalli*, símbolos de la guerra). En seguida construyeron su altar de tierra allá en Tizapan. Luego que lo construyeron fueron á decir al Rey:—Señor nuestro, hoy es preciso que deis valor ú honréis nuestro altar con alguna cosa apreciable.—Contestó el Rey diciendo:—Muy bien; habéis merecido mucho; vayan los sacerdotes á honrar vuestros altares.

—Luego avisaron á los sacerdotes diciéndoles:—Id á decorar el altar con inmundicias, marañas de cabellos y cañas maguyadas y rotas;—lo que verificaron á la media noche. Los Mexicanos dijeron:—Observemos con qué honran nuestro altar.—Mas luego que vieron que lo habían inaugurado con inmundicia se entristecieron mucho, y tanto más cuanto que con ella honraron el altar. (Aquí está pintado en el códice el *teocalli*). Por lo que se determinaron á desbaratarlo los mismos Mexicanos, honrándolo con espinas y verdes hierbas de *acxóyatl*.» Éste es, sin duda, uno de los momentos

más hermosos y más decisivos de la historia de los mexica, y en el que se prevé su futura grandeza. Humillados y siervos después del desastre de Chapultepec, recuperaban sus perdidas fuerzas y esperaban en silencio. La guerra de Xochimilco, á la que marcharon sin armas ni escudos, les hizo comprender que habían recobrado el poder antiguo; su primer pensamiento fué para su dios, quisieron que lo honrase el mismo rey de quien eran siervos, pero éste, sin comprender lo que ya valían otra vez, les hizo la mayor de las injurias, afrentó á su dios ensuciando su altar con inmundicia;



Vista de Ixtacalco

los mexica la arrojaron, y en su lugar pusieron las espinas del sacrificio y las ramas del triunfo: ya sabían ellos que los pueblos que se sacrifican por una idea, tarde ó temprano alcanzan la victoria. «Luego, continúa el intérprete, que concluyeron, fueron á convidar al Rey. Habiendo llegado éste, se puso á ver sacrificar á los cautivos, empleando en ellos el *quetzallapancáyotl* (parece ser el rajador), el *xiuhchimalli* (rodela hermosa) y el *quetzalpámitl* (bandera de plumas)<sup>1</sup>. Abismado con esto, se admiró más al ver que les echaron encima el *tecuáhuítl* (palo para sacar fuego)..... Visto esto, se enojó en gran manera Coxcox y dijo:—¿Quiénes son estos inhumanos? parece que

<sup>1</sup> Por esto parece que fué un sacrificio gladiatorio

no son gentes; echadlos de aquí.—Inmediatamente les hicieron correr.» El códice trae aquí una pintura, á la cual equivocadamente puso el señor Ramírez la nota de *Chinampas*: se ve á los mexica, hombres y mujeres, atravesando el lago sobre balsas de carrizos y remando; las mujeres van en el centro y los hombres cubriéndolas en las extremidades; sobre ellos caen las flechas que les arrojan los enemigos. Es una significación expresiva de cómo los arrojó el rey Coxcox; mandólos perseguir por sus soldados, y tuvieron, para salvarse, que penetrar en el lago en débiles balsas de carrizos.

Así llegaron á Acatzintitlán Mexicaltzinco. Sabemos por el intérprete del códice de Mr. Aubin que este lugar tenía los dos nombres; el códice sólo trae el jeroglífico

del segundo, la pintura de Sigüenza únicamente el del primero. Tememos que los intérpretes hayan andado equivocados y que uno y otro jeroglífico signifiquen solamente Mexicaltzinco, pues muy semejante al de la pintura de Sigüenza es el jeroglífico de ese lugar que se encuentra en el original de los pueblos del lago, que poseemos. En el jeroglífico de Sigüenza, la estancia anterior á Mexicaltzinco, es decir, el lugar en que Coxcox puso á los mexica, tiene por símbolo un hombre que nada ó á quien se lleva la corriente con una olla encima: es notable que cerca de él se repite el cuadro del principio de la pintura, lugar que hemos visto que se llamaba Atocolco. Pues bien, el nuevo grupo nos da el mismo nombre: echar algo en el río para que lo lleve la corriente, es *atocia*, que en la composición nos da *atoc*, y unido con *colco* que da la olla, resulta Atocolco. Podemos, pues, afirmar que la mansión de los mexica no fué Acocolco, como generalmente se dice, sino Atocolco. El señor Ramírez no explica este jeroglífico. Después de este lugar se ve el símbolo de la guerra, un *teocalli* y un cuerpo despedazado: se refiere esto á lo que antes hemos relatado, la guerra de Xochimilco, el levantamiento del *teocalli* al dios, los sacrificios y la expulsión de los mexica. La leyenda religiosa debía aprovecharse de este suceso, y así lo hizo: oigámosla. «Estando en paz y sosiego, *Huitzilopuchtli*, Dios de los Mexicanos, viendo el poco provecho que se le seguía de sus intentos con tanta paz, dijo á sus viejos y ayos:—Necesidad tenemos de buscar una mujer, la qual se ha de llamar *la mujer de la discordia*, y esta se ha de llamar *mi agüela* en el lugar donde hemos de ir á morar, porque no es este el sitio donde hemos de hazer nuestra habitacion, mas atras queda el asiento que os tengo prometido y es necesario que la ocasion de dejar este que agora habitamos sea con guerra y muerte y que empecemos á levantar nuestras armas, arcos, flechas, rodela y espadas y demos á entender al mundo el valor de nuestras personas. Comenzad, pues, á aperebiros de las cosas necesarias para vuestra defensa y ofensa de nuestros enemigos, y búsquese luego medio para que salgamos deste lugar; y sea este que, luego vais al Rey de *Culhuacan*, y le pidais su hija para mi servicio, el qual luego os la dará, y esta ha de ser la mujer de la discordia como adelante vereis.—Los Mexicanos, que siempre fueron obedientísimos á su Dios, fueron luego al Rey de *Culhuacan*, y proponiendo su embajada viendo que le pedian la hija para Reina de los Mexicanos y abuela de su Dios, como cobdicia desto dióselas sin dificultad, á la qual los Mexicanos llevaron con toda la honra posible con mucho contento y regocijo de ambas partes assí de los Mexicanos como los de *Culhuacan*, y puesta en su trono luego aquella noche habló el ídolo á sus ayos y sacerdotes diziéndoles:—Ya os avisé que esta mujer habia de ser la de la discordia

entre vosotros y los de *Culhuacan*, y para lo que yo tengo determinado se cumpla, matad á esa moza y sacrificadla á mi nombre á la qual desde hoy tomo por mi madre: despues de muerta desollarla heis toda y el cuero vestírselo á uno de los principales mancebos y encima vestirse de los demas vestidos mujeriles de la moza, y convidareis al Rey su padre que venga á hacer adoracion á la diosa su hija y á ofrecerle sacrificio.— Todo lo qual se puso por obra (y esta es la que después los mexicanos tuvieron por diosa que en el libro de los sacrificios se llama *Toci*, que quiere decir *nuestra agüela*). Llamaron luego al Rey su padre para que la viniese á adorar segun el ídolo lo habia mandado, aceptó el Rey el convite, y juntando sus principales y Señores les dijo que juntassen muchas ofrendas y presentes para ir á ofrecer á su hija que era ya Diosa de los Mexicanos; ellos teniéndolo por cosa muy justa, juntaron muchas y diversas cosas acostumbradas en sus ofrendas y sacrificios, y saliendo con todo este aparato con su Rey, vinieron al lugar de los Mexicanos, los quales los rescibieron y aposentaron lo mejor que pudieron, dándoles el parabien de su venida: despues que hubieron descansado, metieron los mexicanos el indio que estaba vestido con el cuero de la hija del Rey al aposento del ídolo *Huitzilopuchtli*, y poniéndolo á su lado, salieron á llamar al Rey de *Culhuacan* y padre de la moza, diziéndole:—Señor, si eres servido bien puedes entrar á ver á nuestro Dios y á la Diosa tu hija, y hazerles reverencia ofreciéndoles tus offrendas.— El Rey teniéndolo por bien se levantó y entrando en el aposento del ídolo, comenzó á hazer grandes ceremonias, y á cortar las cabezas de muchas codornices y otras aves que habia llevado haziendo su sacrificio dellas, poniendo delante de los dioses muchos manjares, incienso y flores y otras cosas tocantes á sus sacrificios, y por estar la pieza obscura no via á quien ni delante de quien hazian aquellos sacrificios, hasta que tomando un brasero de lumbre en la mano, segun la industria que le dieron, echó encienso en él y comenzando á encensar se encendió de modo que la llama aclaró el lugar donde el ídolo y el cuero de su hija estaba, y reconociendo la crueldad tan grande, cobrando grandísimo horror y espanto soltó de la mano el encensario y salió dando grandes voces diziendo:—Aquí, aquí mis vasallos los de *Culhuacan*, contra una maldad tan grande como estos Mexicanos han cometido, que han muerto mi hija y desollándola vistieron el cuero á un mancebo á quien me han hecho adorar: mueran y sean destruidos los hombres tan malos y de tan crueles costumbres; que no quede rastro ni memoria dellos; demos fin dellos, vasallos míos.—Los Mexicanos viendo las razones que el Rey de *Culhuacan* daba y el alboroto en que á sus vasallos ponía, los quales echaban ya mano á las armas, los Mexicanos como gente que estaba ya sobre aviso, se retiraron metiéndose con sus hijos y

mujeres por la laguna adentro, tomando el agua por reparo contra los enemigos, pero los de *Culhuacan* dando aviso en su ciudad salió toda la gente con mano armada y combatiendo á los Mexicanos los metieron tan adentro de la laguna, que casi perdian pié, por cuya causa las mujeres y niños levantaron gran llanto, mas no por eso los Mexicanos perdieron el ánimo, antes esforzándose mas comenzaron á arrojar contra sus enemigos muchas varas arrojadas como fisgas, con las cuales los de *Culhuacan* recibieron mucho detrimento, de suerte que se comenzaron á retirar, y así los Mexicanos comenzaron á salir de la laguna y á tornar á ganar tierra, yéndose á reparar á un lugar á la orilla de la laguna que se dice *Iztapalapan*, y de allí pasaron á otro lugar llamado *Acatzintitlan* por donde entraba un gran rio á la laguna tan hondo que no lo podian vadear, y así hicieron balsas con las mismas fisgas y rodela y yerbas que por allí hallaron, y con ellas pasaron las mujeres y niños de la otra parte del rio, y habiendo pasado se metieron por un lado de la laguna entre unos cañaverales, espadañas y carrizales donde pasaron aquella noche con mucha angustia, trabajo y afliccion y llanto de las mujeres y niños, pidiendo que les dejasen morir allí, que ya no querian mas trabajos. El Dios *Huitzilopochtli*, viendo la angustia del pueblo, habló aquella noche á sus ayos y dijoles que consolassen á su gente y la animassen, pues todo aquello era para tener despues mas bien y contento; que descansassen agora en aquel lugar. Los sacerdotes consolaron al pueblo lo mejor que pudieron, y así algo aliviados con la exortacion, todo aquel dia gastaron en enjugar sus ropas y rodela, edificando un baño que ellos llaman *temazcalli*.... Hicieron este baño en un lugar que está junto á esta ciudad llamado *Mexicaltzinco* donde se bañaron y recrearon algun tanto; de allí pasaron á otro lugar llamado *Iztacalco* que está más cerca de la ciudad de México, donde estuvieron algunos dias; despues pasaron á otro lugar á la entrada de esta ciudad donde agora está una hermita de San Antonio (hoy calzada de San Antonio Abad al sur de la ciudad); de aquí entraron en un barrio que agora es de la ciudad llamado San Pablo (al sureste de la ciudad), donde parió una de las señoras mas principales de su compañía, por cuya causa hasta hoy se llama este sitio *Mixiuhltan* (Mixiuhcan), que significa *lugar del parto*. Desta suerte y con este estilo se fué metiendo poco á poco su ídolo al sitio en que pretendia se edificasse su gran ciudad que ya deste lugar estaba muy cerca.”

Tal es la leyenda del códex Ramírez. La verdad histórica es el relato del intérprete del códice de Mr. Aubin; pero no nos cansaremos de repetir que los mexica, por orgullo y por ocultar siempre todo lo que pudiera humillarlos, habían hecho una historia convencional sustituyendo á los hechos verdaderas fábulas

religiosas, y atribuyendo sus desgracias á disposiciones providenciales de su dios. Hubo, además, otra razón para esta nueva teofanía. Hemos dicho que la religión nahoa había tomado el carácter de histórica, y este carácter vino á completarse, digámoslo así, entre los mexica. *Quetzalcoatl* ya no fué la estrella de la mañana, sino un hombre real, blanco y barbado, cuya vuelta se esperaba por el Oriente; *Huitzilopochtli* dejó de ser el dios traído del Michuacán, para convertirse en el jefe guerrero que había conducido á los azteca; y de la diosa *Toci* se hizo la hija del rey Coxcox y el instrumento de venganza de los mexica. Por eso se cambió también la madre á *Huitzilopochtli*; ya no fué la *Coatlícue* de la religión anterior; tampoco la *Chimalma* de cuando se le confundió con *Quetzalcoatl*; tenía que ser *Toci*, para que el dios de la guerra fuese hijo de la diosa de la venganza: era todo un programa para le porvenir, vencer ó morir, ser el más grande de los pueblos ó desaparecer para siempre. Bajo estas esperanzas y con resolución semejante, dieron su último paso: llegamos ya á la fundación de México.

El gran sacerdote Tenoch, el alma de la tribu, encontró al fin una isleta en el lago y fundó la ciudad: del nombre de su dios *Mexi* se llamó México, en donde está *Mexitli*; del nombre de su fundador se llamó Tenochtitlán, la ciudad de Tenoch. Como el jeroglífico de Tenoch era un tunal, *nochtli*, sobre una piedra, *tell*, lo fué también de la nueva ciudad, poniéndole encima una águila como signo de grandeza. De este jeroglífico debieron sacar también una fábula y una leyenda religiosa los mexica. Dice así el intérprete: “Un Axolohua llamado Coauhcoatl, y otros dos, se fueron á examinar los lugares. Fueron á salir al paraje Acatitla, en cuyo centro se halla un Tenochtli sobre cuyo vértice estaba parada una Aguila. Al pié de este tunal estaba el nido del Cuauhtli, fabricado de diferentes y hermosas plumas del Tlauquechol, Xiuhtotl y otros distintos pájaros. De allí volvió el llamado Cuauhcoatl, y se puso á hacerles esta relacion:—Hemos ido á reconocer el camino y el cieno; pero allí ahogaron á Axolohua: ha muerto Axolohua, segun vi, por haberse sumergido en el carrizal donde se halla el tunal, en cuyo vértice está parada una águila y su nido al pié, formando un colchon de diferentes y hermosas plumas, y está donde se halla el agua. De este modo se formó el cieno donde se hundió Axolohua.—Tambien contó Cuauhcoatl que al otro dia se apareció Axolohua y le dijo:—He ido á ver á Tlaloc que me llamó para decirme: ha llegado mi hijo querido Huitzilopochtli, y este lugar será su asiento y domicilio; el será el protector de vuestra vida en la tierra.—Despues de esta relacion se fueron todos á ver el Tenochtli y allí construyeron su altar, hortaliza y flechas, y luego se fueron á divertir donde encontraron á un caballero de Culhuacan. Habiéndolo cogido y traído vivo, lo colocaron dentro de su altar, y segun enten-

dieron se llamaba Chichilcuauhtli, señor de Culhuacan.» Esta leyenda tiene variantes en los otros cronistas: así, en el código Ramírez y el padre Durán, vieron los me-



Fundación de México.—Jeroglífico de Tepéchpan

xica, discurriendo por la isla adonde habían llegado, una fuente maravillosa rodeada de sauces de hojas blancas, y el dios les habló y les dijo que ese era el lugar prometido; que al caer sobre una piedra el corazón de Copil se

había tornado tunal, y que sobre él habitaba una águila que de los más hermosos pájaros se mantenía. Al día siguiente todo el pueblo se dirigió con los sacerdotes á ese lugar, y encontraron la fuente de agua que se dividía en dos arroyos, el uno rojo y sangriento y el otro azul; y en medio estaba el tunal sobre la piedra, levantándose encima una hermosa águila con las alas extendidas al sol, y teniendo en su garra un pájaro de plumas resplandecientes. A tales fábulas dió origen el jeroglífico de la ciudad, el nombre de Tenoch, que todavía hoy por fortuna constituye las armas de nuestra hermosa bandera.

El tunal sobre la piedra es el verdadero símbolo, pero se encuentra de distinta manera en los diferentes jeroglíficos. En el jeroglífico de Sigüenza, en el mapa Tlótzin y en los códigos Telleriano-Remense y Vaticano, el tunal no tiene águila; en la tira de Tepéchpan, tiene águila, pero ésta se ve sola sin desgarrar pájaro ni culebra, lo mismo que en la primera lámina del código Mendocino; en la estampa del código Ramírez, el águila tiene un pájaro en la garra; en la del padre Durán, el águila destroza el pájaro con el pico, y solamente en otra estampa de Durán y en el código de Mr. Aubin el águila destroza una culebra, como en nuestras armas de México.

¿En qué año se fundó la ciudad de México y quiénes



Fundación de México

Código Ramírez

fueron sus fundadores? Ni el código Ramírez ni Tezozomoc, que lo sigue, se ocupan de este punto: Torquemada trae la misma relación sobre Axolohua, refiriéndose á cantares antiguos; y solamente agrega, que cuatro fueron los fundadores, Aátzin, Ahuéyotl (debe ser

Ahuéxotl), Tenuch y Ocelópan. En la estampa del código Ramírez están pintados los cuatro fundadores sin sus nombres. En la del padre Durán, solamente están Tenoch y su mujer Tochpancáltzin. Tiene la estampa el expresivo agregado de que sobre el grupo del águila

y el nopal está el símbolo de la guerra. En el texto fija el padre Durán, por fecha de la fundación el año de 1518. En el códice de Mr. Aubin sólo aparecen Cuauhcoatl y los dos Axoloa que se hunden en el agua. La fecha relativa, que es la verdadera, está marcada con el año *ome técpatl* 1512. El códex Çumárraga no da fecha precisa, y solamente dice, que «vchilobos (*Huitzilopochtli*) se apareció á vno que se dezia tinuche (Tenoch), y le dixo que en este lugar avia de ser su casa, y que

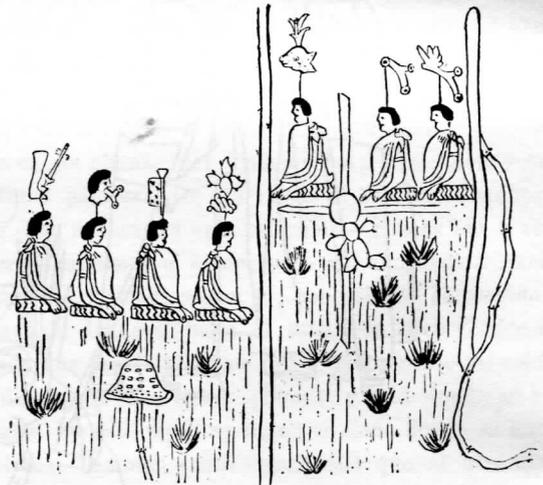
ya no avian de andar los mexicanos, y que les dixese que por la mañana fuesen á buscar alguno de culuacan, porque los avia maltratado lo tomaron y sacrificasen y diessen de comer al sol, y salió xomemitleut (Xomimitl), y tomó á vno de culuacan, que se dezia chichilquautli (Chichilcuáhuatl), y en saliendo el sol lo sacrificaron, y llamaron á esta poblacion quanmixtitlan (Cuahmixtitlán), y despues fué llamada tenustitan (Tenochtitlán), porque hallaron vna tuna nascida en vna piedra y las rayzes



Fundación de México.—Jeroglífico de Durán

della salian de la parte do fué enterrado el coraçon de copil.» El códice de Cuauhtitlán dice: «En el año de 8 tochtli comenzaron los Mexicanos á formar una que otra habitación de piedra y de adove en Tenochtitlán.» Así este códice como el padre Durán, fijan el año de 1518 para la fundación. El códice Telleriano-Remense está trunco en esa parte, y le falta precisamente la lámina de la fundación de la ciudad. El Vaticano representa los carrizales ó cañaverales en medio de la laguna y á los mexica viviendo entre ellos, simboliza la ciudad con el tunal sobre la piedra, y pone la chinampa en que llevan el tributo al rey tepaneca. Los años en este códice están pintados en cuadros azules con una faja roja, y aquí para llamar la atención, el cuadro del 8 *tochtli* no tiene la faja. El códice Vaticano fija también el año 1518. El mapa de Tepéchan fija el año 7 *calli*, 1517, y pone cinco fundadores, que están en una línea, teniendo en otra línea atrás á sus esposas; son Aátzin, Acacitli, Tetlachco, Tenoch y Xiuhcac; la línea negra que atraviesa los rostros de Tetlachcátzin y Tenoch, manifiesta que eran sacerdotes. La diferencia de un año es poco importante, y por lo mismo podemos fijar el año 1518 con apoyo de dos crónicas tan respetables como los *Anales de Cuauhtitlán* y el padre Durán y de dos pinturas como el códice Vaticano y el mapa de Tepéchan. Sin embargo, el códice Mendocino fija el año *ome calli* 1325; pero no olvidemos que ese códice es una historia muy convencional, que fué mandado pintar por el virey Mendoza á los mexicanos que de eso sabían, y que por

lo menos carece de originalidad, y su autenticidad es secundaria respecto á otras pinturas. Pone por fundadores de la ciudad, al sacerdote Tenoch, y á los guerreros Mexitzin, Acacitli, Cuápan, Ocelópan, Ahuéxotl, Xomimitl, Xocóyotl, Xiuhcac y Atótotl: la terminación



Fundación de México (Tenochtitlán y Tlatelolco)  
Jeroglífico de Sigüenza

reverencial de Mexitzin da á conocer que era el jefe militar <sup>1</sup>. Tenemos que los datos más apreciables nos dan para la fundación de México el año 1518, y esta era

<sup>1</sup> Véase la explicación minuciosa de esta lámina y la interpretación de sus jeroglíficos en nuestra *Vida de Tenoch*.—*Hombres ilustres mexicanos*, tomo I, México, 187.

la opinión muy respetable del señor don José Fernando Ramírez; pero también hemos visto que para tal hecho señala el año 1512 el código de Mr. Aubin, y sin duda era la fecha de la tira del Museo, puesto que en todo van de acuerdo: y como estos dos jeroglíficos son documentos de tanta importancia, tenemos que buscar un nuevo dato para resolver la cuestión, y este dato es el jeroglífico de Sigüenza, la pintura, en nuestro concepto, más auténtica y más verídica. La fundación de México está representada por dos grandes fajas azules paralelas que manifiestan el agua de la laguna; el espacio comprendido entre estas fajas está sembrado de tules y cañas del agua, y en su centro se ve el tunal sobre la piedra, del cual parten en cruz dos fajas azules de agua, que son los dos arroyos de la leyenda, y sirvieron para dividir la ciudad en sus cuatro barrios, Moyotla, Cuépán, Azacualco y Teópán. En cuanto á los fundadores, debemos advertir que de los quince personajes ó representantes de tribus ó familias que aparecen al principio de la pintura, como ya hemos dicho, el tolteca pereció, el huitzilteca se quedó en Cuahmatla, y en el desastre de Chapultepec perecieron Tetótotl y Mátlatli: tenemos á los representantes de las tribus de Atzacualco y Cuauhtitlán que quedaron en sus respectivos pueblos, y encontramos como fundadores á Tenoch, Ocelópan, Axayácatl, Xomímitl, Acacitli, Atézcatl y Ahuéxotl, no diciéndonos nada el jeroglífico sobre los dos personajes restantes, de los cuales uno es Cuapan, que sabemos que fué fundador, y otro Quiauhmímitl, que nos es desconocido. En cuanto al año de la fundación, está puesta inmediatamente después del *xiuhmolphilli ce ácal* 1511, es decir, en el año 1512, de acuerdo con el código de Mr. Aubin. Sin duda que ésta es la verdadera fecha; pero no debe preocuparnos la diferencia de 1512 á 1518,

en primer lugar, porque es muy corta, y en segundo lugar, porque se explica por las mismas crónicas: el único dato que hay que rechazar es el del código Mendocino. Refiriéndose á la primera fecha, dice el intérprete del código de Mr. Aubin: «los Mexicanos se establecieron alrededor del Tenuchtli, aunque en casitas de tule y paja;» mientras que en los *Anales de Cuauhtitlán*, hablando de la segunda fecha, se dice: «en el año de 8 *tochtli* comenzaron los Mexicanos á formar una que otra casa de piedra y de adove en Tenochtitlán.» Así, pues, la fundación de la ciudad con pequeñas chozas de tule y paja, fué en 1512, y en 1518 se comenzó su construcción con habitaciones fuertes y fijas.

Los mexica, al levantar su ciudad, alzaron inmediatamente su *teocalli*, como se ve en el código de Mr. Aubin, la inauguraron con sacrificios, según las crónicas, y construyeron inmediatamente el *tzompantli* para las calaveras de los sacrificados, como se puede observar en el código Mendocino. La ciudad y la raza se destinaban al dios, el culto de sangre llegaba á su apogeo, y el dios *Tezcatlipoca* era el dios supremo; se habían olvidado los orígenes astronómicos y *Quetzalcoatl* era un hombre que había de volver; pero el gran dios civil, digámoslo así, era *Huitzilopochtli*, el señor de la guerra, de la muerte y de la victoria. Por él alentaba aquel pueblo fanático, por él había de hacer prodigios de valor, por él había de llevar sus *pantli* triunfadores más allá de Cuauhtemalla y de uno al otro Océano. El problema de lo porvenir estaba ya planteado definitivamente: había una tregua entre *Tezcatlipoca* y *Quetzalcoatl* que debía decidirse, y para siempre, sobre el *teocalli* del dios *Huitzilopochtli*. Se había preparado ya la arena del último combate; la gran ciudad de México Tenochtitlán estaba fundada.